



ALFREDO ANDRÉS ABAD TORRES

PENSAR LO IMPLÍCITO

En torno a Gómez Dávila

Alfredo Abad Torres



PENSAR LO IMPLÍCITO

En torno a Gómez Dávila

PENSAR LO IMPLÍCITO
En torno a Gómez Dávila

Alfredo Andrés Abad Torres

Pereira, 2008

PENSAR LO IMPLÍCITO

En torno a Gómez Dávila

Alfredo Andrés Abad Torres

Copyright © 2008 Alfredo Andrés Abad Torres

Primera Edición octubre 2008

ISBN:978-958-44-4178-2

Diseño y Diagramación
Centro de Recursos Informáticos y Educativos - CRIE
diseno@utp.edu.co

2008

Para Consuelo e Isabella

Índice

Introducción	11
<i>I</i>	19
<i>La singularidad de un escritor</i>	21
1. Los “Contextos” de su obra	23
1.1. Una vida y obra marginales	23
1.2. La Tradición Occidental	30
1.2.1. Categorías cónicas frente al mundo moderno	39
1.2.2. La tradición literaria	51
1.3. Colombia e Hispanoamérica	53
<i>II</i>	63
<i>La escritura concéntrica</i>	65
1. Elementos históricos de la escritura fragmentaria	66
2. Elementos formales y clasificación de la escritura fragmentaria	75
2.1. La sentencia o fragmento cerrado	77
2.1.1. El texto implícito	92
2.1.2. La estética puntillista del escolio	97
3. Taxonomía de la sentencia	109
3.1. Signos gráficos del escolio	116
<i>III</i>	119
<i>Aperturas, disgregaciones, pluralidad</i>	121
1. Las raíces aforísticas	123
2. La polifonía escritural gomezdaviliana	125
2.1. La composición diárica	125
2.1.1. El aforismo	130
2.1.2. Pensamientos, máximas y reflexiones	132
2.1.3. Los elementos poéticos	135
2.1.4. Ensayística	139
2.1.5. El heterolingüismo de los escolios	140
2.1.6. Notas, escolios e intertextualidad	145
3. Aperturas y disgregaciones del aforismo	148
4. El texto implícito como proyección de una estética de la existencia	155
<i>Conclusión</i>	173
Apéndice	177
La filosofía como epifanía	187
Bibliografía	197

PENSAR LO IMPLÍCITO

En torno a Gómez Dávila

*La filosofía es la vida libremente elegida
en el hielo y en las altas montañas.
Nietzsche*

PENSAR LO IMPLÍCITO

En torno a Gómez Dávila

INTRODUCCIÓN

Al escribir un estudio crítico sobre la obra de Nicolás Gómez Dávila se presenta un escollo que no habrá desaparecido una vez concluya dicha actividad investigativa. Se trata de la inutilidad del ejercicio mismo de escribir y comentar una obra que por su sentido auténtico, deslegitima lo que no sea directo, inmediato y personal. Se pueden inventar un sinnúmero de razones para legitimar un estudio, las mismas podrán ser aceptadas, y en casos extremos plausibles; pero en el aspecto crucial como es el de determinar el sentido de un autor como el abordado, ninguna razón tendrá el peso suficiente como para socavar las perspectivas que contiene la obra del pensador colombiano con respecto a todo aquello que no sea pensado de manera inmediata. De acuerdo a muchas configuraciones de la obra abordada, un comentario, estudio, análisis o como quiera ser llamado, no tendrá sino un efecto inapropiado, máxime cuando se aborda desde un ámbito académico a un escritor de matices

tan estrictamente opuestos a la experiencia académica. La justificación entonces de la empresa tendrá sólo una opción de salir bien librada si al menos se puede dar cuenta de una orientación investigativa que está basada en la complacencia personal de poder inmiscuirse en los horizontes complejos, paradójicos y siempre indefinidos del autor de los *Escolios*. Se puede al menos pretender lograr una satisfacción personal de descubrir a un espíritu oculto, amorfo, distinto, lleno de perplejidades, como el de quien no tiene paralelo, al menos en el mundo contemporáneo.

La singularidad de Gómez Dávila es un rasgo determinante y categórico que explica directamente la elección del autor en la elaboración de esta aproximación. La filosofía y en general la literatura y el pensamiento contemporáneos tienen una deuda de amplios márgenes en lo que respecta a la difusión de una de las obras fragmentarias más distintivas de los últimos siglos. Al plantear qué horizonte tratar en la formulación problemática de este estudio, se presentan un sinnúmero de opciones estimables que pudieran todas por aparte, justificar el abordaje de una obra escasamente desarrollada en las investigaciones contemporáneas. Frecuentemente relacionado con el pensamiento reaccionario, Nicolás Gómez Dávila ha sido encasillado en esta perspectiva que si bien le hace justicia temática, no precisa completamente aspectos de honda importancia que han sido ignorados y que de acuerdo a mi perspectiva, han sido desaprovechados, en el sentido de que a través de ellos es posible identificar a un pensador mucho más vasto y significativo.

Se ha elegido por lo tanto, concretar esta aproximación en el análisis e interpretación de la escritura fragmentaria del autor con el propósito de definir ciertos aspectos que vale la pena revisar y tener presentes como medios de dilucidación (no total obviamente) de una obra que hasta el momento no ha perdido su capacidad de generar enigmas

y perplejidades. El propósito es identificar el hecho de que las marcas textuales fragmentarias poseen una ambigüedad y estrictamente, una paradoja insoluble que hace aún más atrayente la obra de este pensador.

Frecuentemente se suele hablar de escritura fragmentaria sin reparar en las diferencias que pueden aparecer dentro de los matices estilísticos que conforman distinciones fundamentales al interior de los escritos fragmentarios. Uno de los lugares comunes que aparecen a la hora de hacer clasificaciones de los autores fragmentarios es precisamente el hecho de determinar sus obras como proyectos asistemáticos sumidos en una dispersión absoluta. En el caso de Gómez Dávila se ha pretendido encontrar marcas textuales fragmentarias que lo asocian al llamado pensamiento reaccionario y en otros casos, a un pensamiento asistemático que niega las construcciones sólidas de las filosofías tradicionales. Ambos casos ofrecen imágenes coherentes y legítimas pero al mismo tiempo parciales de la obra del colombiano. Por ello, el análisis de su escritura debe enfrentarse a la apropiación de una contradicción no resuelta dentro de la misma y por la cual debe hablarse de una paradoja escritural cuyos rasgos se han de identificar en el presente estudio. La paradoja consiste en evidenciar las contradicciones palpables entre el género fragmentario de la sentencia y del aforismo. Ambos son identificables en la escritura del pensador y conforman dos aspectos simultáneos a través de los cuales se estructura una incongruencia palpable dentro de la antítesis sentencia-aforismo. Dentro de los escolios, son identificables indistintamente fuerzas centrípetas y centrífugas que abarcan ambas las disposiciones fragmentarias haciendo que se fracture la unidimensionalidad interpretativa con que a veces se identifica la escritura y el pensamiento del autor.

El objetivo de este estudio es ubicar las distinciones generadas en la antítesis citada y por supuesto, establecer una interpretación que aclare las motivaciones escriturales por las cuales Gómez Dávila se enfrenta en ambos casos a partir de una escritura concéntrica en el primero de ellos y de una escritura llamada al desplazamiento y la disgregación en el segundo. Al determinarse estos dos instantes no se propone una simplificación de la obra sino todo lo contrario, emerge de ella una constitución compleja por la cual el lector puede ubicarse en un espacio laberíntico. En el caso de la *composición puntillista* de la escritura concéntrica, el lector se sentirá inmerso en una estructura compleja sólo asimilable si se descubren las marcas textuales e ideológicas de las sentencias. Con respecto al aforismo, la ubicación tendrá lugar en la dispersión interpretativa que ofrece y por la cual se opera un desplazamiento vivencial constante cuyas diseminaciones constituyen la experiencia estética de la existencia que he de describir en este estudio y que he identificado como el texto implícito, en este caso, la determinación del mismo como reflejo de la actividad escoliográfica de quien está comprometido con la precisión auténtica de sus instantes y vivencias. Puesto que uno de los temas recurrentes de la obra de Gómez Dávila es el pensamiento reaccionario y se ha convertido casi en el estandarte de la misma, he querido ofrecer sobre todo en el último capítulo, otra perspectiva por la cual el fenómeno del reaccionarismo deja de apreciarse como la única posibilidad interpretativa para dar paso a valoraciones que estiman otras perspectivas de la obra. En este caso, se hace referencia al propósito estético del autor y por el cual se configura su labor escoliográfica como representación de una sabiduría práctica donde vida y obra se conjugan permanentemente. También se procura enfatizar en el hecho de no querer incurrir en una postura que pretenda manipular el pensamiento

del autor como suele suceder cuando las ideas se quieren convertir en ideologías, en pretextos fundamentalistas, en referencias a credos. Con el pensamiento reaccionario y con el catolicismo del autor se suele recurrir a un uso no precisamente filosófico cuando más que exponerlos y ubicar sus raíces, se procura utilizarlos como medios de defensa ideológica o como empresa catequística. En ambos casos, se traiciona el horizonte expositivo del propio autor, en la medida de centrar sus perspectivas en ámbitos que no le pertenecen puesto que nada más alejado de Gómez Dávila que la pretensión de fundar un tipo de pensamiento o servir de propósito apologista. Ni la concreción política ni el talante panegirista en las esferas política y religiosa le son aplicables al autor de los escolios y por ello, este estudio desestima esta clase de encuentros con él.

Nicolás Gómez Dávila proyecta en el panorama filosófico contemporáneo un halo de singularidad y excentricidad a través del cual difícilmente se le podrá ubicar en una determinada clasificación de las tantas que ya tiene el horizonte actual de la filosofía. Su obra es una extraña aparición dentro de este panorama, la recepción hecha a la misma ha sido en muchos casos objeto de apreciaciones que estiman tanto la calidad de sus escolios así como la singularidad e importancia de sus posturas. No es por ello arriesgado afirmar que el pensamiento gomezdaviliano define una marca distintiva y unas particularidades tales que lo convierten en un espacio novedoso dentro de las posturas filosóficas contemporáneas. Dentro del ámbito literario, sus escolios ofrecen rastros de una de las concreciones de pensamiento más finas, precisan una calidad estilística que no decae y consolidan una estética textual depurada, fruto de una disciplina intelectual consolidada a través de toda la vida del pensador.

Sumido en una actitud solitaria, que no debe asumirse como misantropía porque a ello podría conducir su imagen de hombre entregado a sus labores reflexivas, Gómez Dávila plasmó sus reflexiones a partir de anotaciones rutinarias que consolidarían su primer texto *Notas* para luego conformar los llamados *Escolios*¹. Esta constitución de una vida consagrada a la reflexión hay que entenderla en toda su dimensión. No se trata simplemente de la figura del intelectual promedio, tampoco la del profesor dedicado a las letras, sino la de quien ha constituido su acontecer existencial arraigado vitalmente en el discurrir filosófico plasmado en la exposición fragmentaria llamada al desplazamiento. Éste se inscribe dentro de la experiencia vital del autor como una trayectoria inacabada que exhorta al pensador a verse comprometido fenomenológicamente con las vivencias generadas en su acontecer rutinario. Tal como lo concibiera Husserl, “Los fenómenos mismos no aparecen; son vividos” (Husserl, 1995 478) Extraigo esta aclaración del autor de las *Investigaciones Lógicas* para determinar ciertas identificaciones con respecto al esclarecimiento de lo que para Gómez Dávila significa la vivencia como evidencia, verdad o epifanía. Es la aprehensión personal e intransferible que se encuentra en lo rutinario, en el acontecer cotidiano y por el cual el pensador no se asume entonces envuelto en una bruma etérea y especulativa, sino en una apropiación concreta del fenómeno vivido. Esta apropiación es una configuración donde están envueltos simultáneamente tanto un ideal ético como estético. Gómez Dávila es partícipe de una proyección antigua según la cual la vida puede asimilarse a una obra de arte, la filosofía y la vida se conjugan entonces para definir una estética de

1. Obras que junto a *Textos I*, los ensayos *De Iure* y *El Reaccionario Auténtico* conformarán toda la obra del autor.

la existencia. Este ideal, desaparecido en la modernidad, constituye un fenómeno dilucidador de la obra de este autor, dado que es a través de él como se asimila (al menos parcialmente) no sólo lo expuesto, sino cómo lo ha sido.

Este fenómeno es poco frecuente dentro de los autores contemporáneos. Éste probablemente es uno de los muchos aspectos que justifican el hecho de abordar al autor, puesto que especialmente en habla hispana no se le ha dado la recepción que merece y se le adeuda una lectura crítica y prolija desde el campo investigativo.

Aspiro a no simplificar un pensamiento que de por sí tiende a la complejidad, desestimo por ello cualquier esquematismo ideológico en el cual pudiese ser insertado el autor, prefiriendo admirar una actitud y un talante propios de quien se sintió vecino del silencio y legó un rumor grave que no desaparecerá mientras haya ocasión para el asombro.

Agradezco la disponibilidad de la señora Rosa Emilia Gómez de R. quien me aclaró algunos aspectos desconocidos de la vida y obra su padre, así como las indicaciones y sugerencias del profesor Franco Volpi durante el proceso de escritura de este trabajo.

CAPÍTULO I

LA SINGULARIDAD DE UN ESCRITOR

LA SINGULARIDAD DE UN ESCRITOR

Pocos escritores han tenido la posibilidad de ser leídos mientras la actitud que se tenga ante su lectura sea asimilable a un categórico extrañamiento. Eso es lo que acontece con el escritor al cual difícilmente puede encontrarse un referente similar por ciertos rasgos que en su conjunto lo hacen único. En la obra de Nicolás Gómez Dávila no son pocas las muestras formales que se desprenden de una magnífica matriz literaria cuyos temas definen gran parte de la tradición occidental. Además de ocuparse de comentar fragmentariamente lo escrito dentro de esa tradición (lo cual es ya un extraño caso de singulares características), la originalidad del autor con respecto al tratamiento que esboza en sus obras se configura en la medida en que se transita con cautela por las mismas, dejando que sus palabras calen y configuren un tipo de seducción que sólo el gran escritor puede generar. De igual manera, al abordar su pensamiento, el lector se adentra en una estructura a veces rizomática, a veces concéntrica, y por ello atractiva, que en consonancia con su expresión fragmentaria, es explícitamente singular dentro de las letras contemporáneas².

2. Los rasgos conceptuales contenidos en su obra permiten juzgarla desde sí misma, sin que sea posible encontrar visos análogos en el pensamiento contemporáneo en lo que respecta a su pensamiento.

Esquematizar la singularidad de un escritor es algo sumamente difícil y no exento de riesgos. En primer lugar, siendo esta obra en muchas oportunidades una multiplicidad de voces que dialogan con una tradición o un contexto, con extrema dificultad podrá entonces ser asimilado un pensamiento a partir de un posicionamiento definitivo que se le confiera por motivos diversos; además de eso, estando emparentada con la tradición occidental, como comentario, alusión o reinterpretación, la obra de Gómez Dávila está peculiarmente ligada a una circunstancia que sea oscura o no, continúa allí como texto implícito³. ¿De qué singularidad puede hablarse entonces a la luz de los rasgos que ligan esta obra a una tradición de más de dos mil años?

Nicolás Gómez Dávila es un escritor idiosincrásico, y en su caso, éste último calificativo no se adecua a las características que pueden definir una determinada mezcla de contenido y forma que sea dependiente de una idiosincrasia proporcionada por su contexto, por su país. En lo que respecta a este autor, su ἴδια κρᾶσις (mezcla propia) se remite a la distinción, al talante que como escritor supo desarrollar en una obra que posee una estructura literaria muy fina, y por la cual es reconocible en tanto se aleja del ambiente que lo envolvía⁴. Es éste quizá uno de los rasgos

3. De hecho, puesto que parte de la obra gomezdaviliana se enmarca en una alusión clara al pensamiento reaccionario, además de la desconfianza del propio autor por lo que pudiese ser considerado como novedoso así como su vocación por el más auténtico clasicismo, hace pensar que catalogar su obra como singular no tiene ningún tipo de justificación, si tal distinción se detalla con los criterios que el autor y su contexto conceptual demarcan. Por ello, la singularidad a la cual se hace alusión debe enfocarse desde otra perspectiva que engloba tanto el contenido como la forma de lo expuesto por el autor. Como se observará más adelante, nadie más singular que Gómez Dávila, nada más exento de vínculos explícitos formales e ideológicos que su obra; sin embargo, todo esto tiene validez en la medida en que por singularidad se entienda su soledad, su idiosincrasia, ajena a cualquier comunión con otra obra de similares características, y no las expresas conexiones que tiene con la tradición, las cuales son evidentes y recurrentes en su obra.

4. Sin que se desconozca por ello la calidad que ha caracterizado a la literatura colombiana. Con respecto a la filosofía, su singularidad es todavía mucho más evidente.

que definen a este autor; tanto por la manera de expresarse como por lo conceptualizado en su obra, ésta aparece ajena a su contexto, de hecho, Gómez Dávila es un escritor cuyo entorno difiere abiertamente de su obra, es un escritor completamente inclasificable y por ello aun más atractivo para su abordaje.

Una de sus notas lo confirma: “*ἄνδρός δέ ὅπουδῆ γίνεται οὐδεμία* de Teognis-epígrafe a mi biografía” (Notas: 162) cuyo texto griego se puede traducir así: *hombre de donde nace ninguno*. Su posición fue siempre la de un marginal, en tanto su pensamiento y su escritura son de difícil asimilación dentro del mundo contemporáneo; los rasgos que delimitan su labor filosófica dejan claro cómo su pensamiento no pertenece, ni puede inscribirse, en categorías literarias que provengan de su propio país, aun ni siquiera de Hispanoamérica. Por eso se hace sumamente difícil contextualizar su pensamiento y su obra teniendo como base el entorno social e intelectual (académico o no) que se desarrollaba paralelamente al trabajo especulativo de don Nicolás Gómez Dávila.

1. Los “Contextos” de su obra:

1.1. Una vida y obra marginales:

Como filósofo da cuenta de una formación marginada de contextos académicos. Desplazándose de Bogotá a París con su familia desde los seis años, recibe una educación en un colegio benedictino cuyo nombre don Nicolás nunca

La distinción del autor a la cual se hace aquí alusión, se circunscribe a que aún siendo posible mencionar otros autores desde ámbitos literarios por su calidad, Gómez Dávila se distingue de ellos en tanto sus textos son inclasificables y ajenos a las comunes taxonomías en donde los demás autores de la tradición literaria colombiana se pueden instalar con facilidad.

quiso revelar⁵, y en el cual al parecer, por una neumonía que lo aquejó durante la adolescencia, no llegó a concluir sus estudios formales, nutriéndose por ende, de la educación de profesores particulares. A la edad de 23 años regresa a Bogotá con una sólida formación humanística que bien puede enfocarse como extra académica, como lo seguiría siendo por el resto de su vida. Estando tradicionalmente ligada la filosofía a la academia, al menos en los últimos siglos eso ha acontecido, Gómez Dávila el filósofo, desgarró esa relación, en la medida de marginar su pensamiento de todo escenario académico tanto en lo formativo como en el campo docente, al cual nunca accedió.

En el terreno literario, y específicamente en su “oficio” de escritor, los rasgos que lo definen son también excéntricos, por cuanto en su desenvolvimiento como escritor se definen aspectos que lo extraen de una posible inmersión en la comunidad intelectual y literaria a la cual, por motivos generacionales, debería haber pertenecido. No obstante, nada más ajeno a su generación que su vida y su obra. Publicado en México por iniciativa de su hermano Ignacio Gómez, *Notas* fue el primer libro del escritor. En 1954 una edición no comercial destinada a sus amigos vislumbraba ya lo que vendría posteriormente⁶; al menos definía un carácter marginal a través del cual el escritor se replegaba en un territorio donde en medio de su soledad, dio luz a una

5. Siendo requerido por sus amigos y familiares, Nicolás Gómez Dávila negó siempre recordar el nombre del colegio benedictino en el que estudió durante su estancia en París.

6. *Notas* es un libro que revela detalles significativos del proceso escritural del autor, así como planteamientos que lejos de ser considerados como esbozos o fundamentos de los *Escolios*, pueden ser tenidos en cuenta como puntos centrales de un pensamiento que detalla unos matices y énfasis que en la madurez del escritor al parecer habían perdido importancia. No obstante, son supremamente atrayentes como para esbozar una problemática de suma trascendencia que se intentará plantear más adelante. Cabe señalar también que este libro no fue corregido nunca por el autor, hecho que se reconoce en ciertos pasajes juveniles, autobiográficos y cotidianos del escritor, que de todas formas, son del todo apreciables a la hora de reconocer su composición literaria y filosófica.

obra cuyo afán propagandístico fue totalmente desconocido por quienes lo frecuentaban. Ese detalle tuvo un enorme efecto en el desconocimiento que sus contemporáneos tuvieron frente a su pensamiento, pues a excepción de pocos contertulios con quienes compartía en su biblioteca⁷, en largas veladas en donde diversos temas eran tratados, los medios académicos, así como la intelectualidad en general pertenecían a un contexto en el cual Gómez Dávila nunca se inscribió. Aún en la actualidad, si bien en la academia se reconocen los títulos de sus libros, de igual manera se desconoce el contenido de los mismos⁸.

Algunos de los rasgos que enmarcan la actitud antipropagandística de su obra se exponen en la misma, así: “Como para conseguir que nos escuchen, es necesario repetir y repetir, nosotros a quienes la repetición fastidia debemos resignarnos a que no nos escuchen” (Notas, 82) y “La verdadera grandeza no necesita que otros la contemplen; su propia luz le basta y su propio ardor” (Ibíd.) En gran medida, esta clase de apreciaciones revelan un grado de autenticidad que su vida misma corrobora, por cuanto todo tipo de complicidad con la socialización de sus ideas le parecía incómoda e innecesaria. La discreción de Gómez Dávila con respecto a los comentarios de su obra es harto

7. Frecuentemente en veladas cuya orientación temática variaba sin que se circunscribieran a temas estrictamente literarios o filosóficos.

8. En buena medida, la recepción de Gómez Dávila ha sido posible por el interés de que fue objeto su obra desde la década de 1980 en Europa. Fue Dietrich Von Hildebrand quien llevó su nombre a Europa sin que tuviese mucha resonancia, sin embargo, “En Europa su obra empezó a ser leída gracias a las traducciones publicadas por Karolinger a partir de 1987. Un impulso importante vino del escritor Botho Strauss, cuya crítica del mundo actual deja vislumbrar claramente la lectura de los *Escolios*. Luego el escritor Martin Mosbach publicó una sugestiva narración de sus visitas a Gómez Dávila.” (Volpi, 2005:81) Quizá fue la publicación de una selección de los *Escolios* al cuidado de Franco Volpi hecha por la editorial Adelphi en Milán (2001), la ruta por donde el escritor habría de ganar un reconocimiento más profundo en Europa. De igual forma, las traducciones al alemán y al francés de algunos libros han procurado su difusión lenta pero profunda.

conocida por quienes lo frecuentaban; sin ánimo alguno de hacer alusión a sus escritos en cualquier conversación, es claro que al escritor se le dificultaba enormemente, con una suerte de modestia y timidez simultáneas, hacer de su obra un objeto de estudio, o al menos de conversación. Sin embargo, la modestia y la timidez desaparecen en la escritura, puesto que en ella se revela un autor que precisamente, en la medida de no obedecer a ningún tipo de compromiso más allá de lo que la inmediatez del escolio le asignara, registraba sus pensamientos con la clave de la autenticidad, es decir, la identificación del proceso inmediato e intransferible que da origen a la escritura y la supresión de toda trascendencia de la misma. Esto significa que como acontece en gran parte de la escritura fragmentaria, ningún pensamiento, escolio, aforismo o cualquier otra denominación, se escribe con la expectativa de fundar un propósito, o de sustentar al menos provisionalmente un proceso con una meta u objetivo definido⁹. Más que a una obra en el sentido sistemático del término, los escolios hacen referencia a una multiplicidad de significaciones en tanto son ellos mismos notas, de hecho,

“(…) allerdings erst am Ende des zweiten Bandes der *Nuevos escolios!* – er beanspruche nicht, ein, “libro lineal”, sondern ein “libro concéntrico” geschrieben zu haben, also ein Buch, aus dem sich dem Leser erst im Laufe der – wiederholten – Lektüre gleichsam

9. Ni siquiera la reiterativa imagen del reaccionario puede esbozarse como ejemplo de un proyecto ideológico gomezdaviliano, por cuanto más que una pretensión política fáctica, el enfoque reaccionario en su obra obedece a una atmósfera que se respira en la misma con respecto a una visión escéptica del mundo moderno y de la capacidad de autonomía del hombre. De hecho, para el autor, “El pensamiento reaccionario es impotente y lúcido” (Escolios I, 325) así como “El reaccionario, hoy, es meramente un pasajero que naufraga con dignidad” (Ibíd. 366) Sin embargo, debe tenerse presente el análisis hecho en el siguiente capítulo con respecto a la estructura cerrada de la sentencia, la cual encierra un tipo de pensamiento consolidado en torno a algunos temas recurrentes del pensador.

konzentrische Kreise von Bedeutungen und
Bedeutungsebenen erschließen.”¹⁰ (Kinzel, 2004)

Siendo muchas las temáticas aludidas y diversas las tonalidades de las mismas, así como sus énfasis, no es posible concretar el pensamiento del autor con referencia a un punto específico. En muchas ocasiones, es en la inmediatez de la escritura donde se deben centrar los esfuerzos hermenéuticos y no únicamente en el horizonte del proyecto antimoderno de la obra. De hecho, a partir de una apreciación que él mismo hiciera y que abandona la idea del proyecto, del tratado ideológico, se enfoca la idea del proyecto vivencial, el cual puede vislumbrarse como uno de los rasgos más reiterativos del escritor¹¹, así:

“No es una obra lo que quisiera dejar. Las únicas que me interesan se hallan a infinita distancia de mis manos. Pero un pequeño volumen que, de cuando en cuando, alguien abra. Una tenue sombra que seduzca a unos pocos. ¡Sí!, para que atravesase el tiempo, una voz inconfundible y pura” (Notas, 467)

El ambiente que envuelve la enunciación de sus ideas es el del pensador que en medio de su soledad, se automargina

10. “En efecto, antes del final de la segunda edición de Nuevos Escolios! Su intención no era haber escrito un “libro lineal”, sino un “libro concéntrico”, por consiguiente, un libro del cual el lector a través de una lectura repetitiva pueda deducir al mismo tiempo círculos concéntricos de significaciones de significaciones”. Esta perspectiva de Kinzel asume el libro concéntrico como expresión de las múltiples significaciones y aperturas. Creo en realidad que el carácter concéntrico que advierte Gómez Dávila se enfoca en las sentencias que definen su pensamiento antimoderno y no precisamente en los desplazamientos interpretativos que se deben asumir en sus aforismos. Al respecto profundizaré estas posturas en los capítulos dos y tres.

11. Con respecto al proyecto vivencial o si se quiere existencial de Gómez Dávila, se tendrá la oportunidad de ser estudiado cuando se aborde la relación de su escritura con el enfoque que el autor tenía de la filosofía.

para dar cuenta de una visión de mundo comprometida consigo mismo. Con esto no se pretende establecer la imagen de un pensador carente de supuestos, puesto que contando con esa imposibilidad, lo que se procura indicar es que la vida y la obra de Gómez Dávila coinciden cuando ambas registran un enfoque que deslegitima el afán de éxito comercial o intelectual, en procura de conservar esa voz suya *inconfundible y pura*, que surge como reflejo de un diálogo con una tradición que en esa medida, es recreada sin pretensiones que vayan más allá del diálogo mismo¹².

La soledad del escritor, su alejamiento de vínculos sociales en donde hiciera partícipe su obra no es solamente efecto de un rasgo psicológico en el que hiciera explícita su timidez y su discreción. Además de ello, Gómez Dávila pone en juego una discrepancia con lo popular, con la pertenencia a lo fácilmente aceptado, con lo obvio, si se quiere, con la comodidad de lo habitual, que aparece según la mirada gomezdaviliana, contrario a la lúcida tarea del pensar que se erige altamente *aristocrática* en la medida de discrepar con aquello considerado indiscutible. De tal suerte, “El tonto no rechaza los lugares comunes porque sean necios, sino porque son comunes” (Escolios I, 284) e inscribiéndose en este mismo contexto en donde se rechaza lo trivial, “La filosofía tiene por objeto, ante todo, impedir que las necesidades del

12. En buena medida, la labor de Gómez Dávila se circunscribe a un diálogo con la tradición, a manera de encuentro, vindicación, oposición, etc. Es el diálogo en sí la finalidad del pensador, y la soledad o automarginación del escritor corroboran esta clase de apreciaciones. Gómez Dávila fue un pensador, no un ideólogo con proyectos de cualquier índole como a veces ha sido presentado por facciones de intereses diversos que quisieran hacer suyos como idearios, los matices inmediatos, a veces sólo explicables si se inscriben en el contexto único que los vio nacer, del escritor. Muchos de los escolios sólo son comprensibles si se les ata a un contexto inmediato y cotidiano, y en buena parte, como acontece con toda escritura fragmentaria, la mayor parte de la obra del escritor surge como procesos de diálogo con el instante, con el ahora, lo cual reitera la idea de ser una obra auténtica no comprometida con un proyecto ideológico trascendente. Las notas y los escolios son, si se quiere, immanentes.

día tapien las ventanas y condenen las puertas” (Ibid. 368)

La biografía de Nicolás Gómez Dávila no ofrece mayores complejidades por cuanto su vida transcurrió sin mayores altibajos que pudiesen hacer de la misma un atractivo panorama de secuencias contradictorias u originales aventuras. Antes bien, su vida y su obra se conjugan profundamente cuando revela su intimidad con sus lecturas y el compromiso escritural que diera lugar a la profundidad de su obra. En este rasgo se encuentra otra razón de más para evidenciar la singularidad a la cual hemos hecho alusión en este capítulo, por cuanto su soledad, su silencio y su vocación por las letras, son también un raro caso a partir del talante revelado en indicios como esos. Vale la pena esquematizar lo que él mismo escribiese:

“Si el vulgo de los lectores prefiere a la obra la vida del autor es porque nada es más raro que un sincero y puro amor a las letras, mientras que en toda vida hay algo que nos puede conmover por su humanidad misma y que nos divierte, nos indigna sabrosamente o ayuda a justificarnos” (Notas, 231)

Como el propio autor lo señala, el lector se siente atraído por detalles que quizá sin relevancia alguna, satisfacen la avidez pasional de quien involucra más que su razón en el acercamiento a todo gran autor, detalle este que dicho sea de paso, ocurre con toda naturalidad¹³. En nuestro autor, su marginalidad intelectual y social concuerdan con lo expuesto en su obra, y su monotonía existencial se enmarca en el enfoque que diera a su vida como expresión de un compromiso con la lectura y la escritura, pues como

13. Como cuando detalles minúsculos del propio Gómez Dávila, quisieran ser descubiertos y rememorados una y otra vez por quienes, como sucede con el autor de toda gran obra, se han dejado seducir por su pensamiento.

lo afirma Volpi: “Su biografía se podría resumir en tres palabras: “Nació, escribió, murió” (Volpi, 2005:19) Si bien esta clase de compromisos son extraños y escasos y hacen aún más notoria la singularidad del autor, éste mismo comprendía cabalmente cuál era la dimensión real de su vida como cuando afirma que existe “(...) una verdad tan obvia como es la de la singular mediocridad de la vida de casi todos los autores¹⁴, de su monótono parentesco con la vida de los demás hombres, de su carencia de sentido profundo y de importancia (...)” (Notas, 232) pues de hecho, es la obra y no la vida, como en su caso, lo que más atrae la atención, dado que al hablar de la gran mayoría de autores: “(...) la obra es la única y exclusiva razón de su importancia y de su supervivencia en la memoria de los hombres” (Ibíd.)

1.2. La Tradición Occidental:

Si se desea encontrar el contexto de su obra, no es otro que su biblioteca, esto es, un contexto nada estrecho que dificulta la enunciación de una elección interpretativa por donde sea viable encontrar un vínculo con el autor. De hecho, más que claridad, la vastedad de su biblioteca aparece como laberinto en donde don Nicolás se “perdía” para dar paso a un diálogo abierto con la tradición clásica occidental, la cual constituye el horizonte por donde hay que acceder a su legado. Empresa difícil por la cantidad de temas que ocupó su erudición; sin embargo, el autor no sólo revela este último aspecto, por cuanto es el singular tratamiento de lo abordado lo que se evidencia como significativo. Como todo gran pensador, su legado no es sólo el comentario a una tradición, sino la puesta en escena de un pensamiento

14. Mediocridad que en el caso del autor se enfoca en la cotidianidad de una vida sencilla como la de cualquier hombre común. Sólo la obra del autor rompe esa ordinaria levedad.

que crea una cosmovisión propia a través de la enunciación estética, religiosa y antropológica de sus consideraciones. Gran parte de las reflexiones críticas hechas sobre Nicolás Gómez Dávila se fundamentan en los vínculos que habría tenido con estructuras ideológicas conservadoras y reaccionarias. Basándose en el contexto del joven pensador durante su estancia en París, se ha querido fundar una conexión ideológica con escritores como Justus Möser, Charles Maurras, Maurice Barres, Juan Donoso Cortés, entre otros¹⁵. Pero la lectura de Gómez Dávila ofrece un panorama mucho más amplio que la reducción de su dependencia o identidad con el fenómeno reaccionario, a pesar de que la mayor parte de la crítica sobre su pensamiento hace énfasis en la pertenencia que el autor tuviese con respecto al pensamiento reaccionario y conservador. Que los textos gomezdavilianos hagan frecuentemente alusión a dicha pertenencia es algo evidente, pero que su única familia intelectual y herencia ideológica deriven de autores asociados comúnmente a tales esferas no está del todo legitimado si se tienen presentes las demás lecturas que el autor hiciera y principalmente, lo expresado en su obra misma, que siendo rica en las temáticas se acerca a otro tipo de reflexiones menos radicales y según nuestra perspectiva, fundamentales en la demarcación del pensamiento de Gómez Dávila¹⁶.

15. Al respecto puede consultarse el texto de Mauricio Galindo, “Un Pensador Aristocrático en Los Andes: Una mirada al pensamiento de Nicolás Gómez Dávila”. En él, el autor establece la conexión existente entre Gómez Dávila y el pensamiento conservador francés.

16. La lectura política hecha sobre el autor, la cual lo ubica dentro de los límites del pensamiento reaccionario, ha situado como tema fundamental de la obra esta clase de reflexiones que si bien son importantes, no representan los ámbitos hermenéuticos más propicios para establecer y extraer los altos contenidos filosóficos que demanda la lectura del bogotano. Esta constante alusión al fenómeno del reaccionarismo se debe en parte a la explícita recurrencia que se encuentra en las lecturas del pensador con respecto a este tema. No obstante, puesto que más que a lo explícito la interpretación debe aunar esfuer-

Lo que un pensador de la talla del colombiano lee, no se ha de asimilar como elección parroquial de tendencias sectarias, por el contrario, y así lo demuestra la vastedad de su biblioteca y la amplitud ideológica que abordó en la misma, sus lecturas configuran el despliegue de un espíritu filosófico ávido de interrogación, así como la elección de un esteta cuyo encuentro con lo más selecto de la literatura occidental fue directo al ser abordada en lengua original. Más que reaccionaria en el ámbito común del término, la mirada gomezdaviliana se despliega a través del escepticismo, el discurrir moralista y una perspectiva religiosa ligada a un indeclinable rasgo de su pensamiento como fue el desdén y recelo por los logros del hombre, característica presente en los moralistas franceses y en el escepticismo que les es característico¹⁷. Para puntualizar qué clase de obras abordó y manifestar por ende el contexto auténtico de Nicolás Gómez Dávila, hay que detenerse en los comentarios que sobre ese punto refiere en su obra, en la cual hay detalles explícitos de sus abordajes.

zos en el aspecto implícito de una obra, y mucho más en la del *pensador de lo implícito* que es Gómez Dávila, la lectura que aquí hacemos se concreta en descubrir que la obra del autor, más que apología y recurrencia al aspecto reaccionario, alude a una construcción de una **estética de la existencia** referida y vivida en la obra misma. Discutible es por consiguiente, reducir las perspectivas contenidas en la obra a una sola postura ideológica como es el pensamiento reaccionario (véase capítulo tres) En gran medida, la reducción del pensamiento gomezdaviliano con respecto al reaccionarismo se ha presentado por los enfoques dados desde los críticos alemanes cuyos vínculos con el autor se han fundado en lecturas que se enmarcan en la crítica a la modernidad contenida en los escolios. De igual forma, una traducción de una selección de los escolios al francés cuyo título es *Les Horreurs de la Démocratie*, deja entrever cuál es el sesgo o el énfasis que se ha planteado en torno al autor. Una vez más quisiera dejar en claro que, si bien ese tipo de lectura deriva de los escolios mismos y es por ello válida, no permite contemplar aspectos que en buena medida son mucho más importantes desde el punto de vista filosófico, y que están contenidos implícitamente en la obra. Más que a lo explícito de la obra (el fenómeno de la reacción) hay que indagar por lo implícito de la misma, hacia allí apunta la dirección de este estudio.

17. Las conexiones con el moralismo y el despliegue filosófico abierto ajeno al fenómeno dogmático del reaccionarismo se detallarán en el capítulo tres del presente estudio.

De las lecturas de Gómez Dávila se pueden encontrar referencias a lo largo de toda su obra; así por ejemplo en *Notas*, son traídos a colación algunos comentarios con respecto a Gide, Taine, Balzac, Proust, Joyce, Giradoux, Laclos, Stendhal, Mallarmé, Bergson (Cfr. *Notas*, 299-300); o también, Rivarol, Ortega y Gasset, Montherland, Feijóo (Ibid. 211-2). Las alusiones a estos autores son totalmente accidentales y no obedecen a una elección preestablecida de tipo crítico o a una predilección que pueda tomarse como absoluta. Como se habrá podido notar, los autores pertenecen a contextos distintos, a manifestaciones literarias y filosóficas de órdenes disímiles que hacen imposible determinar una posible pertenencia o simpatía hacia corrientes donde se detalle una recurrencia estética, ideológica o histórica¹⁸. Platón, Teognis, Nietzsche, Hegel, Sainte-Beuve, Santa Teresa, Goethe, Marx, Milton, Flaubert, Tocqueville etc., y cualquier cantidad más de autores fueron abordados por Gómez, sin que sea posible establecer una corriente definida de lectura por donde hubiese preferido transitar. Como pensador, leyó lo suficiente como para adquirir un bagaje que le permitiese comentar lo asimilado durante tanto tiempo, y a pesar de que hubiese podido escribir (Cfr. *Escolios I*, 350) que Montaigne y Burckhardt eran sus santos patrones¹⁹, no hay razón para reducir su pensamiento únicamente a las líneas establecidas por autores como estos²⁰. Quizá el único rasgo que define irreductiblemente

18. Salvo en este último caso en donde el rechazo de Gómez Dávila por la mayor parte de la literatura hispanoamericana y contemporánea fue evidente en sus escolios.

19. A Marx, quien no era precisamente otro de los *santos patrones* de Gómez Dávila, debe tenerse en cuenta por las alusiones reiteradas que existen aun desde *Notas* con respecto a este autor y al comunismo en general.

20. El siguiente escolio ofrece una detallada referencia a algunos autores preferidos por el autor: "La genealogía en la era moderna de lo que llamo "inteligencia literaria" es aproximadamente la siguiente: Montaigne, los moralistas del XVII y del XVIII, Johnson, Goethe, el romanticismo alemán, Sainte-Beuve, los ensayistas ingleses del XIX y del XX, los críticos franceses del XIX, Gundolf, Proust" (*Nuevos Escolios II*, 198) Genealogía

las elecciones literarias gomezdavilianas es aquel que rechaza el límite roto de las creencias religiosas y se niega a aceptar un pensamiento rígido de negación de la divinidad como acontece en ciertos autores que precisamente el autor señala: “Helvetius, Holbach, Sade, Bentham, Marx, Freud, Sartre –la pléyade de arcángeles sombríos, el canon clásico de mis imposibilidades absolutas” (Escolios I, 143) Hay que detallar en este punto qué clase de rechazo se enuncia con respecto a estos autores. Puesto que buena parte de la obra que nos ocupa se enmarca en una receptividad y apertura al pensamiento literario, estético y filosófico, no es frecuente encontrar en ella este tipo de criterios tan radicales como el que se acaba de exponer. Si bien es cierto, hay otros escolios en los que el autor muestra su rechazo hacia posiciones de muy diversa índole, es la postura radical de los autores referenciados, en torno a aspectos como la religión, lo que pone en cuestión Gómez en este comentario. Ni siquiera con Nietzsche tuvo un tratamiento análogo, puesto que con el autor de la *Gaya Ciencia*, el pensador colombiano sostuvo un diálogo que en buena medida generó meditaciones profundas, ambiguas y por ende, atrayentes. Al respecto podemos leer: “Hacer surgir la trascendencia del seno mismo de la existencia empírica es la empresa que arroja el cadáver de Nietzsche sobre las desnudas playas de la demencia” (Notas, 296), y “Los cristianos de Nietzsche no son los de ayer, sino los de hoy. Historiador inexacto, pero tal vez profeta” (Escolios I, 308); o también, “Nietzsche sería el único habitante noble de un mundo derrelicto. Sólo su opción podría exponerse sin vergüenza a la resurrección de Dios” (Escolios I, 172)

que en todo caso es altamente plural y que permite reiterar en la idea de la no exclusividad de un pensamiento o camino literario que hubiese adoptado el autor de manera rígida. De Montaigne, pasando por Goethe hasta llegar a Proust, hay, estética y filosóficamente, diferencias muy marcadas.

“El Übermensch es recurso de un ateísmo inconforme. Nietzsche inventa un consuelo humano a la muerte de Dios; el ateísmo gnóstico, en cambio, proclama la divinidad del hombre” (Nuevos Escolios I, 182)

Buena parte de los escolios son fruto de un diálogo con tradiciones literarias o filosóficas. De antemano puede irse vislumbrando cómo la obra que aquí se aborda conforma una reflexión muy amplia, pues toda ella es una configuración metafísica de interpretación, es decir, una cosmovisión estética, un diálogo con una tradición cuyos frutos son las imágenes que sobre ésta, en unión con la creatividad del intérprete que en este caso es Gómez Dávila, posibilitaron el acaecimiento de una obra sin par en la literatura y filosofía contemporáneas. En parte, la posibilidad de que este pensador solitario rasgase los velos del infinito se debió a la sacralidad de su empresa; sus lecturas y los comentarios a las mismas conforman una poética sobre el mundo que Gómez vive, un mundo de contornos laberínticos como los que ofrece una biblioteca, no leída, sino enteramente vivida. Cuando se encuentra en sus escolios referencias como esta: “Las lecturas filosóficas son conversaciones con inteligencias eximias, al calor de las cuales germinan nuestras ideas.” (Escolios I, 248) se configuran los rasgos de un pensamiento nacido a la luz de la tradición filosófica, sin que por ello su obra sea tan sólo un comentario carente de originalidad, puesto que por el contrario, toda ella es una respuesta a una serie de conversaciones sostenidas por el discurso filosófico, y cuyo matiz singular estriba en ser única, por su exposición y por sus peculiares rasgos dentro de los ejemplos que ofrece el mundo contemporáneo. Un filósofo marginal en el más amplio sentido del término. Mientras la filosofía contemporánea cumplía su función academicista y se generaban cálidos debates en torno a ella,

Nicolás Gómez Dávila dialogaba con la tradición, en su biblioteca, en una experiencia ascética como pocas se han dado dentro del panorama filosófico. Si para este escritor, “Las universidades son el pudridero de las letras” (Escolios II, 313) y “En las universidades la filosofía meramente invierna” (Ibid. 332), consecuente es entonces que se haya marginado de los espacios intelectuales y académicos para concentrar su existencia en una constante reflexión cuyos frutos apenas comienzan a revelarse ante nosotros.

Los fragmentos recogidos en su obra más reconocida *Escolios a un Texto Implícito*²¹, pueden ayudar en la definición de su pertenencia a una tradición filosófica y literaria de proporciones muy vastas. Es necesario partir de un problema ya bastante común dentro de los abordajes que suelen hacerse del pensador colombiano; éste radica específicamente en el interrogante necesario que señala la determinación del *Texto Implícito* al que alude el título elegido por el autor para designar ese enigmático texto que a través de escolios comenta. En procura de concretar lo que en este punto específico se desea poner en evidencia, retomaré una hipótesis ya hartamente conocida y difundida según la cual el texto implícito no es más que la tradición abordada en su biblioteca y comentada a través de los escolios. Esta interpretación del texto implícito como alusión o intertextualidad no es difícil de sustentar. Se adoptará sólo como noción pertinente para mostrar la pertenencia del escritor a una tradición literaria y filosófica muy vasta, dado que la idea del texto implícito no se agota en dicha interpretación y corresponde a un problema de mayor importancia que merece comentarse de manera más detallada y con implicaciones interesantes para la comprensión del autor²². En vista de que el escolio

21. Se hace referencia aquí a los cinco tomos.

22. Puesto que esta interpretación del *Texto Implícito* no es la única, más adelante haré referencia a las demás.

es una nota o comentario hecho a un texto y que por lo tanto aparece como interpretación de éste, muchos de los escolios hacen referencia a lecturas realizadas por el autor con alusiones que de manera explícita o no, configuran una intertextualidad evidente. Lo peculiar e interesante en los escolios es la manera como se tornan autónomos al recrear el texto implícito y por lo tanto, la idea de ser sólo comentarios tiene que ser reevaluada por cuanto como interpretaciones y recreaciones de un texto que se comenta, éstos empiezan a convertirse no en textos secundarios, de acuerdo al señalamiento que originariamente tienen de ser sólo acotaciones, sino que por el contrario, llegan al lector como textos independientes y altamente válidos. En gran medida esto se debe a la calidad del escolio gomezdaviliano por el refinamiento literario y filosófico que le es característico. Si en el segundo tomo de los escolios leemos: “La literatura contemporánea parece una algarabía de eunucos en celo” (Escolios II, 11) este tipo de escolio no sólo comenta un determinado producto estético, sino que al hacerlo lo interpreta y lo recrea. De igual manera cuando vemos consignado “El “otoño de la edad media” se prolonga hasta el XIX. Donde se inicia el “invierno de Occidente” (Nuevos Escolios I, 160) nuestro enfoque sobre el texto de Huizinga se recrea, por cuanto el escolio no sólo lo comenta sino que construye una reflexión sobre la cultura occidental cuya decadencia para el autor se circunscribe específicamente al siglo en el cual a él le fue dado vivir. La recreación del texto es también evidente cuando escribe: “Las “Liaisons Dangereuses” son la secularización erótica de la técnica del manual de un “director de conciencia” post-tridentino” (Nuevos Escolios II, 26)

Al ser presentado en un contexto nuevo, todo texto se reconstruye y por tal razón el diálogo cobra su plena amplitud al descubrir una visión enteramente distinta

a la que originalmente se tenía del texto en ausencia del escolio. “Las tres filosofías más importantes de la historia (Platón – Descartes – Kant) son apoloéticas larvadas de la religión” (Nuevos Escolios II, 197) Esto no es simplemente una lectura de tres autores sino una interpretación que reconstruye el panorama de su obra, y es así como el escolio deja de ser una simple apostilla y se eleva a la categoría de texto autónomo, esto es, ya no comentario sino enunciado paralelo al que inicialmente comenta. De esta manera el diálogo con la tradición se desarrolla desde una posición marginal en vista del uso de la simple apostilla o escolio, sin embargo, tal uso es válido porque deja ver con claridad su carencia de pretensiones, esto es, de convertirse en discurso identificado con un posicionamiento ideológico. Como el propio autor lo señala: “La ventaja del aforismo sobre el sistema es la facilidad con que se demuestra su insuficiencia. Entre pocas palabras es tan difícil esconderse como entre pocos árboles” (Escolios I, 294) Pese a que gran parte de la crítica ha señalado la filiación ideológica del autor con el fenómeno del pensamiento reaccionario, identidad que de suyo es evidente en la obra, tal postura no es precisamente la que define, a manera de sustancialidad, el conjunto de su pensamiento. El diálogo con la tradición se afianza en la escogencia del escolio y el fragmento, uso que por sí mismo genera dudas con respecto al afán de fundamentar una idea de manera sistemática. Por tal razón, si la intención de Gómez Dávila hubiese sido la de fundar una escuela, una ideología reaccionaria, la elección del escolio no habría sido la más acertada, a instancias de poder mejor “ocultarse” entre muchas palabras accediendo a un tipo de discurso que otorgara el rigor y coherencia necesarios para dicha empresa. Por el contrario, el escolio, la nota, y de hecho, los ensayos que aparecen en *Textos I*, contradicen la idea de una pretensión ideológica y más que eso, desarrollan

mejor una obra en donde se despliegan los pensamientos de un observador, de un moralista, de un cínico, por cuanto la reescritura de la reflexión filosófica, religiosa y literaria es puesta en evidencia con una ganancia inequívoca para quien la aborda. La tradición cobra otro sentido una vez es abordada por la observación gomezdaviliana, detallada descriptivamente en buena medida a la manera moralista no exenta en muchas ocasiones del tinte cínico que el autor utiliza en sus sentencias. Voy a consignar aquí algunos escolios que ilustran lo expuesto. “Las obras modernas cumplen las promesas de sus programas como los medicamentos de feria las de los curanderos que las pregonan. Pero si Mallarmé y Rimbaud iniciaron la perorata, sólo nuestros contemporáneos embotellan simplemente agua del acueducto” (Ibid. 355) “Kant abrió el calabozo del Aufklärung, pero dejó al prisionero en el patio de la cárcel” (Sucesivos, 156)

1.2.1. Categorías cínicas frente al mundo moderno:

“El hombre ya no sabe si la bomba de hidrógeno es el horror final o la última esperanza” (Escolios I, 343).

Por cuanto muchos escolios hacen referencia a tradiciones literarias, filosóficas, idiosincrasias, etc, con una clara tendencia cínica que en realidad caracteriza a muchos moralistas y escépticos, sería interesante destacar este matiz en tanto no aparece en la obra de manera aislada, y por el contrario, enfoca una clara tendencia literaria cuyos pliegues sarcásticos, mordacidad e ironía extrema, convergen todos en una propuesta de escritura.

Con la categoría de cínico no se pretende hacer una clasificación con respecto al pensamiento de Gómez Dávila,

apunta mejor a la consideración de una característica de su escritura cuyos alcances configuran esquemas propios de la motivación cínica. Por ende, este pensamiento no se configura como predeterminación cínica, ni se autoreconoce como tal, como cuando afirma: “El cinismo no es indicio de agudeza sino de impotencia” (Escolios II, 314); sin embargo, existen en él evidencias por las cuales se establecen rasgos típicos de tal actitud esquematizados en la escritura del pensador. Pero, ¿qué define el pensamiento y la actitud cínicos como para que puedan equipararse al enfoque gomezdaviliano? En primer lugar, es oportuno reiterar en la no vinculación de Gómez Dávila a una postura cínica a la manera de dependencia ante una escuela filosófica. El cinismo, entendido según los matices clásicos de Antístenes y Diógenes permite establecer una actitud práctica frente a los discursos establecidos. Esta configuración del cinismo no es precisamente la que se desea establecer como atributo presente en la obra que se aborda, a pesar de las similitudes que pueden encontrarse si se detallan algunos matices del cinismo clásico²³.

El cínico griego caracterizado por su irreverencia hacia las convenciones y un desprecio por la moral que de allí derivaba, se identificaba con un ideal de vida simple y más que una filosofía de tipo teórico pretendía establecer una forma de vida práctica basada en la simplicidad. A pesar de estos rasgos clásicos del cinismo, éste ha llegado a tener

23. De hecho valdría la pena considerar cómo ser un espíritu transgresor e insolente durante el siglo XX no era precisamente una actitud realmente transgresora. El panorama mundial de las letras en ese sentido, quizá desde Baudelaire, Rimbaud, Nietzsche y otros literatos y filósofos, ofrecía un tipo de transgresor que siendo cínico a la manera antigua, conforme avanzaba el siglo perdía obviamente su fuerza transgresora a medida que sus rasgos se hacían cada vez más comunes. En Gómez Dávila se encuentra un cínico contemporáneo si por ello se asimila un tipo de espíritu que contraría toda la modernidad y los clichés ideológicos que la caracterizan, aún a pesar de que en la práctica, su talante dista tanto del cinismo clásico. Él mismo lo afirma cuando expresa: “El auténtico cinismo es el que se esconde. Diógenes era un actor desastrado” (Notas, 289)

otro tipo de consideraciones por las cuales autores como Montaigne, Nietzsche y el propio Gómez Dávila pueden reconocerse como cínicos. Además de los factores vulgares que hacen cínica a una persona como la desfachatez y el descaro, es preciso tener presente la siguiente afirmación para la incorporación del talante cínico que aquí se desea exponer:

“La primera *Gaya Ciencia* es inteligencia satírica que se asemeja más a la literatura que a la *episteme*. Sus clarividencias sacan a la luz del día los lados ridículos y dudosos de los grandes y graves sistemas. Su inteligencia es fluctuante, juguetona, satírica, no está orientada a seguras fundamentaciones y principios últimos.” (Sloterdijk, 2003:426)

No hace falta recordar aquí que para Gómez Dávila Dios es una segura fundamentación y principio último que aparece frecuentemente en su obra. Sin embargo, a pesar de que esto último da al traste con la afirmación de Sloterdijk, sí son suficientes las muestras cínicas que pueden encontrarse en la lectura de los fragmentos que aluden particularmente a la modernidad, y en la actitud irónica desplegada con bastante frecuencia dentro del conjunto de su obra. Si bien Dios aparece sin ningún tipo de ambigüedad en lo que respecta al rasgo fundamental que lo configura a partir de la creencia en él expuesta en los *Escolios*, no existe otra evidencia que pueda surgir en la obra gomezdaviliana por la cual sea dable considerar la existencia de un pensamiento fundador o sistemático a la manera de una filosofía anclada en principios²⁴. Por ello el autor señala: “El pensamiento es

24. Podría desvirtuarse lo expuesto señalando el hecho de que la creencia en Dios aparece en la obra del autor como la mayor muestra de circunscripción a un principio fundador. En efecto Dios lo es, sin embargo, el aspecto más interesante de su pensamiento no se

indefinido en ambas direcciones: no conoce conclusiones últimas, ni principios primeros.” (Escolios I, 303) Este tipo de escolios son fundamentales para enfocar una consideración en torno a la no dependencia del pensamiento gomezdaviliano a una fuente primaria que sirva de soporte a la construcción de un edificio teórico que a nuestro juicio no aparece en este autor. Por el contrario, su postura se asimila mejor al rechazo de todo tipo de ideales o consideraciones definitivas como cuando afirma: “Todo individuo con “ideales” es un asesino potencial” (Ibid. 263). Siguiendo a Sloterdijk, escribe en torno a la sátira:

“(…) adopta una posición contra todo lo que alusivamente se podría denominar «alto pensamiento», contra el idealismo, el dogmatismo, la gran teoría, la cosmovisión, la sublimidad, la íntima fundamentación y la visión ordenada. Todas esas formas de una teoría señorial, soberana y sometedora atraen mágicamente los alfilerazos de los quínicos”. (Ibid. 427)

Si en algo han coincidido abiertamente casi todas las interpretaciones de Gómez Dávila es en lo concerniente a la crítica de la modernidad encontrada en sus escolios. Dicha crítica se ejerce conservando los rasgos fundamentales del cinismo, esto es, satirizando los alcances de la técnica, los logros del hombre, socavando esos grandes metarelatos como lo son la Razón, la Democracia, el Progreso, la Autonomía del Hombre.

La postura reaccionaria de Gómez Dávila es una muestra

despliega como acotación a una regla o como consideración dependiente de un dogma del cual derive, además de ello, puesto que se pretende mostrar la labor crítica del autor, nos es dado enfocar las fuentes disgregadoras, desmitificadoras, en las cuales se manifiestan los indicios cínicos.

palpable del cinismo que lo caracteriza. Alejándose de la construcción teórica de una posición política que dé cuenta de una disposición cuyo fin sea el de cambiar la orientación de la modernidad, el reaccionario, Gómez Dávila en este caso, no se dispone a construir una teoría política sino a dar testimonio de la purulencia que define el mundo contemporáneo. Por ello, “Nadie puede rebelarse, en nuestro tiempo, contra el oscurantismo progresista y democrático con la esperanza de vencer. Sino porque siente el deber de testimoniar.”(Ibid. 366) En buena medida, el valor de la labor reflexiva de este autor consiste en poner en evidencia los matices particulares de una época como la nuestra y enfrentarse a ellos a partir de una crítica corrosiva basada en muchas ocasiones en la ironía, la sátira y la burla. Los siguientes escolios dan cuenta de la manera como la ironía cínica describe el mundo actual:

“En el hombre inteligente la fe es el único remedio de la angustia. Al tonto lo curan “razón”, “progreso”, alcohol, trabajo” (Sucesivos Escolios, 77); “Al pronunciar la palabra “técnica”, el bobo se emociona, se estremece, infla el pecho y pasa saliva” (Ibid. 135); “La sociedad moderna no aventaja las sociedades pretéritas sino en dos cosas: la vulgaridad y la técnica” (Ibid. 75); “Dignidad del hombre”, “grandeza del hombre”, “derechos del hombre”, etc; hemorragia verbal que la simple visión matutina de nuestra cara en el espejo, al rasurarnos, debería restañar” (Escolios I, 385); “Este siglo se hunde lentamente en un pantano de espermio y de mierda. Cuando manipule los acontecimientos actuales, el historiador futuro deberá ponerse guantes” (Ibid. 180).

La actitud reaccionaria desafía el mundo moderno, haciéndole frente a sabiendas de su fracaso puesto que

siendo una comprensión negativa y por tal razón cínica, de los atributos triunfantes de la cultura moderna, tan sólo pretende considerar y sopesar sus alcances. “La neurosis europea concibe la felicidad como una meta y el esfuerzo racional como un camino hacia ella” (Sloterdijk, 2003:29) En este sentido, el pensamiento reaccionario gomezdaviliano es una postura vindicativa contra la cultura moderna, se mueve dentro de la desconfianza, la desilusión y el desengaño. Su estrategia no consiste en la construcción de un plano teórico que legitime sus posiciones, sino que por el contrario, punza la modernidad con el más auténtico sentido transgresor que no se preocupa por construir una teoría sino en destruir y socavar los fundamentos de la que triunfa. Como el propio autor lo consigna: “Los que denuncian la esterilidad del reaccionario, olvidan la noble función que ejerce la clara proclamación de nuestro asco” (Escolios I, 65), y es que Gómez Dávila “(...) ataca con furor iconoclasta –con la denuncia, la sátira, la paradoja- la modernidad entera, sus ideales, sus principios, sus presuntas conquistas sociales y políticas” (Volpi, 2005:47)

Tal como acontece con la crítica a los alcances de la razón, la democracia y otros metarelatos modernos, la orientación de un saber autónomo y la libertad que ello implica se ve reducida a escombros. Si “Las convicciones sistemáticas son indicio de inteligencia en quien las inventa, de estupidez en quien las adopta” (Escolios I, 376) y continuando en la misma línea de descrédito, “Nuestra autonomía es el fundamento ontológico de la posibilidad de nuestra nada” (Escolios II, 183) o “Los hombres, en su inmensa mayoría, creen escoger cuando los empujan” (Ibid. 187) es porque la confianza gomezdaviliana en el hombre es nula y por ende, los atributos que emergen del último no tienen para el autor ningún apoyo salvo el de una aventura cimentada en el vacío llamada modernidad.

Siendo el progreso uno de los atributos más atractivos de esta aventura, no podía permanecer al margen de la desconfianza gomezdaviliana²⁵. Lo atractivo de esta consideración es que para el autor, el origen del pensamiento progresista tiene un matiz ontológico y teológico en torno al reconocimiento del hombre moderno como ser autónomo, racional, libre, y demás distinciones estereotipadas de la modernidad, que claro está, se encuentran ancladas en la pérdida de Dios como punto de referencia. Ambos estatutos, ontológico y teológico, se ven expuestos en la idea del hombre creyente en el progreso que deriva de una asimilación que éste mismo fomenta, una vez se margina de la dependencia divina. De esta manera Gómez Dávila afirma: “El pensamiento progresista deriva de la creencia en nuestra Mündigkeit. El pensamiento reaccionario de la conciencia de nuestra Kreatürlichkeit” (Escolios II, 210) La asimilación es radical, de hecho instaura la división tajante entre el pensamiento medieval creyente en su condición de creatura, frente a la emancipación moderna, uno de cuyos desenlaces teóricos fue la creciente fe en el pensamiento progresista. En este sentido se comprende la axiología del autor, por ello,

“Diese Axiologie zieht sich in vielfältigen
Andeutungen durch sein gesamtes Werk und lässt

25. Desconfianza que está presente ya en *Notas* con una clara tendencia moralista en cuanto a la imagen que se tiene del hombre: “Crear en el progreso, en la realización de un Estado cada día más perfecto, más semejante a nuestro anhelo, me es imposible, porque veo que las nobles cualidades del hombre, lejos de formar un sistema y de converger hacia un solo punto, son contradictorias y divergentes, enemigas recíprocas que exigen para florecer la muerte las unas de las otras, de tal suerte que todo progreso y toda prosperidad comportan una decadencia y un atraso” (Notas, 130) Este rechazo de la idea de progreso está fundamentado en un tipo de consideración en torno a la naturaleza humana propia de la tradición moralista y cuyos rasgos son unívocos dentro de todos los escritores que se han ocupado de las costumbres del hombre con una clara tendencia pesimista sobre sus capacidades y alcances.

sich daher in Umrissen einigermaßen gut bestimmen (...) weil die Ordnung der Werte für Gómez Dávila nicht das Resultat menschlicher und damit subjektiver Zwecksetzungen, sondern der göttlichen Schöpfung selbst ist. Gómez Dávila bezieht sich so auf eine ontologisch gegebene objektive Wertewelt – eine Wertewelt, die jedenfalls für den Menschen objektiv, für Gott, der sie geschaffen hat, jedoch subjektiv ist.” (Kinzel, 2004)²⁶

La confrontación gomezdaviliana frente al progreso y la fe depositada en él, tiene una doble faceta; por un lado se apoya en la asimilación que Gómez Dávila hace de la condición de creatura que inviste al hombre, derivada por supuesto de su configuración religiosa, pero por otro lado, la crítica al progreso y a los alcances del hombre en la modernidad, no se alimenta principalmente de su fe o fundamentación religiosa en torno a la condición del hombre como *Hijo de Dios*. Buena parte de los ataques contra el progreso se apoyan no precisamente en un cimiento religioso sino en la asimilación de aquél como quimera y proceso reversible. Así lo permiten ver los siguientes escolios:

“El progreso es hijo del conocimiento de la naturaleza. La fe en el progreso es hija de la ignorancia de la historia” (Escolios II, 188); “El progreso es hybris y Némesis fusionadas” (Ibid. 189); “Necesitamos que un perito en heráldica dibuje el blasón del Progreso: el hongo de una explosión atómica, sobre campo

26. “Esta axiología se ve en distintas alusiones a través de todo su trabajo y se puede determinar en los fragmentos. (...) el orden de los valores para Gómez Dávila no es resultado humano con propósitos subjetivos, sino que es creación divina. Gómez Dávila se decide así por un objetivo ontológico dado por la valoración del mundo, una valoración que para los humanos de todas formas es objetiva, para Dios que los creó, es subjetiva”.

de gules” (Escolios I, 323); “El Renacimiento, el Aufklärung, y la tecnocracia, son hijos indiscutibles del cristianismo. Hijos crecientemente siniestros que engendra en la esperanza cristiana el olvido del pecado original” (Ibid. 58)

Todos estos escolios comparten una imagen cuyo punto común es la ineficiencia humana para llegar a buen destino. Si el progreso es simultáneamente *hybris* y *némesis*, ello implica un enfoque a través del cual el ascenso humano es sólo vislumbrado de manera óptima desde la perspectiva positivista, dado que para nuestro autor, su fruto es de todas formas regresivo. Toda fe en el progreso y en la razón del hombre implica una asimilación ontológica acorde al antropocentrismo propio de la modernidad. Si para Gómez Dávila la historia humana puede describirse a partir de lo que se contempla en la tragedia griega (Cfr. Escolios II, 177), el optimismo moderno tiene un enfoque del todo distinto y es a él a donde apuntan las invectivas constantes del escéptico colombiano; por tal razón afirma: “Tragedia griega o dogma cristiano son meditaciones de adulto sobre el destino del hombre, frente al sentimentalismo adolescente de la filosofía moderna” (Ibid. 97)

Buena parte de la creencia en el progreso se debe al avance de la técnica y los consabidos retos que ella ha originado y superado. A pesar de esto, los alcances críticos del autor llegan a la técnica misma y por ende, deslegitiman su papel como aspecto fundamental del progreso humano. Compartiendo aspectos centrales de la desconfianza moralista frente a la técnica como en Cioran; o de la propia filosofía crítica cuando describe el papel de la técnica en la sociedad contemporánea, Gómez Dávila ofrece una serie de escolios certeros que increpan el papel de la misma en la relación que sostiene con la prepotencia humana. Por tales

motivos escribe en *Notas*: “La civilización moderna no requiere para subsistir ni cualidades morales, ni inteligencia. La rutina técnica de la actual civilización podrá durar indefinidamente, en medio de una mediocridad espiritual inverosímil” (Notas, 413) La técnica se convirtió durante el siglo XX en una expresión cultural cuyos atributos frecuentemente la posicionaban como uno de los aspectos centrales y de mayor envergadura dentro de las expresiones humanas que resaltaban el progreso anhelado durante los últimos siglos. A pesar de la reacción de ciertas voces críticas que denunciaban el papel que empezaba a denotar el ser humano ante la utilización de la técnica, en vista del carácter de dependencia que presentaba frente a ella, es claro que los avances tecnológicos siguieron su cauce sin que el hombre pensase su situación. Esto es justo lo que denuncia la cita anterior cuando en medio de la inmediatez en que el hombre se sumerge a través de la tecnocracia que lo envuelve permanentemente, la cualidad espiritual del hombre se ve reducida a su dependencia con un entorno meramente pragmático enfocado en relaciones determinadas por el racionalismo instrumental. En buena medida así se ajustan también las consideraciones gomezdavilianas en torno a la industria moderna como cuando dice: “Si la industria moderna no ha logrado aún fabricar cuerpos, ya logró, en contra, fabricar almas” (Escolios II, 294) Aquí ya se encuentra una imagen de la estructura estereotipada de la sociedad contemporánea, en cuyo seno se construye una tipificación humana que margina al hombre hacia un reducto del espíritu manifestado en la automatización unidimensional.

Esta automatización es reconocible y mucho más palpable en los arquetipos de unidimensionalidad representados en el técnico y el especialista, productos de la estructura moderna fundamentados en el ideal de la pedagogía propia

de la época. En contra del primero leemos:

“Un técnico es un peón que por azada tiene una formula” (Notas, 324); “Los técnicos son como los gusanos que, sin saber cómo, producen seda” (Ibid). En cuanto a la figura del especialista tenemos: “Bruto como un profesional” (Ibid); “Cuando el especialista especula, la filosofía se ruboriza” (Escolios II, 271); “El especialista no sabe qué sabe” (Ibid, 302)

La crítica del autor está aún vigente por cuanto la estructura social que él describe es hoy todavía más cruda. Buena parte de la fundamentación de la misma se encuentra plasmada en los ideales educativos que Gómez también controvierte y que han convertido al hombre moderno en un estereotipo como el que describe el autor en las citas anteriores. Lo que hace desdeñable al técnico y al especialista es que ambos se fundamentan y se orientan en una concreción pedagógica enfocada en la instrucción y no en la formación. Por tal motivo, no son pocas las referencias que el autor expone para detallar los aspectos determinantes que aparecen a la hora de establecer la conexión entre el enfoque pedagógico moderno y la coerción espiritual del hombre que de allí deriva, enclaustrándolo en el servilismo hacia la técnica y la automatización del profesionalismo y la especialización. Si “Educar es enseñar a apasionarse por lo que carece de vigencia” (Escolios II, 88) y “La “instrucción” es toxina letal para el espíritu” (Ibid. 151) se asimila por lo tanto una consideración en torno al fenómeno educativo moderno que no dista mucho de una percepción del todo negativa frente al mismo. Si efectivamente la ciencia moderna presenta una crisis, tal como fue percibida por Husserl, es a través de estos parámetros y otros más radicales como se puede comprender el reproche escéptico del autor de los

Escolios con respecto a la incapacidad de la ciencia para educar, esto es, para formar²⁷. Pero si la ciencia no educa, mucho menos la técnica está en capacidad de hacerlo, y por el contrario, la educación está al servicio de aquélla. Centrada en instruir, en contabilizar, en constituir seres humanos eficientes, la educación moderna es un antimodelo de construcción pedagógica²⁸. Educar por lo tanto, en el sentido lato del término, hace referencia al alejamiento de todo aquello que caracteriza la funcionalidad moderna y más específicamente la del siglo XX. En buena medida, este tipo de consideraciones permiten establecer aún más el singular posicionamiento del autor, por cuanto lo aleja de la corriente opinión educativa de suplir las necesidades positivistas del siglo. Siendo un imperativo constante el llamado a la secularización de la educación, es decir, a la implementación de una estructura pedagógica que supla los requerimientos de la modernidad, Gómez Dávila contradice esta estructura teórica y prácticamente, educándose marginalmente, lejos del frenesí secular, conforme a una regla si se quiere monástica seguida con celo al interior de su biblioteca, plasma en su vida práctica una actitud coherente con las ideas que expone en contra de una modernidad ortodoxa en sus lineamientos, es decir, incapaz de admitir una línea marginal que evada el camino elegido por los derroteros esbozados a través de los metarrelatos modernos. Esa línea marginal es, con extrema singularidad, Nicolás Gómez Dávila²⁹.

27. Al respecto se puede apreciar el siguiente escolio: "La hegemonía de la retórica, en la educación antigua, es más defensible que el actual predominio pedagógico de ciencias que no educan" (Escolios II, 117)

28. De hecho, con estas consideraciones es mucho más comprensible el alejamiento que el autor tuviese con respecto a los centros académicos y a las labores allí realizadas.

29. En esta misma línea de interpretación de la singularidad gomezdávilaiana se encuentra lo esbozado por Volpi cuando afirma: "Gómez Dávila, es sin duda uno de los más originales solitarios del siglo XX, que interpretó el rol del filósofo-escritor en el mundo moderno en un estilo incomparable, cultivando al mismo tiempo la herencia griega y el espíritu de

1.2.2. La tradición literaria:

Buena parte de los escolios hacen referencia explícita o implícita a la tradición literaria occidental con una clara tendencia que desvirtúa generalmente el grueso de la literatura contemporánea. En numerosos casos aluden a lo que bien podría considerarse como una crítica literaria cuyo fundamento se desprende por supuesto de la animadversión por la modernidad. Como lector asiduo el autor accedió a una considerable suma de lo más selecto de una tradición literaria que como el mismo lo señala, “(...) podemos recorrer hasta los fragmentos de los presocráticos o hasta los Upanishad o aun hasta los mitos de los primitivos (...)” (Notas, 182) Acorde a su admiración por la tradición, el pensador colombiano desestimó la originalidad, en tanto confirió mayor importancia al respeto y confianza que le brindara la tradición abordada. Este tipo de reflexión y actitud es de suma importancia a la hora de establecer los motivos por los cuales se concreta el descrédito que concede el autor a la literatura contemporánea y en general, al propio pensamiento actual. De esta manera, se configura un tipo de interpretación literaria y filosófica cuyo canon consiste en la subordinación a los preceptos clásicos de la cultura, esto es, el apego a una determinada concepción de mundo según la cual, no hay nada nuevo que decir. “Los que censuran la erudición y la cultura porque sofocan la originalidad, llaman originalidad, sin duda, la sola ignorancia de las fuentes” (Ibid, 295)

Este tipo de apreciaciones descartan evidentemente un cambio de orientación en torno a la naturaleza del

Chartres. Como este, él no se sentía voz de su época, sino un solitario de Dios, un ángel cautivo en el tiempo”(Volpi, 2005)

hombre en lo que respecta a su propia asimilación literaria y filosófica, centrando el fenómeno literario en una exposición reiterativa, no repetitiva, de la visita del hombre a la contemplación estética. Ésta última, prefigura primariamente una actitud de sumisión y respeto, la cual no debe interpretarse como una miopía o una poca profundidad en torno a la sensibilidad estética del autor, sino que por el contrario, posibilita el acceso a un proceso de reconocimiento, si se quiere metafísico, por medio del cual la estética, y en este caso la literatura, se asume como manifestación inveterada que acoge los aspectos graves y sublimes del hombre. Esto conlleva a radicalizar la percepción del autor de los escolios en lo que respecta a la literatura y en general, la estética actual, puesto que según su criterio, pocas son las manifestaciones contemporáneas que dan cuenta de los aspectos atrás sugeridos. De la preferencia por la literatura antigua da cuenta cuando expone: “Sólo las letras antiguas curan la sarna moderna” (Escolios I, 38) y “Rechazar todo lo que el mundo actual predica sería presuntuoso, si desde los hexámetros de Homero hasta los últimos versos de Yeats toda la literatura de Occidente no predicara lo contrario” (Ibid. 50) Si queremos resaltar la singularidad de Nicolás Gómez, la recepción que él tuvo de la literatura contemporánea nos ofrece un ejemplo más que magnífico para dar cuenta de aquélla. Sin temor a enunciar una consideración exagerada, podría pensarse que la posición suya con respecto a las letras actuales es la única crítica acérrima que se yergue contra ellas con un carácter fundamentalmente anclado en una percepción aristocrática de la literatura. Como esta última apreciación puede parecer excluyente por razones no necesariamente válidas y de carácter poco convincente vale la pena detallar en qué consiste. Si para el autor la gran literatura posee un sentido plenamente aristocrático con ello no quiere dar a entender

una idea según la cual sólo sean válidos los temas referidos a una clase social. La apreciación gomezdaviliana apunta a otro aspecto que en absoluto se refiere a aspectos de índole pecuniaria y por el contrario, se identifica con una visión de mundo anclada en lo que bien puede asimilarse como un producto de la vida contemplativa, además de la consabida percepción moralista en torno a la poca devoción que se le confiere a los alcances del hombre. Se trata por ende de una cosmovisión definida por dos rasgos específicos: carácter ocioso del oficio literario que deriva en linaje aristócrata y escepticismo manifiesto en la desconfianza hacia el hombre y su autonomía.

El primero de ellos se concreta en la propia percepción que presenta el escritor cuando se siente inclinado hacia la existencia ociosa justificada en una vida consagrada a las letras sin que éstas se conviertan en profesión³⁰. Buena parte de la profesionalización de la literatura se remite a la imprenta y a la facilidad con que ésta permite que el

30. “El escritor –afirma Gómez Dávila- debe ser profesional, pero la literatura no debe ser profesión” Escolios II, 404) No obstante, en *Notas* se encuentra detallada una idea mucho más explícita de lo que constituye el ocio no sólo para la literatura sino para la cultura en general. De hecho, tal postura en este caso asume su contradicción contra los ideales burgueses y permite aclarar su oposición frente a la literatura contemporánea, producto del divertimento burgués que enfocado en un ambiente cultural propicio a sus intereses, sólo puede generar “(...) una abundancia de novelas policíacas baratas, de comedias ligeras, de películas sentimentales, o un teatro de propaganda y de tesis, o plétora de conferencias de vulgarización científica” (Notas, 408) En buena medida esto permite aclarar qué clase de descrédito es el que arguye Gómez en torno a la literatura contemporánea. Para nuestro autor, la gran cultura, no es una actividad propicia para el descanso, como lo asume la mentalidad burguesa, sino “(...) una labor penosa, una ruda exigencia. Requiere una consagración extremada y no tolera que la sirvan con voluntad dividida. (...) La gran cultura es, luego, un fenómeno parasitario, y una política que elimine los zánganos eliminará los productos de la actividad del ocioso: ciencias, letras, artes, ya que no son como lo imagina el demócrata impenitente simples productos del ocio, sino de la labor del ocioso” (Ibid. 409) Gran parte del descrédito que merece la literatura contemporánea es entonces, el hecho de que sea un producto de divulgación masiva engendrado por y para consumidores burgueses con un propósito común: el divertimento. Al margen de la posición del autor, habría que detallar que algunos autores contemporáneos se extraen de tal propósito, postura que obviamente nuestro autor no detalló o simplemente no quiso hacerlo.

ocio propio del espíritu aristócrata pueda ser marginado en algunos casos por el escritor profesional. De esta manera piensa nuestro autor: “Los progresos de la imprenta estimularon la multiplicación de libros descuidados y prolijos, mientras que la obligación de recurrir al escribiente y al rollo de papiro inducía a ser cuidadoso y breve. La imperfección de un texto era ayer involuntaria, hoy no lo es necesariamente. Las prensas vomitan basura que no pretende ser otra cosa” (Escolios I, 347) Sin embargo, no sólo por este tipo de circunstancias se da un giro en la producción literaria. Quizá el factor más importante tiene que ver de nuevo con el cambio de perspectiva generado en el hombre a partir de la modernidad, y del cual, con el paso de los siglos y principalmente en el XX, se genera un tipo de estética fundada en la independencia del hombre de los lazos religiosos y un enfoque por supuesto demócrata, léase vulgar, que está del todo legitimado en la ideología moderna. Ahora puede entenderse mejor cuál es la animadversión que por esta clase de literatura siente el pensador aristócrata colombiano. Esta decisión estética no tiene ambages, se enmarca en una postura radical cuyo enfoque está dado por el más absoluto clasicismo en lo que respecta a la elección de sus autores preferidos. Por ello expresa:

“Para calcular la elevación de nuestro pináculo cultural, comparemos: con la ingravidez de un texto ático, o con la gravedad de un párrafo latino, o con el cromatismo de una secuencia medieval, o con la limpidez de una página dieciochista, la argamasa verbal del escritor contemporáneo” (Escolios II, 164)

Enfocado entonces en este esquema de orientación crítica

frente a la producción literaria, don Nicolás rechaza la vulgarización de la misma, y no olvidemos que vulgar se entiende aquí como todo aquello que se independiza de la vocación trascendente y metafísica del hombre en aras de rescatar los aspectos triviales y cotidianos que lo rodean, procurando un tipo de literatura propicia a las costumbres burguesas, ajenas a todo tipo de experiencia grave y sublime³¹. Esta reflexión es un criterio constante en los escolios, en ellos se encuentra una oposición extrema en torno a la literatura nacida del seno burgués y cuyo objetivo está enfocado en el divertimento, y el olvido del carácter trascendente del arte.

La literatura contemporánea enfocada en la trivialidad es el tipo de discurso que indiscutiblemente divierte. Lo hace porque es vulgar, ingrátida, está escrita por el gusto popular y por ello, “De Homero a Yeats los valores plebeyos vegetaron en los suburbios de las letras como proletarios oprimidos. La literatura actual está escrita por Tersites” (Escolios I, 354) Si Tersites, el más indecoroso y feo de los griegos según la descripción de Homero en la Iliada, escribe la actual literatura, ello representa entonces un giro a través del cual el carácter aristócrata del poema homérico esquematiza un ejemplo claro de la antítesis literaria que representa frente al vulgarismo contemporáneo³² del cual se puede desprender por lo tanto un comentario álgido como el

31. Análoga crítica aparece expuesta por Nietzsche cuando frente a la obra de Eurípides enfatiza en cómo la mediocridad burguesa toma la palabra en su obra, llevando a escena todos los aspectos cotidianos, ordinarios y así, desenfocar los aspectos graves para complacerse en el goce cómodo. (Cfr. Nietzsche, 1997:103-4)

32. La biblioteca de Gómez Dávila carecía, por elección propia, de obras cumbres de la literatura contemporánea. A pesar del descrédito radical que el autor da a la misma, es indiscutible que su criterio se centra en una elección estética e intelectual que a nuestro juicio fue extrema, desestimando algunos expositores de gran calidad literaria que habrían sido desconocidos por Gómez Dávila en medio de su intransigencia crítica frente a las letras actuales. A nuestro juicio, no toda la literatura contemporánea ha sido escrita por Tersites.

siguiente: “Deploremos menos la obscenidad del novelista actual que su infortunio. Cuando el hombre se vuelve insignificante, copular y defecar se vuelven actividades significativas” (Escolios II, 258) Pero además de ser vulgar, esta literatura enfoca un tipo de orientación antropocéntrica en la cual al hombre se le confiere una dignidad que sólo el moralista denuncia como ingenua consideración. De esta manera, “El escritor moderno, con su devoción al hombre y su fe en la humanidad, no logra pintar sino escenas sórdidas” (Escolios II, 183)

Según lo habíamos señalado más atrás, los escolios, además de rechazar el enfoque prosaico de cierta literatura actual y sus perspectivas fundadas en temáticas antropocéntricas que la tradición moralista desestima, también otorgan perspectivas críticas que orientan en torno a las preferencias del autor. Se trata de comentarios, notas al margen, *escolios*, en los cuales nuestro autor señalaba, de manera algunas veces explícita, sus impresiones con respecto a temas, autores, y perspectivas de la literatura que también son útiles para recorrer parte del universo intelectual de Gómez Dávila. En *Notas* hay numerosos ejemplos de esta clase de comentarios (Cfr. 211-2 299-300) Esta clase de escolios, al contrario de los que enfocan un rechazo de la literatura moderna, se enmarcan en la elección crítica y en el gusto de los valores estéticos clásicos preferidos por el pensador colombiano, de cuyo criterio se demarca una clara tendencia hacia la aceptación de los cánones tradicionales en materia estética.

1.3. Colombia e Hispanoamérica:

Como contextos de Nicolás Gómez Dávila, su país e Hispanoamérica no ofrecen una idea clara de la obra del autor, porque ésta nace de un escritor cuyos lazos con las

circunstancias inmediatas desde la perspectiva literaria y filosófica están totalmente rotos. Esta ruptura lo posiciona en una tradición ajena por completo a la de su país. “Su privilegiada posición social y económica, un bachillerato francés, una férrea disciplina y en especial el contenido de su biblioteca, lo aíslan de lo inmediato (...) Su notable obra nada tiene que ver con el ambiente cultural ni social que lo rodea (...)” (Laserna, 2003) Lo tratado en este párrafo da lugar a controversias importantes porque se interroga acerca del papel que juega el contexto inmediato del escritor. Sin embargo, la expresión anterior es problemática, hasta dónde llega el contexto de un autor es una cuestión poco clara, y mucho más si se trata del pensador bogotano. Escudriñar la tradición a la cual se afilia intelectualmente nuestro autor es un asunto que merece una consideración con respecto a la posición que ocupase de acuerdo al panorama del pensamiento y literatura colombianos. Por cuanto este capítulo se ha enfocado en mostrar el aspecto singular de la obra gomezdaviliana, este párrafo no hace otra cosa que recavar en ello. Es claro que muy pocas cosas lo ligan a su país en materia ideológica y literaria, pertenece a un mundo del todo distinto del habitado por sus contemporáneos y a un enfoque manifiestamente aparte, aun de quienes parecerían acompañarlo en su denuedo ideológico.

Con respecto a esta última afirmación, hay una honda grieta que separa el pensamiento de Nicolás Gómez de la tradición conservadora y tradicionalista del país y aun de Hispanoamérica. A pesar de las dudas que la anterior afirmación pueda generar, la obra del pensador es explícita y abiertamente contraria a ciertos referentes que el pensamiento colombiano ha considerado propios. Estos referentes serán abordados teniendo presentes las manifestaciones ideológicas más influyentes a lo largo del naciente espíritu filosófico del siglo XIX en Colombia, para

detallar la fisura existente entre éste y el pensamiento de Gómez Dávila. Del siglo XX, en cuanto a materia filosófica se refiere, es evidente la nulidad en torno a las posibles influencias que hubiesen podido nutrir la especulación gomezdaviliana, por cuanto el contacto con las obras de los académicos colombianos, así como el interés de Gómez Dávila por aquéllos fue nulo. En vista de que por razones cronológicas la influencia debería haber llegado del legado ideológico del siglo XIX, intentaré mostrar el poco paralelismo existente entre éste y el singular espíritu de Nicolás Gómez.

Como primera medida, se detallará que con sólo echar una ojeada a su obra, el lector reconoce en ella una muestra totalmente disímil e inclasificable dentro de las letras colombianas y también hispanoamericanas. Sin embargo, en vista de su frecuente posición reaccionaria, ha sido comparada con posturas afines al pensamiento conservador y católico que había caracterizado a algunos sectores intelectuales y políticos del siglo XIX en Colombia. Esto no obstante, es sumamente discutible, por cuanto en realidad son pocas las influencias que el autor recibiese de esta tradición. Frecuentemente, cuando un pensador asume su tarea, lo hace insertado en un contexto que primariamente ha de ser el propio, el inmediato; pero lo que acontece con el autor de los *Escolios* es completamente distinto, de hecho, los rastros de tradición colombiana dentro de su obra son nulos, al menos así lo permite plantear su propio pensamiento y la exposición del mismo.

El naciente pensamiento filosófico colombiano del siglo XIX³³ bebía de fuentes disímiles, se nutría con las obras del positivismo y del utilitarismo, también del liberalismo

33. Con respecto a estas consideraciones, puede consultarse *El Pensamiento Colombiano en el siglo XIX*, obra del historiador Jaime Jaramillo Uribe, en donde se estructura la génesis de las diferentes reflexiones de los pensadores colombianos.

clásico como quedó expresado en las obras de José María Samper; y por supuesto, de la reacción que las doctrinas liberales y positivistas generaron entre quienes las consideraran nocivas. Surgen entonces las obras de José Eusebio Caro³⁴, Sergio Arboleda, Manuel María Madieto, Miguel Antonio Caro, y entrado el siglo XX, las de Félix Restrepo, de tendencias antiescolásticas y formado en la escuela del filósofo alemán Christian Wolf, y Rafael María Carrasquilla, con una extrema tendencia por reavivar las doctrinas escolásticas en el pensamiento y la educación colombianos. Siendo estos algunos de los más reconocidos hombres de letras dedicados a la reflexión filosófica, que por supuesto era importada pues no puede hablarse de un pensamiento original en ninguno de ellos, no hay manera de conectar las especulaciones del *solitario de la calle 77* con los autores antes mencionados. Ni siquiera con quienes fueron los mentores del pensamiento católico y conservador de los escritores colombianos, entre ellos, los españoles Balmes y Donoso Cortés, frecuentes referencias de los apologistas católicos y devotos intelectuales de una filosofía amparada en los mandamientos de la Iglesia Católica. Es sobre todo éste último, a quien se le ha señalado en algunas oportunidades como un punto de vista decisivo dentro del pensamiento de Gómez Dávila, además de Joseph de Maistre, Barres y Maurras entre otros representantes del pensamiento conservador y reaccionario. Pero por encima de las lecturas que haya podido realizar el autor, en las cuales se haya nutrido de los arriba citados, su reacción es de otro tipo, no se remite a una exposición meramente política sino ante todo ontológica y metafísica³⁵, y como ya

34. De quien habría que precisar sus vínculos con el positivismo en su juventud y de su posterior reacción contra el mismo.

35. Como queda definido además de los *Escolios*, en sus *Textos* y en su ensayo *El Reaccionario Auténtico*.

se ha señalado, no obedece a una posición sistemática de orden filosófico ni político. Bien sabe él que el reaccionario más que vencer políticamente es un portador de un talante definido por el escepticismo y el convencimiento de que su postura no vence sino en la medida de servir como testimonio y detallar a la manera moralista la incapacidad humana de llegar a buen término con sus empresas.

Gran parte de los intelectuales colombianos que fueron influenciados por las doctrinas conservadoras y reaccionarias estuvieron conectados con la práctica política, y además de ello, fue notable su admiración por España. Ninguna de estas dos facetas se visualiza en nuestro autor; la primera de ellas es reconocible por la austeridad que le era característica y el alejamiento de la vida social y política de su tiempo. Se sabe que a su casa asistían algunos de los hombres más influyentes en materia política, p.e. Alberto Lleras, Laureano Gómez, entre otros; sin embargo, esto no influyó para que nuestro autor se sintiese atraído hacia la práctica política a la que tantos intelectuales colombianos habían adherido. Además de esto, se conoce la lista de candidatos a la presidencia de la república que elaborase Laureano Gómez, en la cual aparecía irónicamente el nombre de nuestro pensador³⁶, así como el ofrecimiento que Lleras le hiciera de ser canciller. Esto sin embargo, no basta para asociarlo con la vida política nacional, de la cual estuvo ausente este antidemócrata por excelencia. De la segunda faceta también se evadió, y con enfático recelo consigna: “La mejor crítica de la colonización española son las repúblicas suramericanas” (Notas, 389), apreciación contundente que deslegitima tanto la labor cultural ejercida por España en sus colonias como el desempeño que éstas han

36. Candidatura hipotética de la cual seguramente al propio Gómez Dávila, más que disgusto le habrá causado hilaridad.

tenido después de su emancipación. Esta declaración, cuyo desprecio por la que los autores y políticos tradicionalistas llamasen la *madre patria* es evidente, se despliega todavía más cuando sentencia en contra de baluartes de la cultura española defendidos tradicionalmente por los autores conservadores. Es así como asevera: “La prosa española no ha pasado por el laminador de una sociedad exigente y culta, no ha sido pulida por las conversaciones discretas y ácidas de hombres y mujeres que buscan una diversión inteligente (...) los escritores españoles han sido hasta hoy proletarios de la inteligencia europea” (Ibid, 213-4) Encasillar a Gómez Dávila dentro de la lista de autores colombianos es una singular aberración de taxonomía literaria, él sencillamente no pertenece a ninguna de las tradiciones que influyeron dentro de la literatura y el pensamiento colombianos. Ajeno por supuesto a autores de estirpe liberal en la tradición colombiana, se hubiese esperado que como todo “eximio representante” de las buenas costumbres en preceptiva literaria y defensa de los valores patrióticos³⁷, hubiese protegido la prosa española y el nombre de su país. Pero ninguno de estos dos preceptos aparece en él. Recordemos que “Cuando se presenta la ocasión de hacer alguna bajeza, el colombiano rara vez la desperdicia” (Ibid. 432) Este no es precisamente el eslogan para una defensa de los valores patrióticos que pueda esgrimirse con notoria recurrencia por quienes se ocupen de los menesteres a que obliga la propaganda de difusión cultural de un país. Y en esto reitera: “No ser un profesional de la literatura me procura el

37. En cuya lista de esos representantes habría que incorporar a Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, Laureano Gómez, y en fin, a una interminable lista de políticos, en su mayoría conservadores, preocupados por exaltar los valores patrióticos y el buen nombre de España. De hecho, la prueba más contundente del singular posicionamiento de Gómez Dávila frente a la literatura colombiana y en general hispanoamericana, se concreta en el descrédito que da a la literatura española: “La literatura española conserva la marca indeleble de tener, por libro matriz, una novela satírica, es decir: a pesar de todo, un libro que pertenece a un género literario inferior” (Notas, 366)

eximio privilegio de eximirme de la obligación de leer los libros de mis compatriotas” (Ibid. 420) Si bien la literatura colombiana no queda bien parada, de análoga manera se posiciona la hispanoamericana. “Normalmente, un escritor es un individuo que escribe bien; pero las historias de la literatura suramericana nos enseñan que un escritor es un individuo que escribe” (Ibid. 404)

Quizá a Gómez Dávila no le interesó la literatura del país, sin embargo, a unos pocos hombres de letras contemporáneos suyos sí les interesó su inmensa obra. Ya en 1961 Hernando Téllez escribía: “Con su obra entramos al reino astringente y puro de las ideas, iluminado en todos sus recintos por la presencia y la gracia de la belleza. Una belleza esencial al propósito, otorgada con mano rigurosa. Y con esa obra, nos encontramos ante el esquivo y supremo hallazgo de un grande, de un verdadero escritor” (Téllez, 1988:22) Llamó también la atención de Álvaro Mutis, quien celebrara la ocasión de la publicación de los *Escolios* (Cfr. Mutis, 1988) y por supuesto de sus contertulios, uno de los cuales escribiese con inequívoca certeza y revelador vaticinio: “A esta obra tan difícil de tragar para la garganta moderna como un descarnado esqueleto de pescado, le llegará su día (...) Obra seria, profunda (...) que nos ennoblece, que nos ilumina, que nos enriquece” (Pizano, 1988:19-20)

CAPÍTULO II
LA ESCRITURA CONCÉNTRICA

LA ESCRITURA CONCÉNTRICA

En los *Escolios a un Texto Implícito* es preciso acentuar el hecho de que el estilo allí contenido se destaca él mismo como una de las estructuras aforísticas más precisas y depuradas que se hayan producido en medio del horizonte de escritores dedicados al fragmento como expresión filosófica y literaria en lo corrido del siglo XX. Numerosas alusiones se pronuncian a la hora de comparar los *Escolios* con el estilo ya consagrado de autores de la talla de Cioran, Nietzsche, La Rouchefoucault, Joubert, etc. Pero la obra del colombiano es de tal alta factura, que no puede reservarse el derecho al simple cotejo, sino que por el contrario, exige y merece un análisis propio, en donde se establezcan los motivos por los cuales ha pasado a ser un clásico de la literatura y un derrotero filosófico del pensar contemporáneo. El estudio de la escritura fragmentaria en nuestro autor debe partir como es obvio de la tradición que la sustenta, orientada principalmente hacia los autores moralistas franceses, con quienes comparte ciertos rasgos expositivos y conceptuales, y difiere en algunos otros. Sin embargo, el fragmento como forma literaria y como caso específico el género aforístico, tiene en realidad un origen que se remonta al pensamiento antiguo.

1. Elementos históricos de la escritura fragmentaria:

Al abordar cuáles pueden ser los orígenes de la escritura fragmentaria, necesariamente habrá de encontrarse una serie de elementos distintos que en su conjunto constituyen lo que habitualmente se ha catalogado como estilo fragmentario, sin que en éste quepa la posibilidad de destacar un punto convergente y unitario, a pesar de lo que comúnmente se cree, con respecto a dicha tradición. Habría de esperarse que los escritores que se ocupan del estilo fragmentario tuviesen una matriz similar, esto no obstante, no se da, y por el contrario, pueden evidenciarse detalles diversos que hacen que las líneas más representativas del estilo abordado posean una demarcación propia y ajena a describirse según un criterio unitario. Es así como desde el pensamiento antiguo se destacan diversos aportes a la escritura fragmentaria cuyos detalles revelan dicotomías entre ellos mismos que de todas formas permitieron dar paso a manifestaciones ya consideradas clásicas dentro de este género literario y filosófico.

Las expresiones literarias más antiguas que tienen una orientación fragmentaria se remontan a los proverbios y adagios de la literatura sumeria³⁸ y posteriormente a las colecciones fragmentarias de la cultura egipcia, así como las expuestas en el *Decálogo* y en los libros sapienciales. Al comentar la literatura fragmentaria, Louis Van Delft asevera: “Dans le *Décatalogue*, le Bien s’ennoncera pour la

38. El siguiente comentario del sumerólogo Samuel Kramer da luz al respecto: “Se ha creído durante mucho tiempo que el libro bíblico de los Proverbios era la colección de máximas más antigua escrita por los hombres. Pero cuando empezó a revelarse en todo su esplendor la civilización egipcia, hace unos ciento cincuenta años, se descubrieron colecciones de proverbios compuestos con mucha anterioridad a los hebreos, sin embargo, tampoco estos proverbios eran los más antiguos, ya que las colecciones sumerias de la misma índole les ganaban con bastantes siglos a la mayor parte de los textos egipcios” (Kramer, 1985:139)

première fois sous la forme de commandements et de lois” (Van Delft) y en torno a las formas breves, otro comentarista ha podido destacar que:

“(…) le genre gnomique discontinu s’est développé dans la littérature occidentale à partir de deux sources principales: les «livres sapientiaux» de l’Ancien Testament et la littérature gréco-latine (….) la Bible est une œuvre composite comportant de multiples formes d’énoncés de vérité : lois, prophéties, sentences, proverbes, paraboles, épîtres, etc.” (Poisson, 1999:7-8)³⁹

Es principalmente en el *Libro de los Proverbios* en donde se encuentran formas de exposición discontinuas de una sabiduría gnómica⁴⁰. Esta literatura y pensamiento fragmentario no es sólo atribuible a la tradición hebrea; en el *Tao Te Ching*, Lao Tsé expone a partir de fragmentos una sabiduría de orientación religiosa y filosófica que deja por ende entender la necesidad y mayor pertinencia de esta clase de exposición según las pretensiones que tendría el autor. Igual acontece con los autores griegos, aunque de ellos debe hacerse una interpretación enriquecida con un accidente histórico como ha sido el de la pérdida de muchos de sus textos. Buena parte de lo que hoy llamamos escritos fragmentarios como los de Tales de Mileto o Anaximandro, no lo son por una elección escritural de sus autores sino por circunstancias del destino histórico que les fue reservado a sus textos y por el cual la mayor parte de ellos se

39. “(…) el género gnómico discontinuo se desarrolló en la literatura occidental a partir de dos textos principales: los “libros sapienciales” del antiguo testamento y la literatura greco-latina (….) la Biblia es una obra compuesta de múltiples formas de enunciados de la verdad: leyes, profecías, sentencias, proverbios, parábolas, epístolas, etc.”

40. Del griego γνομικός sentencioso, moralista.

perdieron, conservándose sólo unos fragmentos. Esto no obstante, no es fundamento para creer que el pensamiento de estos autores tuviese una tendencia sistemática; por el contrario, en la mayor parte de los presocráticos se advierte la disposición hacia el fragmento como exposición que se ajustara más al entorno cultural suyo. Así lo establecen Kirk y Raven cuando piensan que más que partes de un tratado sistemático y discursivo, los fragmentos presocráticos deben asimilarse como partes de una tradición oral (Cfr. Kirk y Raven, 1987:185), idea que puede complementarse con lo expuesto a continuación:

“La frase redonda empezó su carrera en los tiempos de la comunicación oral, cuando la doctrina dependía de la memoria y se transmitía de boca en boca. Demócrito mismo era ya un escritor, pero en una época de más oyentes que lectores. No sorprende que comprimiera sus ideas en formulaciones sentenciosas” (Havelock, 1957:125)

Tenemos entonces una escritura fragmentaria originada a partir de dos circunstancias: pérdida de textos y elección estilística en una época signada por el uso de la oralidad por encima de la escritura. Ésta última parece ser la elección de los fragmentos hipocráticos, buena parte de ellos nacidos de la observación, con una tendencia práctica como era la de enfocarse en la enseñanza médica. Con la tradición oral va también emparentada una manifestación griega muy propia de la idiosincrasia del pueblo heleno, se trata de su disposición hacia la sentencia oracular que, en respuesta a preguntas específicas, pone en juego una sabiduría de tipo tradicional acorde a las creencias y valores de dicho pueblo.

Durante la Edad Media, la literatura fragmentaria tuvo mucho auge a través de las sentencias provenientes de la tradición gnómica de tendencia moral. Se trataba de una serie de textos cuyo desempeño en el orden educativo-moral tuvo un enorme impacto. Buena parte de ellos se acomodaba a la ética cristiana y se conjugaba con la preceptiva retórica y oratoria que para la época era de suma importancia. Durante el Renacimiento, el género fragmentario empieza a cambiar como lo hacía también el contexto desde el cual pensaba el hombre de la época. Podría decirse que el género fragmentario moderno y sus características, según las cuales se inaugura el tipo de aforismos y sentencias que nos son más familiares por la perspectiva subjetiva y personal de que son depositarias, comienza a desarrollarse en el inicio de la modernidad con unas particularidades precisas de las cuales hace gala el llamado moralismo francés inaugurado por Michel de Montaigne⁴¹.

La orientación aforística que nace en la modernidad tiene unas connotaciones especiales que la hacen distinta a los usos fragmentarios de la antigüedad y el mundo medieval. Es aquélla la que orienta de mejor manera una comprensión de la escritura gomezdaviliana por cuanto ésta posee, estructural e ideológicamente, una empatía mucho más directa con los usos aforísticos y fragmentarios del pensamiento moderno. Con Montaigne nace un tipo de reflexión fragmentaria expuesta en sus *Ensayos*; en los cuales, si bien no se incorporan formas breves como las del aforismo o la sentencia, al menos se alejan del tipo de búsqueda totalizadora como la que se puede destacar en el tratado y el sistema filosófico de tipo tradicional.

41. Autor cuya escritura es también fragmentaria, no precisamente aforística, pero enmarcada en un tipo de pensamiento escéptico que no permite evidenciar una estructura lineal ni sistemática al interior de la misma.

Los escolios gomezdavilianos se enmarcan “ideológicamente”⁴² en la postura fragmentaria de la modernidad. Históricamente puede hacerse una distinción epistemológica que envuelve el contexto antiguo y moderno dentro de la escritura fragmentaria. Como ya se señaló, el fragmento antiguo y medieval está orientado hacia la recepción de una sabiduría de tipo tradicional en la cual la disposición del fragmento se establece como permanencia dentro de un determinado pensamiento religioso o filosófico, o también en un empadronamiento en una consideración política, sectaria, o sencillamente, cultural, es decir, orientada al seguimiento de una tradición. Los aspectos que se involucran dentro de esta definición del fragmento como recepción de la tradición, poseen caracteres que no son ajenos a la concepción epistemológica de la antigüedad y la perspectiva medieval. El punto de vista del pensamiento griego en torno a la llamada realidad, tiene mucho que decir a la hora de establecer los rasgos que determinan su mirada sobre el entorno que lo rodea. Ella se configura como exterioridad.

“El hombre antiguo conserva, en lo esencial, la tesitura del hombre primitivo. Como él, vive desde las cosas y sólo existe para él el cosmos de los cuerpos. Podrá fortuitamente lograr atisbos de la intimidad, pero son sólo atisbos inestables y, en efecto, fortuitos. La actitud de la mente griega es, pues, rigurosamente primitiva (...)” (Ortega y Gasset, 1981:141-2)

El fragmento de la época antigua es el fruto de un hábito enfocado en la exteriorización que el hombre asimila de manera inmediata. Lo externo en este caso hace alusión a la

42. Con este término se quiere dar a entender el carácter subjetivo del autor que es característico de la escritura fragmentaria de la modernidad y por supuesto, de la época contemporánea.

tradición. No hay interioridad, no hay subjetividad sino tan sólo una acumulación de experiencia de lo que envuelve al hombre, que en ese caso no se reconoce plenamente como tal, es decir, en el sentido moderno, sino como elemento inserto en un medio afín. Así se establece el fragmento antiguo, como una experiencia compartida y no propiamente la afirmación subjetiva de un autor, categoría que para la época es desconocida.

Bien distinta es la apreciación que se tiene de la escritura fragmentaria a partir de la modernidad, y más específicamente con Montaigne. Su obra es fragmentaria, carente de un sistema, se establece como una muestra del inicio de la modernidad a través de la experiencia subjetiva que ya es totalmente palpable en ella. *Yo mismo soy el tema de mi libro* afirma Montaigne y con ello, nace no un tipo de literatura sino de experiencia, la experiencia de la subjetividad moderna, en el sentido de una orientación personal alejada de las consideraciones tradicionales y culturales que imperaban hasta la Edad Media. Así se da inicio a la noción moderna del fragmento, expresión individual que desestima, en la mayoría de casos, la pertenencia a una comunidad ideológica y que centra mejor su escritura en el despliegue de la imagen personal e intransferible, crítica y molesta; se configura por lo tanto, una posición amparada en la exposición fragmentaria cuyo contenido permanece al margen de lo que la tradición estima correcto. Esta idea está ya más cercana al moralismo francés inaugurado por el autor de los *Ensayos*.

Con los *Ensayos* nace una reflexión que inaugura el pensamiento moderno; de hecho Montaigne está ligado a las visiones contemporáneas en torno a la asimilación del yo como fragmentación del sujeto y demás consideraciones que nacen justamente como contraposición a las posturas

modernas nacidas con Descartes y por medio de las cuales se estructuraba un tipo de reflexión subjetiva sí, pero también, amparada en ciertos supuestos que ya en su época el pensador de Périgord desestimaba⁴³. El fragmento moderno inaugurado por este pensador se caracteriza por ser expresión individual, no es un conjunto de consideraciones destinadas a una colectividad como ocurre en las sentencias medievales; no es una manifestación que procure un encuentro o aceptación con fines prácticos como acontece en los aforismos hipocráticos; no es una elucubración poético-metafísica que intente dar respuesta a un ἄρχή, como se despliega en gran parte de los textos fragmentarios griegos desde Tales a Heráclito. Por el contrario, la modernidad deja vislumbrar un tipo de reflexión cuyo desenvolvimiento es completamente marginal, esto es, provisto de una caracterización en torno a la manifestación individual de una escritura solitaria, crítica, ajena a esquematismos, pero principalmente signada por un posicionamiento personal que le imprime su autor. Ese tipo de consideraciones se ajustan al moralismo francés, a Lichtemberg, Nietzsche, Cioran y por supuesto, a Nicolás Gómez Dávila.

En esta clasificación, en la cual se han establecido las pautas del fragmento antiguo y moderno en lo que concierne a su configuración ideológica, también se determina una de orientación formal. No por ser fragmentaria, una escritura debe ser clasificada desde una perspectiva tendiente a la homogenización de todo lo que aparezca como fragmentario. De hecho, es necesario establecer las diferencias entre cada

43. Supuestos amparados principalmente en el *giro copernicano* al cual se refiere Kant y que ya se enmarca en la visión subjetiva nacida con Descartes. Tanto el racionalismo que nace de allí, como el empirismo basado en otras consideraciones pero esquematizado también en apreciaciones epistemológicas propias de la modernidad, poco tienen que ver con el despliegue de un pensamiento vivencial como el que inaugura Montaigne en su propuesta de escritura marginal, distinta de lo que para su tiempo podría ser considerado ortodoxia textual.

uno de los aspectos que intervienen en la llamada literatura fragmentaria, para conformar una categorización de los mismos, lo cual ayuda sobremanera a la hora de establecer los rasgos que definen formal e ideológicamente a nuestro autor.

Pero en la obra de este escritor acontece un rasgo distintivo que lo aleja de casi todos los autores que han elegido el fragmento. Hay una desavenencia enorme entre el estilo y lo consignado en sus escolios, al menos en lo que se refiere a un tipo de pensamiento signado por su fe, por sus perspectivas políticas y otros temas recurrentes en los cuales Gómez Dávila no sólo es inflexible sino enteramente intransigente. Por ello, creo encontrar un escollo, no exento de ser resuelto, en el férreo catolicismo del pensador colombiano, y claro está, en su perspectiva reaccionaria, principalmente a la hora de poner en evidencia el carácter subjetivo que ya se ha dicho, posee la escritura fragmentaria de la modernidad, y en la cual se ha enmarcado el estilo del colombiano. Hay que aclarar por ello cómo un católico ferviente puede desplegar una escritura signada por la individualidad, y en consecuencia de ello, por la no vinculación de la misma a un tipo de aceptación correligionaria o política también, como las que a veces surgen a través de una lectura no implícita sino explícita (superficial) de la obra del bogotano. Que Gómez Dávila sea un autor singular ya ha quedado esquematizado en el anterior capítulo, pero a pesar de eso, vale la pena resaltar que su individualidad, es decir, su no pertenencia a un grupo de carácter sectario como el que podría tener un escritor cuyo enfoque sea el formar discípulos, se ve descrito en el carácter irreductible de su posición frente a la Iglesia misma, el cual no es precisamente un encuentro con una comunidad sino que por el contrario, configura un espacio para la exclusión del redil a partir de su fuerte oposición a las doctrinas postconciliares en las

cuales reconoce Gómez Dávila un ejemplo de perversión religiosa por parte de la Iglesia. Sin embargo, no es sólo en este punto donde se encuentra con mayor arraigo el carácter o el talante propio de Gómez, por cuanto toda su obra es una muestra de posición auténtica en torno a múltiples temas, una voz, recuérdese *inconfundible y pura*. A pesar de esto, la pertenencia a un credo, y el carácter de autor fragmentario, no parecen ser compatibles, sin embargo, esta característica puede ser analizada una vez se establezcan los entornos fragmentarios a los cuales pertenece el autor y por medio de los cuales se determina una desavenencia significativa, un tipo de disposición dual entre las dos posturas encontradas al interior de los escolios y que desarrollaré más adelante cuando se estudie el fragmento cerrado y el abierto.

Los escolios gomezdavilianos representan esa tradición de autores que convergen en una autoexclusión que se opera dentro y fuera de las mismas letras. Con esto se quiere dar a entender la manera como por su escritura, así como por su existencia misma, la mayoría de estos autores fragmentarios, asistemáticos y excéntricos, desarrollan una posición incómoda para las líneas ortodoxas, tradicionales y sujetas a cánones de pensamiento⁴⁴. Gómez Dávila comparte con el moralismo francés, con los pensadores de la sospecha, con el escepticismo de un Cioran, un talante que lo hace diferente, que sonroja un entorno por cuanto lo considera molesto, inoportuno; una cultura de lugares comunes que ve en él un lábaro de la discordancia, de la desavenencia con la obviedad. Ve en él en síntesis, a un representante del desasosiego ideológico, a un filósofo de aquellos

44. Situado en su contexto, Gómez Dávila aparece como una voz disorde, incómoda. A pesar de que su pensamiento haga alusiones reiteradas hacia lo que bien podría considerarse como un enfoque ortodoxo, esa misma ortodoxia, sobre todo a la hora de saldar cuentas con la modernidad, aparece como un despliegue heterodoxo desde el criterio de una época en la cual la *herejía* se convirtió en *dogma*.

que cumpliendo una labor digna de encomio, permiten vislumbrar más su importancia a partir de lo que destruyen, de lo que incriminan, de lo que describen dejando ver sus lacras. Es que a Gómez Dávila el jardín de la modernidad le huele fétido.

Con la literatura fragmentaria, el pensador de lo implícito comparte un rasgo común a todos los autores que pueden ser incluidos dentro de esa clasificación: todos ellos se encasillan en la categoría de fragmentarios, comparten señales desde donde se les puede asignar una tipificación; pero, al mismo tiempo, cada uno de ellos tiene una perspectiva distinta, un sello inconfundible que los hace únicos y por tal motivo, inconfundibles, de ahí la irreductibilidad de su pensamiento⁴⁵.

2. Elementos formales y clasificación de la escritura fragmentaria:

El estudio de los diferentes tipos de escritura fragmentaria ayuda en la determinación formal, temática e ideológica de Gómez Dávila puesto que en su obra se despliegan los distintos tipos de elementos encontrados en las clasificaciones clásicas del texto fragmentario. Aquí sin embargo, no se intentará hacer una descripción de simple cotejo de las formas clásicas con lo encontrado en el autor, puesto que de suyo, gracias a la pluralidad de formas breves encontradas en él, es comprensible dicha similitud. Lo que se pretende por lo tanto, es circunscribir la complejidad del autor dentro del paralelismo en que convergen distintas expresiones fragmentarias que se repelen y que no obstante se pueden encontrar a lo largo de los *Escolios*.

45. Lo propio acontece con Gómez Dávila, a quien es injusto reducir a una perspectiva de pensamiento como a veces se suele hacer cuando se describe su obra como tan sólo un reflejo del pensamiento reaccionario.

Hay muchas maneras de enunciar las distintas configuraciones del género fragmentario: Pensamientos, notas, poemas en prosa, reflexiones, proverbios, apotegmas, retratos, caracteres, sentencias, aforismos, máximas, ideas, anécdotas, citas, borradores y otros apelativos han servido para designar algunas de las exposiciones fragmentarias. En muchos casos, las confusiones son frecuentes por cuanto no existe un criterio unificado que legitime la definición concreta de cada uno de los anteriores términos, ello ha generado una continua disposición anárquica en lo que concierne al uso de los mismos. Frecuentemente se suelen llamar aforismos, sentencias, o máximas a todo tipo de escritos fragmentarios sin reparar en sus distinciones. Éstas no sólo son necesarias desde el punto de vista formal, además de ello, evidencian una diferencia significativa en lo que concierne a las disposiciones teóricas e ideológicas del autor, y por ello es relevante acercarse a su dilucidación. Dentro del ya no conciso número de apelativos con que se pueden enunciar los fragmentos, es posible encontrar dos tipos de disposiciones fragmentarias en las cuales se enmarcan los distintos apelativos con que frecuentemente se designa la escritura que aquí se aborda. Por ello, no es relevante definir qué significa cada uno de los anteriores apelativos, o si existen diferencias entre uno y otro, de hecho, son mínimas, y todas ellas, producto de clasificaciones arbitrarias; sin embargo, podría tenerse presente la distinción dada entre aforismo y apotegma, para tener una idea más clara con respecto a la disposición fragmentaria de la cual se hacía mención más arriba. Si se remite a su etimología, aforismo proviene del griego ἀφορισμός delimitación, separación. Apotegma, de ἀπόφθεγμα que conduce a la idea de precepto, de sentencia oracular. Es obvio que ambas definiciones hacen referencia a la idea de fragmento en el aspecto formal, es decir, las dos se definen por la brevedad que las caracteriza, no obstante, hay

una distinción radical en lo que respecta a la identificación con un tipo de pensamiento abierto y cerrado. En este punto aforismo y sentencia se distinguen abiertamente. Para ello, pueden hacerse algunos comentarios con respecto a estas diferencias.

2.1. La sentencia o fragmento cerrado:

Con este nombre se intenta hacer una descripción del tipo de escritura que siendo fragmentaria, se ocupa de concretar un pensamiento definido, tendiente a la concreción de una idea que se cierra sobre sí misma. Por esta razón, la sentencia principalmente, aparece como fragmento en el que se tiende al cierre, si se quiere, a la enunciación de una frase de carácter dogmático, por cuanto no tolera ni admite réplica. La sentencia no es una enunciación que espera el diálogo. Precisa mejor una aceptación o un rechazo absolutos, mas no una vía a la apertura del pensamiento. En Gómez Dávila es posible encontrar numerosos ejemplos de sentencias, de hecho, gran parte de sus escolios se pueden asumir como respuestas *oraculares*, es decir, veredictos que juzgan los textos que implícitamente está comentando, o descripciones sobre un tipo de temática cualquiera. Se configura por lo tanto una escritura cerrada que obliga a una lectura del fragmento como enunciación de un orden que se describe en el texto. Así,

“El pueblo sólo es civilizado mientras perdura la huella de una clase alta, látigo en mano” (Sucesivos, 129), “Si no se suicida, el ateo no tiene derecho a creerse lúcido” (Escolios I, 387) “¿Mis hermanos? Sí. ¿Mis iguales? No. Porque los hay menores y los hay mayores” (Ibid. 369).

En este clase de fragmentos se revela una contundencia que no admite ningún tipo de interlocución, son la clase de escolios que generan por lo tanto mayor controversia, por cuanto a través de ellos es cómo más evidente se muestra la firmeza ideológica del escritor. La sentencia es un típico recurso de quien no admite réplica, no por simple intransigencia, sino porque es una afirmación que enuncia una tipificación sobre el mundo, una descripción de lo que siente o piensa quien la pronuncia. Similar a la idea de *dinamita aforística* que se encuentra en Nietzsche, la sentencia tiende a decirlo todo con una brevedad extrema. Se trata de encontrar las palabras exactas, la concisión es la clave de su contundencia. Por ello, además de una experiencia estilística que lleva implícita una estética de la brevedad, la enunciación de la sentencia produce un efecto e impresión que genera en el lector un choque violento, de allí que su recepción sea siempre polémica porque no admite concesiones, es si se quiere, arbitraria, altiva, prepotente, y su enfoque es preciso. La sentencia nunca es ambigua, ese es su rasgo característico, por eso se enmarca aquí dentro de lo que hemos llamado fragmento cerrado, porque su blanco es preciso, su ataque puntual, el equívoco no aparece dentro del espectro de su amplitud, dado que ésta es lo suficientemente estrecha como para que se precise qué es lo que se dice, para qué, contra qué o quién.

“El izquierdismo no es ideología de una determinada condición social, sino de una definible deformación mental” (Escolios II, 348) “El izquierdista escribe con hiel disuelta en babas” (Nuevos I, 83) “A ricos y a pobres hoy sólo los diferencia el dinero” (Nuevos II, 20)

La dureza de la sentencia demarca la sustancia de la misma. En ella el lector no se ve abocado a una diseminación del sentido, por el contrario, enfrenta una posición plenamente instituida por el autor, y por ello, no puede circunscribirse una apelación a la equívocidad de lo que frecuentemente se asimila como escritura fragmentaria con el sentido de pluralidad, de diseminación interpretativa, de amplitud en las posibilidades que sugeriría el fragmento. Pero en la sentencia, y en este caso la gomezdaviliana, la hermenéutica posible se reduce al encuentro con una posición irreductible, intransferible, y por ello, el carácter de su enunciación no puede tener la representación de una apertura interpretativa como sí acontece con el aforismo del tipo nota o pensamiento *apenas esbozado*. En el autor de los *Escolios*, las sentencias hacen referencia primordialmente a temas relacionados con la Iglesia, el marxismo, la democracia, la pedagogía moderna y el papel del intelectual como espécimen de la grotesca imagen del hombre de letras moderno. Con la lectura de las sentencias de Gómez Dávila, el lector enfrenta un texto inmovible, la impresión es un choque, una contusión extrema en el espíritu de quien lo aborda. Puesto que “Las frases son piedrecillas que el escritor arroja en el alma del lector. El diámetro de las ondas concéntricas que desplazan depende de las dimensiones del estanque” (Escolios I, 27) es claro cómo es necesario que el lector tenga la receptividad adecuada, que comparta las mismas repugnancias y tenga el talante conveniente para que las dimensiones de lo dicho cobren vida y no converjan en una negación radical frente a lo expuesto. Si el encuentro entre texto y lector produce un choque, éste sólo se puede derivar en dos dimensiones posibles: la aceptación o el rechazo total. Tal es la naturaleza de la lectura de las sentencias. El propósito del autor en este tipo de representación escritural es claro, quiere decir algo,

es decir, su objetivo es presentar una idea cuyo destino es la concreción de una postura que expresa algo de la manera más breve, clara, violenta en algunos casos, radical, y por ello, efectiva posible. Por esas razones, la sentencia sirve de amparo para muchos, mientras que para otros representa un desgarramiento que no ofrece paliativos ni concesiones. La sentencia requiere de una afinidad en la actitud o talante entre quien la enuncia y quien la aborda, de lo contrario, hiere por su crudeza y carácter explícito. Justo en uno de los textos que Gómez Dávila eligió como exergos en el primer tomo de los escolios se puede evidenciar lo dicho:

¡Oh! Pues si no me entienden -respondió Sancho- no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates.

La sentencia gomezdaviliana para ser asimilada debe ser comprendida, pero no como ejercicio intelectual, sino como una comprensión de tipo espiritual, como una manera de compartir una actitud frente al mundo, a la vida, etc. En muchas oportunidades los *Escolios* han sido objeto de críticas acérrimas. Se han hecho alusiones al carácter antimoderno, antidemócrata, cerrado, dogmático, y por ende, molesto, para el juicio contemporáneo, de la obra del bogotano. En otras palabras, no es maravilla entonces que al no comprenderse, estas sentencias sean tomadas por disparates, por desatinos intelectuales de un retrógrado incapaz de asimilar la apertura del pensamiento. Pero la sentencia exige una actitud distinta, se trata de una apropiación, de un encuentro en la interpretación en el que el lector frecuente la obra para dejarla explanarse⁴⁶; de otra manera, quien sencillamente

46. Con esta apropiación interpretativa quiero dar a entender la experiencia inmediata que el autor revela en el momento de escribir la sentencia y que con extrema madurez interpretativa o quizás, suerte en la confluencia ideológica, el lector puede asimilar para dar un veredicto cercano al espíritu que dio origen a la sentencia. Por eso se trata de una comprensión, tal como se entiende en la más obvia hermenéutica.

afirme que la de Gómez Dávila es sólo una obra llena de confirmaciones de un escritor dogmático y retrógrado, es porque no ha comprendido el espíritu de la obra. El esolio que aparece como sentencia ofrece una tipología de denuncia, más que de propuesta, esto no ha sido realmente desarrollado por la crítica que ha determinado hacer una exégesis de la obra, interpretándola como una mina para el espíritu ultraconservador, reaccionario, católico, o simplemente antimoderno de un típico rancio burgués que quiera fundamentar su postura en la obra gomezdaviliana. La autenticidad de la última se expresa en la manera como se desarrolla una aplastante imputación de los logros modernos y de la farsa comodidad burguesa. Yo creo que más que una invitación al pensamiento reaccionario, Gómez Dávila permite rastrear no las bondades de éste, sino las fisuras de la modernidad. Por esa razón se concentra en dar en el blanco a partir de unas frases certeras, inequívocas, carentes de toda expresión ambigua que genere dudas en cuanto a sus propósitos.

Este rasgo es interesante y a él se debe centrar la atención por cuanto en él converge un posicionamiento ideológico de propósitos manifiestos. Una de las características más importantes de la sentencia gomezdaviliana es el carácter explícito que revela en su apropiación de una perspectiva del mundo. La sentencia no es oscura, todo lo contrario, en ella se configura un mundo totalmente ordenado por el criterio exaltado del autor. Explícita es la manera de configurar una posición a través del impacto de la sentencia, y esa posición no se despliega en una alineación fragmentaria oscura e indeterminada sino que por el contrario, deja esgrimir todo el carácter explícito que revela en su exposición.

El siguiente esolio ilumina lo expuesto: “El lector no encontrará aforismos en estas páginas. Mis frases son

los toques cromáticos de una composición pointilliste” (Escolios I, 15) Aquí Gómez Dávila no puede estar demarcando la totalidad de sus *Escolios*, a pesar de que él hubiese querido decir lo contrario. Los *Escolios* muestran una conformación dual en la que se posicionan las sentencias de índole cerrada que conforman la llamada composición puntillista⁴⁷ de la cual habla el autor, y los demás escolios o aforismos que tienen otras significaciones e implicaciones que más adelante analizaré. Son las sentencias, es decir, el orden que Gómez Dávila explicita a través de puntos que convergen en una obra integral, las que determinan un tipo de estructura mayor que a simple vista, esto es, observando cada uno de los puntos (sentencias) no logra avizorarse. Sólo haciendo un enfoque global puede el lector participar de la obra mayor que permite el acceso a las frecuentes interpretaciones lineales de Gómez Dávila, por cuanto a través de ese enfoque, los lectores encuentran los caracteres explícitos que se circunscriben, casi siempre, a las exégesis tradicionales del autor, la mayoría de ellas, concentradas en los énfasis políticos y religiosos. Esta clase de abordajes, que suelen ser los más frecuentes, merecen ser llamados las lecturas explícitas del pensador de lo implícito. Las sentencias, cuya orientación es literal y manifiesta, son las responsables de esa clase de abordajes. En ellos, se suele apelar a los lugares comunes que ya se han establecido y por los cuales siempre se utilizan los mismos apelativos para designar a Gómez Dávila, reaccionario, católico, etc. Si bien la crítica que así lo aborda no está cometiendo un error de aproximación, pues las denominaciones son exactas y provienen del texto mismo, es el grado de relevancia otorgado a esos tópicos y sus implicaciones, el que puede discutirse

47. Obviamente Gómez Dávila utiliza el término puntillismo que extrae de la técnica pictórica.

a partir, de nuevo, de la obra misma⁴⁸. Gómez Dávila es a lo largo de toda su exposición, un escritor que gira en torno a temas recurrentes, y hacia ellos es donde debe hacerse la exégesis de una composición puntillista. Si se tomaran las sentencias y se ordenaran de acuerdo a ciertos tópicos, podría verse una cohesión entre las mismas. De hecho, no existe contradicción alguna entre las sentencias que abordan temas políticos y religiosos, allí hay una obra sólida, férrea en sus convicciones, sin que sea posible encontrar en ellas los caracteres frecuentes de la escritura fragmentaria que es, casi siempre, sino todas las veces, ambigua, contradictoria y paradójica. En las sentencias gomezdavilianas, esas características no se presentan, pues se asemejan en gran medida a la construcción clásica del *dictum*.

Dictum es uno de aquellos términos con los cuales se determinan ciertos fragmentos o pasajes que se caracterizan por el aspecto concreto, directo y clarificador de que son depositarios.

“Unlike aphorisms, dicta see no mystery. They precisely resemble the solution to a riddle –and no ordinary riddle, but one of immense importance that has perplexed humanity but has now at last been solved. The dictum announces the discovery and specifies its essential nature. Its sense is: mystery is at last over” (Morson, 2003:416)⁴⁹

48. Como suele suceder con muchas grandes obras, ésta desbordó las expectativas de su autor, sin que él mismo lo llegara a dimensionar. Pienso que Gómez Dávila ofrece una reiterativa exposición de los temas recurrentes y explícitos en muchas de sus sentencias. de ahí la gran cantidad de alusiones al marxismo, al catolicismo, a la izquierda, al fenómeno de la reacción etc. Sin embargo, es a los aspectos implícitos a donde debería en gran medida concentrarse el ejercicio crítico de su obra.

49. Distintos a los aforismos, las sentencias (*dicta*) no ven misterio alguno. Precisamente parecen la solución a un enigma y no uno cualquiera, sino uno de inmensa importancia que ha asombrado a la humanidad, pero que ahora ha sido finalmente resuelto. La senten-

Bajo esta perspectiva, el *dictum*, cuyo origen latino hace alusión al acto de proferir una sentencia o de promulgar una afirmación de manera dictatorial, es decir, enfática e inequívoca, representa el tipo de escolio, al cual seguiré llamando sentencia, que intenta cerrar la apertura hacia la interpretación difusa, y proyecta por el contrario una tipología en donde se detallan caracteres determinantes de su composición y propósito.

La sentencia no admite excepciones, uno de sus rasgos es la aspiración a la totalidad en el sentido de no dar pautas hacia el equívoco. Cuando Gómez Dávila afirma: “Ningún político puede decir la verdad donde un electorado escucha atento” (Sucesivos, 27) o “Hay una manera práctica de saber si una idea es inteligente: averiguar si es impopular” (Ibid, 135) en cada una de estas sentencias se aprecia el perfil totalizador que las cubre. No hay lugar que dé cabida a una posible excepción a la “regla”. Por ello la certeza de su enunciación es indeclinable y la claridad con que se expresa es un rasgo común con el que pretende precisar la naturaleza indefectible de su enunciación. “El moderno es un fango que no logra modelar mano alguna” (Nuevos I, 95) La metáfora que utiliza el autor en esta sentencia tiene un nivel aclarativo de sumo interés, vale la pena explicarlo a través de una cita del propio autor: “La metáfora que no precisa sino confunde es la plaga propagada por el talento aproximado” (Ibid. 196). Quien medianamente haya asumido lo que significa el lenguaje metafórico sabe que éste, más que aclarar, sugiere, connota, es decir, no precisa sino dispersa. Pero para Gómez Dávila, la metáfora debe ante todo, en el caso de la que intenta explicar, dirigir la atención del lector hacia un punto definido, como el que aspira indicar la sentencia en su afán de precisión y

cia (*dictum*) anuncia el descubrimiento y especifica su naturaleza esencial. Su sentido es: el misterio finalmente se ha acabado.

totalidad. Las ideas que despliega Gómez Dávila en torno a la modernidad hacen que la mirada sobre el hombre moderno sea de total desconfianza y por ello pueda afirmar que aquél sea un fango incapaz de ser moldeado. En este caso la metáfora no produce dispersión interpretativa sino todo lo contrario, infalibilidad en la elucidación de la figura antropológica moderna. Todo esto es comprensible a partir del carácter axiomático que envuelve la enunciación de la sentencia, ésta determina una mirada sobre el entorno que no admite réplica por el carácter cerrado que fija.

Esta perspectiva de la sentencia como estructura cerrada que enuncia un dictamen, un diagnóstico irrevocable, se complementa con lo anteriormente dicho acerca del proceso de aceptación de la misma, ya que es necesario escuchar la voz de la sentencia. En efecto, esta consideración se debe asumir según los mismos parámetros de la postura que enuncia: *el que tenga oídos que oiga*. Se acepta o se rechaza, la duda se margina de su enunciación, confiere reposo en quien lo acata o desgarramiento en quien se resiste a su declaración.

“Latín y griego educan porque transmiten una visión del mundo antagónica a la actual” (Nuevos Escolios II, 157)
Una sentencia como esta no admite diálogo, se acepta o no. Las posibles interpretaciones de la misma no existen porque está revestida con una visión unidimensional y monológica. Determina una perspectiva del mundo que no tiene ambages, circunscribe una orientación definida y detallada en cuanto a los alcances de su expresión.

Es claro que este tipo de escritura fragmentaria se inscribe dentro de una estructura mayor que la engloba. La sentencia, con su carácter cerrado, presenta un enfoque demarcado por un pensamiento maduro y estructurado con un enfoque global. En efecto, esta constitución, que más

adelante se reconocerá como dispersión de escolios que componen una red o composición puntillista es de suma importancia dentro de la constitución orgánica de la obra gomezdaviliana. Y es uno de los rasgos más atrayentes porque rompe el enfoque asistemático que caracteriza a la mayor parte de autores fragmentarios o aforistas. En este caso se reconoce no un sistema u orden asistido por una construcción que dé cuenta de todos los aspectos que lo conforman, hasta los más minúsculos, sino sólo por los elementos más sobresalientes del mismo. Gómez Dávila sólo deja al descubierto los puntos más altos y desestima las columnas que los sostienen. Expuesto de otra manera, el autor consigna los resultados sin permitir ver las rutas que los anteceden. Por supuesto, esta es una elección no exenta de motivos que van más allá de lo meramente estilístico, el despliegue fragmentario de esta composición se puede describir como metódico por razones que se explicitan en la tonalidad de una férrea estructura y se acomoda al pensamiento jerárquico y aristócrata del bogotano. En efecto, la sentencia no implora por una aceptación, ella misma es una enunciación categórica que afirma sin rodeos y se elige como expresión directa, intransferible, estrictamente dispuesta a establecer un rumbo que se impone. La sentencia es un género antidemócrata por excelencia. Esta concepción de la sentencia como género aristócrata se encuentra en el propio autor, permite evidenciar la postura tradicional del género gnómico según la cual se enuncia una idea al margen de su aceptación, de su pretensión dialógica, de su horizonte de interpretación. Como se ha enfatizado, la sentencia no confronta en el sentido de entablar un diálogo, ella muestra, imprime una postura, revela una orientación; puede presentar el carácter de anuncio de tipo cultural por medio del cual se transmite una sabiduría tradicional, tal como acontece frecuentemente en la sentencia antigua y

medieval, o como es el caso de Gómez Dávila, describe la posición radical de un individuo en conflicto con su entorno, en este caso con la modernidad. La sentencia en este autor se circunscribe a la puesta en cuestión, a la objeción enfática contra la ontología, la antropología y la axiología que derivan de la concepción moderna. Este caso permite por lo tanto pensar en Gómez Dávila como el autor que le devuelve al género gnómico su origen y pertinencia. Describe por ello un matiz que permanentemente ha sido olvidado en los estudios que abordan el género fragmentario, la mayoría de los cuales perciben una noción del mismo que le es propia pero no le hace justicia. Se trata de las descripciones del género fragmentario según las cuales éste se orienta hacia la poliviosidad, la ambigüedad, el desorden expositivo etc. Esto se debe en gran parte a algunas consideraciones de tipo histórico, como cuando se asume que la literatura fragmentaria sólo está conectada con la modernidad, especialmente con el moralismo, posibilitando así la identificación del fragmento con discontinuidad, desorden y equivocidad, como acontece en muchos de estos autores, y también en Gómez Dávila en contextos expositivos que desarrollaré más adelante. Sin embargo, en lo que respecta a la sentencia gomezdaviliana, esta restituye el valor del dictum, de la consideración gnómica, en lo que respecta a la composición partícipe de un funcionamiento mayor o metódico, que en gran parte había sido olvidada en su pretensión y disposición, dado que desde el medioevo, o mejor, desde el inicio de la modernidad, la sentencia en sus aspectos radicales no había sido puesta en marcha como ejercicio plenamente constituido hasta sus más elevadas consecuencias por ningún autor. ¿Qué es lo que hay para decir entonces de un autor como La Rochefoucauld, quien precisamente es universalmente famoso por escribir sus célebres sentencias? En realidad, los fragmentos de éste

último han sido reconocidos como sentencias o máximas, no obstante, difieren completamente de la disposición ideológica gomezdaviliana, puesto que la sentencia del francés está enmarcada en un entorno totalmente distinto como lo es el moralismo⁵⁰ y por ello, la sentencia que emana de allí tiene una orientación distinta, en este caso, la descripción de las costumbres del hombre y su condición. Es importante resaltar esta distinción genérica del escolio gomezdaviliano en el aspecto cerrado que se deriva en muchas de sus enunciaciones y que lo convierte en sentencia, ajena al tipo de máxima expuesta por el moralismo francés cuyo enfoque es completamente diferente al objetivo y disposición del escolio cerrado que se ha abordado hasta el momento y por medio del cual Gómez Dávila logra configurar un pensamiento enteramente configurado desde el punto de vista expositivo y por supuesto, ideológico. La sentencia gomezdaviliana se caracteriza por establecer un pensamiento expuesto a través de fragmentos pero al mismo tiempo, tal pensamiento no es fragmentario. Esta es una implicación sumamente importante y por la cual debe detallarse con extrema atención la obra del colombiano, dado que se trata de un extraño caso de exposición fragmentaria de un pensamiento no fragmentario. En efecto, se trata de un pensamiento que define un esquema u orientación caracterizado por el empadronamiento en algunos tópicos distintivos que se describen a veces de manera compulsiva

50. Cabe decir aquí que el moralismo tiene una enorme influencia en Gómez Dávila como ya ha quedado expresado en el capítulo anterior. Sin embargo, esta perspectiva se ahondará en el siguiente capítulo, dado que lo expuesto aquí es el distanciamiento enorme que hay entre la sentencia de tipo descriptivo como es la del moralismo francés, y la condenatoria propia de Gómez Dávila, que pertenece además a un tipo de constitución orgánica en la cual la sentencia se asume como consideración contundente emanada de un pensamiento previo en su orden y cuya distribución conforma la red puntillista a la cual muchísimos escolios pertenecen. Sin embargo, y como quedará consignado más adelante, existe una similitud muy grande entre las máximas de La Rochefoucauld y las sentencias gomezdavilianas en lo que respecta al aspecto formal.

a través de la obra a partir de fragmentos pero conservando una linealidad en torno a los énfasis, a las definiciones, a las conclusiones. El propósito no se establece como acontece en el moralismo francés, en el escepticismo cioraniano, o en la dispersión nietzscheana, en una manifestación fluida del pensamiento que no encuentra una solidificación o consolidación sino que se distribuyen en múltiples variaciones y desvanecimientos de sus pensamientos. Estas características son comunes en la mayoría de autores fragmentarios, sin que sea prudente por ello manifestar una orientación unitaria para todos ellos, sin embargo, sí pueden ser asimilados como expositores de una escritura y pensamiento fragmentarios. Esto es lo que en Gómez Dávila se rompe a partir de su sentencia o escolio cerrado, dado que éste hace parte de una configuración mayor por la cual cobra sentido unívoco y uniformidad, características que no son comunes al fragmento moderno. Surge pues así una característica fundamental de los escolios que se determinan como sentencias o fragmentos cerrados, a través de la cual se erige una escritura en donde forma y contenido no concuerdan, en donde el proceso estilístico sumido en la dispersión espacial en la cual se despliegan los escolios, dista de la univocidad interpretativa que se extrae de la red concéntrica o totalidad de las sentencias que conforman el pensamiento antimoderno del autor.

El pensamiento esbozado en las sentencias de Gómez Dávila es una configuración discontinua pero no fragmentaria, esta constitución orgánica del fragmento cerrado establece otro gran ejemplo de la singularidad del autor. No veo otro de características similares en lo que respecta al distanciamiento absoluto entre la dispersión y fragmentación de la escritura y la unidad ideológica extraída de la red señalada. Por esa razón, la literatura crítica que se ocupa de la escritura

fragmentaria es en su mayoría de veces insuficiente e inadecuada para la aprehensión del estilo del colombiano. Este distanciamiento entre la escritura fragmentaria y lo que de ella deriva y la sentencia gomezdaviliana, se plasma en la presencia ineludible de un pensamiento ajeno a la fragmentación, propio de una condensación o destilación ideológica en la cual confluyen aspectos diversos que se unen a partir del rechazo de la modernidad. Ahora bien, ¿por qué utilizar el fragmento y la dispersión en la escritura para enunciar un pensamiento maduro, inequívoco y solidificado como el que se vislumbra en los matices comunes disgregados en los *Escolios*? A pesar de que en *Notas* esta característica de solidez e inequivocidad no aparece tan clara, y por ello, como una gran cantidad de escolios los fragmentos allí expuestos no se inscriben en dichas particularidades⁵¹, es necesario tener presente que desde su primer libro, ya hay señales que indican certeramente el camino que conduciría a la estructuración del pensamiento reaccionario y antimoderno. Esto se ve plasmado en algunos fragmentos que explicitan críticas al marxismo, a la democracia, la técnica etc. No son tan frecuentes ni tan contundentes como acontece en los *Escolios*⁵², pero lo que quiero hacer notar es que ya ilustran un camino que no sería abandonado por Dávila y que por el contrario se torna cada vez más arraigado entre las preferencias del escritor. Así se configura una elección temática, un blanco al que apuntaría con dardos cargados de fino humor, precisión condenatoria y brevedad extrema. Un ataque que va directamente hacia su objetivo y que se asimila a la contundencia del francotirador.

51. Razón por la cual en el próximo capítulo se analizarán en una definición mayor como lo es la del fragmento abierto o propiamente diseminativo.

52. De hecho no es prudente hacer una lectura ni de *Notas* ni de los *Escolios*, centrándose sólo en las características cerradas del fragmento, si así se procediese se perdería el amplio espectro no sólo estilístico sino intelectual del pensador.

Esta elección determina el llamado texto implícito, el cual no sería otro sino un tema específico al cual dedicaría el autor unos comentarios (Escolios) que conformarían una red articulada. Esta especulación a mi parecer es coherente, pero insuficiente en lo que concierne a la totalidad de la obra que deja revelar una expresión más amplia y compleja.

Con lo abordado hasta el momento es posible encontrar una grieta de proporciones vastas en lo expuesto y el modo de exposición. Una consolidación de un pensamiento inmovible en algunos tópicos expuesta de manera fragmentaria permite establecer la siguiente pregunta: ¿es fragmentaria la obra de Nicolás Gómez Dávila? No, si a ella se acude en su aspecto ideológico, y hay que decir que es en este caso concéntrica. Sí, si se reduce su aprehensión al ámbito estilístico, tornándose entonces dispersión textual. Pero hay que resaltar un problema que desestima las anteriores afirmaciones y la facilidad con que se asumieron. Éste radica en que en todos los libros de Gómez Dávila hay una discontinuidad no sólo estilística sino ideológica (hasta el momento no abordada), en ella el esolio abandona la forma de la sentencia y se torna diseminación, auténtica posibilidad de interpretación, fluidez del pensamiento concretado en la fragmentación. Se tienen por ende dos perspectivas de una obra ambigua en sus implicaciones: por una parte, disposición cerrada marcada por las sentencias y por otra, amplitud, equivocidad, dispersión, contradicción. Dos esferas que pertenecen a un mismo autor, al abordarlo hay que tener presentes ambas pues en caso contrario, no se es fiel a la totalidad de su pensamiento. Un autor estricto, dogmático, cerrado ideológicamente, y al mismo tiempo, partícipe de una fractura enorme en la cual convergen muchos de sus escolios a través de los cuales se posibilita una configuración escéptica de altísima estima y vigencia constante. Sobre esa configuración se puede conformar una

idea del llamado texto implícito que abordaré más adelante, por el momento, haré referencia a la especulación del mismo que se deriva de la mirada concreta y esquemática que sobre él se tiene.

2.1.1. El texto implícito:

Gómez Dávila no sólo es el más grande expositor de sentencias de los últimos siglos, es el único, si por tal género se asume las características abordadas antes: firmeza expositiva, inequívocidad, unidireccionalidad. Las sentencias se enmarcan dentro de un pensamiento netamente ordenado, existe una orientación que hace que tales fragmentos se distribuyan dentro de un sistema o red que se comporta de manera distinta a como acontece en la mayoría de autores fragmentarios. Esto ocurre por el matiz jerárquico que se define en el pensamiento gomezdaviliano, en donde hay una recurrencia al esquematismo, a la puesta en su lugar de ciertos tópicos y por ende, a la definición de un ordenamiento que se consigna a través de frases sueltas, apenas conectadas físicamente en el texto, pero con una fuente común, un pensamiento firme que las engloba y por el cual se corresponden hacia una tipología reaccionaria según la cual el texto implícito por lo tanto, no es más que el catalizador permanente de una serie de comentarios o acotaciones hacia una misma unidad que en este caso es la red que conforma el puntillismo gomezdaviliano. Hacia allí apunta la idea de Francisco Pizano de Brigard, quizá la primera interpretación que se hiciera de la elucidación de cuál es el texto implícito, cuando indica que “El texto implícito está contenido en las páginas 61 a 100 de su libro *Textos I* (Bogotá, 1959) y su tema es la democracia” (Pizano, 1988:12) Se asume en este caso que el texto implícito es

concretamente el pensamiento reaccionario, y la obra como tal no es más que la acotación a dicha estructura⁵³. Esta interpretación del texto implícito es coherente dado que muchos escolios (sentencias) se construyen como comentario a una temática recurrente como es la crítica a la democracia arraigada en el pensamiento reaccionario. Esta interpretación es aceptada indirectamente por quienes sólo han visto en la obra de Gómez Dávila la concreción de la crítica a la modernidad, los ademanes reaccionarios y el férreo catolicismo, es decir, por quienes no han leído sino las posturas explícitas contenidas en los escolios. La afirmación según la cual el texto implícito es un texto concreto, constantemente acotado, se debe asumir de manera parcial, puesto que en efecto, hay en las sentencias los temas recurrentes que ya he señalado, sin embargo, consolidar un texto implícito preciso implica desestimar el enorme caudal de escolios de posturas y caracteres distintos que no comportan una delimitación tan estrecha y vislumbran una apertura de significativo reconocimiento interpretativo. He dicho de manera parcial porque constantemente se está señalando el aspecto recurrente del autor, que efectivamente apunta a la estimación según la cual los escolios son comentarios y nada más, a un texto previo. Pero insisto en que esta apreciación coarta los niveles interpretativos de los escolios, sirve como referencia previa a la inmersión en la obra, establece un norte, una apreciación seria, no obstante, conforma posteriormente un prejuicio grave cuando se confronta con el caudal enorme que se despliega en toda la obra.

Análoga a esta interpretación se establece la idea que

53. Al respecto y como posible argumento a favor de dicha interpretación del texto implícito podría citarse el siguiente escolio: “Todo escritor comenta indefinidamente su breve texto original” (Escolios I, 116) Sin embargo, determinar que este escolio haga referencia al propio trabajo gomezdavilano es imposible.

determina a Dios como el texto implícito:

“(…) le dieu cartésien, le dieu comme fondement. Métaphoriquement, c’est ce dieu qui représente, à notre avis, le texte implicite des œuvres de Nicolás Gómez Dávila⁵⁴” (Goenaga, 1997:3) En esta misma línea se asume por lo tanto que “Les scolies, en effet, s’ordonnent isotopiquement et tautologiquement par rapport à ce texte implicite que représente la hiérarchie ultime où toute existence s’ordonne⁵⁵” (Ibid. 9)

Estas ideas son apropiadas para la comprensión del texto implícito como expresión fundamental que determina toda la estructura y soporta la red dispersa de fragmentos. Si los escolios gomezdavilianos estuviesen conformados solamente por sentencias, podría afirmarse entonces que realmente el texto implícito es Dios, y por extensión, la dependencia jerárquica que de ello emanaría y por la cual los escolios retratarían la misma a partir de las críticas necesarias frente a todo lo que se opone a dicha jerarquía ontológica y axiológica que deriva de la idea de Dios. Y por supuesto esto es lo que revela la sentencia gomezdaviliana, su dureza y su contundencia en la crítica son únicas. Dios efectivamente sería el texto implícito si, repito, los escolios fuesen todos ellos, sentencias o fragmentos cerrados. Lo visto hasta el momento con respecto al texto implícito, ya sea desde la perspectiva que lo interpreta como una referencia concreta expuesta en el pasaje sobre la democracia, o una ideología recurrente como en el caso de

54. “El Dios cartesiano, Dios como fundamento. Metafóricamente es este Dios el que representa, a nuestro parecer, el texto implícito en las obras de Nicolás Gómez Dávila”

55. “Los escolios en efecto, se ordenan isotópica y tautológicamente a raíz de este texto implícito que representa la jerarquía última donde toda existencia se ordena”

Dios, permite establecer en ambos casos, interpretaciones válidas, dado que existe una coherencia directa entre las dos especulaciones y la red escoliasta que conforman las sentencias o fragmentos cerrados y por la cual es posible encontrar una referencia constante, llámese Iglesia, Democracia, Modernidad, todas ellas regidas por la égida del pensamiento reaccionario. Esa constante constituiría por lo tanto, el texto implícito, texto que en efecto aparece con una frecuencia alta pero que no puede, en términos de la amplitud de los escolios, considerarse en realidad como el texto al cual se aludiría en cada fragmento.

Innegable es la reflexión concéntrica que se establece en los *Escolios*, sin embargo, este matiz no es el único, por esa razón, como se señaló líneas atrás, en el autor convergen dos esferas, fragmentarias sí pero contradictorias en sus implicaciones, una es la red concéntrica que aparece a raíz de las sentencias, y la otra, la configuración diseminativa que abordaré en el capítulo siguiente. Al continuar con el análisis de la primera de las esferas, es necesario enfatizar en el hecho de que en muy pocos autores fragmentarios es posible encontrar características análogas a las que se explicitan en Gómez Dávila. Casi todos esbozan un comportamiento escritural que revela la ambigüedad propia de la escritura fragmentaria⁵⁶. Este rasgo sin embargo, no aparece en la sentencia aquí analizada. Según una acertada definición, esta sentencia puede considerarse *una dura punta de diamante*⁵⁷, quien asiste a su lectura no confronta una posición abierta sino que por el contrario, se aproxima a la dureza de una afirmación categórica que no invita al diálogo sino a la crudeza de una voz imperativa. Con

56. Carácter que es posible encontrar en la segunda de las facetas: la configuración diseminativa.

57. (Cfr. Téllez, 1988:22) Hernando Téllez recogió esta definición de la propia obra de Gómez Dávila a propósito de una reseña que hiciera de su libro *Notas*.

razón, el propio autor lo expone: “Memorias y máximas parecen géneros netamente aristocráticos” (Notas, 424) La sentencia es aguda y el linaje de sus expositores no es el de quienes dudan de sus apreciaciones. Ya he comentado someramente el recio aspecto de la impresión que causa la sentencia, ésta concreta una posición madura, libre de todo elemento de divagación y resquicio ideológico. El énfasis es expresado de la manera más aguda, el filo de la sentencia desgarrar la sensibilidad del lector en la medida de su aceptación o rechazo de la misma. Por ello las sentencias gomezdavilianas principalmente han sido asumidas desde una posición binaria, en algunos casos se aceptan hasta con la complacencia ideológica de quienes ven en ellas perspectivas que deben ser capitalizadas por ciertos sectores o posiciones ávidos de adoctrinamientos; por otra parte, se rechazan sin más, por ser consideradas inaceptables para el espíritu moderno. En el primero de los casos, la sentencia ha logrado sencillamente ser leída por un intelectual que ha descubierto como lo dijera Erns Junger, una mina para los amantes del pensamiento conservador; es decir, desde mi óptica, una lectura literal, viciada y burda, que no le hace honor a la magnitud de la obra; en la segunda instancia, la sentencia ha logrado un cometido: herir sensibilidades y mostrar lacras que la modernidad se niega a reconocer.

“La única pretensión que tengo es la de no haber escrito un libro lineal, sino un libro concéntrico” (Nuevos II, 205) Esta reflexión es de suma importancia para la elucidación de lo que he venido tratando de exponer. Gómez Dávila tenía plena conciencia de la significación de su obra como proceso de construcción no lineal pero no por ello, carente de solidez temática. Él se daba perfecta cuenta de que sus sentencias, diseminadas a lo largo de múltiples escolios,

decían algo que no era precisamente contradictorio, o carente de dirección. Sus sentencias hacen afirmaciones que él había madurado a lo largo de los años, de hecho, aún desde *Notas* hay ya temas que no desaparecen en los *Sucesivos*, y que no sólo no están ausentes como temas, sino que comparten las mismas afinidades y posturas. Negar el carácter definido, a veces compulsivo, de sus temas, y el énfasis de los mismos sería un error de juicio por parte del lector. Gómez Dávila supo que sus sentencias exponían un mundo, trazado por una estética puntillista, donde la obra no se ve ordenada según una lógica apofántica o lineal, sino que establece una gravedad de ciertos temas y hace por ello que su exposición sea concéntrica. Términos como reaccionario, marxismo, izquierda, Iglesia, etc, son los granos que no pasan la criba fragmentaria y permanecen en la superficie de la obra como los puntos concéntricos no lineales pero sí férreos eslabones que conforman una red de significación unitaria. Una red firme que no se deja tentar por la dispersión ideológica del pensamiento asistemático, y conforma un sistema sin columnas o fundamentos apofánticos. Esa red es la que ha sido tejida por la sentencia gomezdaviliana. Al respecto voy a hacer énfasis en los dos aspectos que rodean la enunciación de la sentencia y configuran un ámbito estético y si se quiere epistemológico.

2.1.2. La estética puntillista del escolio:

Como quedó consignado más arriba en la cita que hace referencia a la *composición pointilliste* de su obra⁵⁸, Gómez Dávila precisa una elaboración premeditada de sus escolios, la cual se distingue por el carácter funcional que representan algunos de ellos en lo que el autor considera una obra que el

58. Ver página 81.

lector puede detallar y precisar, no como arbitraria sucesión de fragmentos desordenados, sino como estructura sólida que debe vislumbrar a lo largo de la lectura. Al respecto Volpi ha mencionado: “Para quien sabe leer, y sólo para él, el conjunto de los toques cromáticos brinda una visión de la totalidad” (Volpi, 2005:35) Uno de los fragmentos de *Notas* confirma lo dicho: “Filosofía “pointilliste”: se pide al lector que gentilmente haga la fusión de los tonos puros” (Notas, 457) Este aparece en el primero de los libros del pensador, es decir, se puede hacer ver cómo su composición es el fruto de una meditación sobre el carácter de lo que iba a ser expuesto más adelante⁵⁹. En vista de que no es posible determinar la fecha exacta de escritura debido a la falta de manuscritos datados, se hace necesario tratar de consolidar una cronología a partir de la publicación de sus libros y del orden de aparición de cada uno de los fragmentos dentro de la totalidad del texto⁶⁰. Esto obviamente no puede ser tenido en cuenta como un criterio absoluto pero creo que ayuda en la determinación del orden de escritura de los fragmentos. De cualquier manera, la metáfora de la *composición pointilliste* que Gómez Dávila utiliza para dimensionar la estructura de su trabajo, permite desarrollar una suposición sobre el mismo. Existe una mirada del propio autor sobre las expectativas de su obra que es altamente atrayente, desde el punto de vista estético, pero que no corresponde, ni formal ni ideológicamente, a la dimensión amplísima que ella despliega. La idea de *pointillisme* que el autor

59. Otro de los exergos de los escolios, en este caso una carta de Nietzsche dirigida a Georg Brandes, confirma esta perspectiva: “Aquí se trata de la larga lógica de una sensibilidad filosófica bien determinada y no de una mezcla confusa de cien paradojas y heterodoxias arbitrarias” (Traducción de Volpi, 2005:35)

60. Gómez Dávila, según refieren quienes lo conocieron, escribía sus fragmentos en cuadernos escolares, acumulaba allí un gran número de los mismos que después traspasaba en máquina de escribir. Todos sus manuscritos fueron quemados o simplemente arrojados por él y no queda ningún tipo de documento que pueda ser estudiado y que sirva de material de referencia escritural.

desarrolló desde los inicios de su obra es precisa y evidente dentro de los escolios, sin embargo, no es la única manera de abordar las dimensiones amplísimas que se derivan de los fragmentos. Lo que quiero hacer notar es que si bien Gómez Dávila tiene él mismo una perspectiva de su obra, la cual es coherente y precisada con premeditación, la llamada estética pointilliste no ofrece por sí misma una perspectiva adecuada que abarque en su totalidad los resquicios formales e ideológicos dispuestos a través de la totalidad de la obra gomezdaviliana.

Voy a citar al propio pensador para sustentar lo dicho. “Como el acierto estético no depende del artista, ninguna intención del artista lo mancha” (Nuevos I, 183) Este escolio podría insertarse dentro de los muchos en los cuales se hace alusión a ciertas perspectivas estéticas que se desperdigan entre otras consideraciones; la idea aquí expuesta es el posicionamiento autónomo del arte frente a las intenciones de un sujeto llamado artista. La obra no es una concreción manipulada enteramente por las intenciones del artista, sino que ella misma adquiere un estado de exclusión que la aleja de la sombra del artista para cobrar por sí sola una vida ya no dada por un creador que la somete, sino una que le otorga la dimensión estética que despliega al margen del punto de vista de su hacedor. Esto que Gómez Dávila observa en la obra de arte es precisamente lo que ocurre con su propia obra. A pesar de la observación gomezdaviliana, de la estética pointilliste que pretendió enfocar en toda su obra, ésta desborda tal iniciativa y cobra vida propia. Gran parte de los escolios se mueven en un terreno ajeno a la estética puntillista, hacen parte de un enfoque distinto con motivaciones que no encuadran dentro de la constitución concéntrica que liga otros escolios. De esta manera es como surgen dos amplias perspectivas dentro de la escritura fragmentaria de Gómez Dávila, la primera, que hemos

venido analizando aquí, constituida por las sentencias que hacen parte de la estructura concéntrica, y el otro conjunto de “escolios foráneos”, extraños a la intención puntillista del autor y sobre los cuales haré referencia más adelante.

Es preciso volver a insistir en el carácter vívido pero no totalizante del pointillismo gomezdaviliano. Es un fenómeno palpable, no se puede negar la existencia de tal intención, ni de su logro como proyecto escritural concretado. Se ha dicho más atrás que tal intención puede reconocerse como una red dispuesta de manera muy bien pensada. La férrea disposición de los escolios que conforman la estructura concéntrica es minuciosa y provocadora. Apresa al lector, lo conmina a verse atrapado, no en una lógica lineal sino en una estructura concéntrica que lo envuelve sólo con la enunciación de detalles precisos y certeramente dispuestos. La estética pointilliste y la configuración del escolio disponen la negación de la lógica apofántica.

La sentencia es apreciada como una cúspide, como la punta de un iceberg cuyo espacio oculto ha sido suprimido porque la lógica apofántica ha permanecido al margen. A la sentencia como iceberg hay que concederle un comentario cuya importancia no es subalterna. La sentencia que hace parte de esta estructura pointilliste, y en general todos los escolios, se deben apreciar como islotes carentes de fundamentación lógica apofántica. Nace de esta manera un tipo de enunciación que suprime el valor argumentativo y lineal propio de la estructura clásica de la exposición filosófica. Se trata de la forma *corta y elíptica* de la cual habla el mismo autor cuando el tema se asimila

“(…) en su forma más abstracta, cuando apenas nace, o cuando muere dejando un puro esquema. La idea es aquí un centro ardiente, un foco de seca luz. (…)

Quien así escribe no toca sino las cimas de la idea, una dura punta de diamante. Entre las ideas juega el aire y se extiende el espacio. Sus relaciones son secretas, sus raíces escondidas. El pensamiento que las une y las lleva no se revela en su trabajo, sino en sus frutos, en ellas, desatadas y solas, archipiélagos que afloran en un mar desconocido” (Notas, 56)

No existe una mejor comprensión, ni mejor enunciación de lo que vale el fragmento como forma expositiva que las anteriores líneas, en ellas se explicita lo que se ha comentado en torno a la disgregación del proceso lineal y argumentativo. Existe por lo tanto un ocultamiento de los que en lenguaje ortodoxo se hacen llamar “argumentos”, procesos lógicos muy relevantes para quienes enfatizan en la “profundidad” pero insuficientes y desestimables para el escritor colombiano. El escolio hace aparición sin ningún tipo de cortesía frente al lector, pues no lo sostiene un pesado edificio argumentativo que sirva de presentación a lo que se quiere decir, sin embargo, esta es la condición que efectivamente el escoliasta quiere conservar como signo irrestricto de su vocación marginal frente a la imposición de la lógica lineal y argumentativa propia del tratado filosófico. El énfasis se concentra en la enunciación seca y directa de la idea, sin ambages, sin ejercicios previos que en el contexto tradicional hacen las veces de legitimaciones racionales. A Gómez Dávila poco le importa la legitimación porque no cree en ella. Su voz, presentada en el escolio, es la aparición exenta de reverencias al lector, cuya impresión desestima la secuencia racional asumida como necesaria y válida dentro de todo proceso intelectual. Gómez Dávila sabe que más que una secuencia racional, su pensamiento nace de manera instantánea, y no hay por qué buscar entonces una reflexión previa que no haría sino sobrecargar lo que se origina libre

de esas cargas grandilocuentes. Sabe que más que cansar al lector necesita, él mismo, expresarse, presentar sus ideas sin procesos argumentativos expuestos a través de una pesada materia que enfrentada a la dureza del escolio, se vuelve deleznable⁶¹.

Gracias a la madurez del escolio es innecesaria la fundamentación argumentativa, no obstante, el escolio no sólo la descarta en el texto, sino que la desestima por completo. En efecto, Gómez Dávila sabe que la idea no necesita de un bastón, de un proceso previo para que pueda aparecer en su dureza y en su resplandor. La sentencia es una conclusión que deriva de una explosión y no de un recorrido, no es la pretensión de una demostración sino el enfoque que se sostiene a sí mismo en la medida de no tener soportes dialécticos. La sentencia es ante todo una negación de la dialéctica, cualquiera sea su origen, porque compone una elucubración que no pretende ofrecerse como interlocutora sino como imposición ajena a la recomposición hermenéutica del diálogo. El fundamento de la sentencia no es la lógica tradicional sino la evidencia del fenómeno que se aborda, por eso no se demuestra, se manifiesta.

El escoliasta es un escéptico en la medida de no dar cabida al proyecto racional que fundamenta una idea en un tipo de

61. Ahora bien, Gómez Dávila posee tres ejercicios escriturales en donde no hay escolios sino procesos de una aparente linealidad argumentativa. Me refiero a *Textos I* y *El Reaccionario Auténtico* y *De Iure*. En ellos procede de una muy distinta manera, y en efecto, se aleja del laconismo escoliasta que lo caracteriza, no obstante, al examinar lo que de allí se extrae en oposición y/o recepción de la argumentación tradicional, puede desestimarse todo intento argumentativo, puesto que en *Textos I* p.e. los ensayos allí contenidos poseen frecuentes elementos retóricos y sobre todo poéticos que hacen de estos escritos una fuente de ardores metafísicos en algunos casos, que en nada derivan de procesos lógicos lineales, y por el contrario, se acercan al éxtasis poético. De hecho, aún sin ser escolios, los ensayos de *Textos I* pertenecen igualmente al género fragmentario, pues al interior de los mismos no aparece una linealidad u orden argumentativo de tipo jerárquico. Habría que señalar que en *El Reaccionario Auténtico* y *De Iure* los procesos son distintos, principalmente en el último, en donde puede notarse una clara intención argumentativa.

procedimiento, sea éste inductivo, deductivo o de cualquier otra índole. Gómez Dávila no se ampara en estos procesos para enunciar sus escolios, todo aforista sabe que su obra no es un fortín racional, sino un ejercicio de creación en donde más que atributos generales de una disposición retórica amplia que pretenda convencer, presenta estrategias de guerrillero, ataca a través de emboscadas⁶². El escoliasta es un francotirador y como tal, sin configuraciones estratégicas expuestas en una redacción amplísima, tiene dos opciones: dar en el blanco, en caso de que el lector lo asuma así, o simplemente, fallar.

Dos escolios confirman lo dicho. En el primero se lee:

“Las tácticas de la polémica tradicional fracasan ante el dogmatismo impertérrito del hombre contemporáneo. Para derrotarlo requerimos estratagemas de guerrillero. No debemos enfrentármole con argumentos sistemáticos, ni presentarle metódicamente soluciones alternativas. Debemos disparar con cualquier arma, desde cualquier matorral, sobre cualquier idea moderna que se avance sola en el camino” (Escolios I, 372)

En el segundo tomo de los escolios reafirma esta idea cuando sentencia: “Las guerras intelectuales no las ganan ejércitos regulares sino francotiradores” (Escolios II, 313) Ambas citas concuerdan ampliamente con lo expuesto hasta el momento en torno a la configuración puntillista de la obra gomezdaviliana. En efecto, las sentencias que hacen parte de esa estructura concéntrica destacan una posición

62. Al respecto puede consultarse el texto de Till Kinzel: Ein kolumbianischer Guerillero der Literatur: Nicolás Gómez Davila Ästhetik des Widerstands en http://www.aphorismus.net/pdf/gomez_davila_grm.pdf

férrea expuesta a través de impactos categóricos, ataques imprevistos, como lo son cada una de las arremetidas gomezdavilianas. El puntillismo arremete contra la idea de un sistema organizado y sostenido por columnas argumentativas, contra todo metodismo tradicional cuya referencia sea el tratado y el estudio totalizador. El puntillismo invierte sus esfuerzos en la ofensiva individual contra la regularidad del discurso tradicional. Por ello también, “Quien se expresa brevemente, sin el aparato usual de referencias y de citas, aspira a que sus solos ademanes lo acrediten” (Ecolios II, 44).

Esta táctica escoliasta, como ya fue señalado, es una práctica propia del escéptico, propia de quien desconfía de las apariencias de la razón y de sus pretendidos fundamentos. El puntillismo no es sólo una elección estética ni una argucia para vencer en un pleito intelectual. Además de estas dos posiciones, representa una desconfianza escéptica frente a los abusos de la razón. Pretender asumir que la enunciación argumentativa provenga de una necesidad racional, ajena a las disposiciones previas o prejuicios que son en realidad los fundamentos de las ideas, es un convencimiento que Gómez Dávila ha rechazado en algunos de sus textos, y claro está, corroborado en su estilo. En este punto, forma y contenido se unen completamente. En cuanto a la desconfianza escéptica frente a la razón, como cuando se lee: “Quien escribe razón con mayúscula se prepara a engañar” (Ecolios I, 375), es notorio el hecho de que las pretensiones de enfocar el discurso al amparo de una fundamentación racional son desestimadas por completo. De ahí el estilo corto y elíptico, esa prudente cortesía frente al lector que proviene del rechazo categórico de la estructura apofántica que la escritura fragmentaria del colombiano niega tanto teórica como formalmente.

La estética puntillista refleja a grandes rasgos una característica que confrontada con la segunda visión del fragmento gomezdaviliano, que abordaré en el capítulo siguiente, conforma la gran dicotomía existente al interior de la escritura de este pensador. Me refiero al aspecto centrípeto demarcado en dicha estética. En efecto, la fuerza de la sentencia se centra en la concentración de una linealidad ideológica que apunta a la jerarquización de una serie de valores expuestos en la pluralidad fragmentaria. Por supuesto, esto no debe llamar la atención del lector del presente escrito, pues para que efectivamente sea convocado su asombro, hay que retomar al propio Gómez Dávila para percatarse del aspecto binario encontrado en sus escritos, en los cuales hay una convergencia hacia el llamado a un tipo de pensamiento constantemente referenciado. Esto no sorprende, lo que sí es llamativo, es el hecho de que al mismo tiempo, los fragmentos se desdoblan, se diseminan, convergen pues, hacia una fuerza centrífuga totalmente aparte de la primera. En vista de que se ocupa el presente apartado de la configuración centrípeta, es necesario comprender cómo el fragmento, que en realidad debe ser llamado sentencia, dada su situación de inmersión en la red concéntrica, opera como átomo dentro de la célula u organismo concéntrico. Pero no hay que entender átomo como si fuese unidad marginal, todo lo contrario, hay que hacer alusión a la manera como constituye un eslabón dentro de la amplia cadena orgánica que en términos generales se ha llamado pensamiento reaccionario. Por ende, la sentencia no es como frecuentemente se suele asimilar en la literatura crítica que aborda el fragmento, una unidad que se cierra sobre sí misma para conformar por ella misma una obra aparte, como sí acontece con los aforismos. El valor de la sentencia, en Gómez Dávila, se concentra en la actividad que genera hacia la concentración centrípeta y por la

cual no se asume la sentencia en su cualidad de soledad que obra por sí y para sí. Los espacios blancos entre las sentencias son los cortes del elemento discursivo, mas son, en el terreno ideológico, los límites entre un énfasis (tópico recurrente) y otro. No son pues demarcaciones absolutas sino meramente contingentes que de todas formas aluden a un centro. Por eso la sentencia gomezdaviliana se asemeja a un cuerpo atraído por la gravedad, en tanto ella se ve desplazada convergentemente hacia un origen al cual los tópicos permanentemente se aproximan. De esta manera se establece una transfragmentariedad, las sentencias son fragmentos que apuntan a una totalidad, de nuevo, un *elemento formal fragmentario* que construye un *elemento ideológico lineal*. Así se encuentra en Gómez Dávila una de las primeras grandes paradojas, en este caso, promulgada por la irreductibilidad de la forma y el contenido dentro de su obra. El enfoque asumido dentro del marco de un pensamiento lineal choca considerablemente con la idea de obra fragmentaria, puesto que contradice enfáticamente la rigidez y esquematicidad de la sentencia y la red que conforma. En vista de esto, es propicio establecer una fisura dentro de la reductibilidad a la que comúnmente se somete la escritura fragmentaria y por la cual se asimila con el pensamiento fragmentario. En este sentido, la relación entre la escritura y la reflexión de Gómez Dávila origina una discusión que podría generar espacios de apreciables debates en torno a la unidad o discontinuidad entre forma y contenido.

Al respecto debe considerarse primero qué se entiende por obra fragmentaria y establecer si la de este escritor se configura como tal. Justamente en este punto se cruza un problema bastante atrayente en torno a la denominación de escritor fragmentario que se le ha asignado y por la cual su pensamiento ha obtenido una clasificación análoga. Estas

apreciaciones deben ante todo estar sujetas al cotejo con la obra, fuente de las discusiones, y no con una parte de ella sino con la totalidad de la misma.

El esclarecimiento de los diferentes tipos de escritura que se ocupan de lo comúnmente llamado *fragmentario* genera una dilucidación conveniente a la hora de enfrentarse a un autor tan dispar y complejo como Don Nicolás. En primer lugar, vale la pena aclarar y tenerlo casi como principio de abordaje, el hecho de que en general la obra del autor no puede definirse ni asumirse con un criterio que dé por descontado los aspectos plurales de la misma. Esto significa que no puede verse toda ella bajo una misma óptica, y que por el contrario, la manera de asumirla requiere de una visión amplia, problemática y en algunos casos contradictoria. Gran parte de la crítica que se ha enfrentado a Gómez Dávila lo ha leído con criterios que tienden hacia la unificación de la obra, basándose en el aspecto visual de la misma, conformando por ende la llamada estructura fragmentaria a la cual pertenecería toda ella. De esta manera, *Notas y Escolios* empiezan a describir un único propósito y un mismo pensamiento, creencia que está muy alejada de lo que textualmente se configura y de lo que estructuralmente se concibe por parte del propio autor, aspectos que no son tenidos en cuenta debido al prejuicio crítico de calificar como fragmentario todo pensamiento que se despliegue a través de marcas textuales fragmentarias.

¿Qué se entiende por obra fragmentaria? Esta pregunta requiere de algunas aclaraciones que permitan desvelar el sentido de lo que se quiere inquirir. Para ello se debe establecer una delimitación de la escritura y del discurso, ambos se ubican en planos distintos que no pueden unificarse. Cuando se hace, como acontece en cierta crítica sobre Gómez Dávila, se tiende a simplificar y desvirtuar de paso, la amplitud de la obra. ¿Puede definirse como fragmentaria

la red concéntrica de sentencias gomezdavilianas? No ciertamente, si se atiende tal negativa enfática al discurso explanado en las mismas. Sí, por supuesto, si se tiene en cuenta la escritura que las conforma. Uno de los rasgos más atrayentes de las sentencias es que permiten definir una secuencia lineal virtual por medio de la cual se configura una escritura fragmentaria que sustenta un discurso sólido, jerárquico y concentrado. Esto no es un rasgo común dentro de la escritura fragmentaria, puesto que es bastante frecuente, y se suele tomar como criterio de abordaje pensar que la escritura fragmentaria inmediatamente remite a un pensamiento fragmentario, inacabado, plural, indefinido. Estos últimos cuatro calificativos no son apropiados para definir el carácter de la sentencia gomezdaviliana y mucho menos el pensamiento que ella conforma. Por obra fragmentaria debe entenderse entonces una constitución escritural y/o ideológica. La mayor parte de autores que han elegido el fragmento como forma de exposición coinciden en ambas perspectivas, en el caso de Gómez Dávila y específicamente en sus sentencias y la red concéntrica que de ellas deriva, no. Las sentencias sólo presentan formalmente una constitución fragmentaria, puesto que el sentido de cada una de ellas, así como el horizonte general que abrazan, sugieren un pensamiento constitutivamente arraigado no en la fragmentación sino en la consolidación de una posición incólume, tal como acontece dentro de los límites antimodernos y reaccionarios del pensador.

Si se me es permitido hacer aquí una clasificación específica de la sentencia en el autor, ésta no sería otra sino calificar la red concéntrica como una obra fragmental mas no fragmentaria. Me refiero a la constitución fragmental de los escolios, que es posible catalogar como tal en el sentido de orientar dicha expresión hacia el carácter textual, hacia la constitución

de la escritura. Un enfoque distinto hay que tener frente a la red como tal, cuyo orden no da pie para determinarla como fragmentaria sino como la consolidación de un pensamiento maduro y definido. El aspecto fragmentario del pensamiento de Gómez Dávila se orienta a veces aún hacia la red concéntrica, ignorando así los definidos márgenes que demarcan el llamado pensamiento reaccionario, el cual, si bien siempre se menciona en las clasificaciones de la obra, está determinado indiscriminadamente junto al catálogo fragmentario de que revisten la ya totalidad de Escolios. Por ello es preciso esquematizar la obra de este pensador, no con un criterio unificador sino teniendo presente el hecho de que un número considerable de sus escolios son sentencias que describen un pensamiento no fragmentario.

3. Taxonomía de la sentencia:

Si bien uno de los rasgos principales de Gómez Dávila es su singularidad, eso no lo exime de compartir afinidades, es este caso estilísticas, en lo que se refiere a la estructura de algunos de sus escolios. En *El Grado Cero de la Escritura*, Roland Barthes examina ciertas tipologías que se encuentran en la escritura de La Rochefoucauld, comparadas con las de don Nicolás logran identificarse plenamente con ciertas marcas textuales que se encuentran en algunos escolios. Comentando las máximas del moralista francés, Barthes ha dicho:

“(…) tengo el sentimiento (por otra parte profundamente estético) de estar vinculado a una verdadera economía métrica del pensamiento distribuida en el espacio fijo y acabado que les es impartido (el largo de la máxima) en tiempos fuertes (las sustancias, las esencias) y en tiempos débiles

(palabras-herramientas, palabras relacionantes); se reconocerá fácilmente en esta economía un sustituto de los lenguajes versificados: como se sabe existe una particular afinidad entre el verso y la máxima (...)" (Barthes, 1986:97)

Las palabras del crítico francés dan pie para determinar un sentido de lo que podría asimilarse como aspectos formales clásicos de la máxima, que en este caso son perfectamente compatibles con los *Escolios*.

En los siguientes casos se detallan algunos escolios en donde es reconocible la llamada economía métrica de que habla Barthes. "El nominalista vive entre hechos. El realista entre dioses" (Escolios I, 255) "Cualquier hombre se siente sofocado dentro de cualquier inteligencia ajena" (Ibid. 377) Al definir los tiempos fuertes, es decir, los sujetos que entran en el escolio como temas de los que se habla, el lector se percata de la síntesis por medio de la cual hay un posicionamiento depurado de los aspectos sobresalientes en tales fragmentos. En ambos ejemplos, nominalista, hechos, realista, dioses, hombre sofocado, inteligencia ajena, hacen parte de esa economía del pensamiento, los demás términos, los tiempos débiles, se ocupan simplemente de relacionar y estructurar el escolio.

Según ha dicho el mismo Barthes, "Toda máxima tiende evidentemente, según el canon del arte clásico, a la antítesis, es decir, a la simetría (...)" (Barthes, 1986:98) y tal categoría estética es posible encontrarla en Gómez Dávila al leer: "La imitación impone modelos; la influencia da pautas" (Escolios I, 25) o "La Iglesia absolvía antes a los pecadores, hoy ha resuelto absolver a los pecados" (Ibid. 307) "Las metáforas son metafísicas silvestres. Las metafísicas son metáforas de herbario" (Escolios II, 109) En estos ejemplos

Gómez Dávila expone los rasgos estéticos que lo vinculan a la máxima clásica en donde el canon determina una simetría por medio de la cual se reconoce una elección cuyos alcances van más allá de lo meramente estético para involucrar un sentido de la contundencia retórica, es decir, una economía del pensamiento como la ha llamado Barthes. El propósito desborda la categoría de lo estilístico para describir una intención que implica atributos genuinamente anclados en la impresión subjetiva cuyo objetivo es la unidireccionalidad de la idea a partir de una premeditación precisa: la saeta que perfilada fríamente alcanza la diana.

Juegos antitéticos, simetrías, metros “semánticos”, toda esa gama de atributos clásicos están presentes en las sentencias. En el caso de los metros “semánticos” de que habla Barthes, es el cuaternario el que ofrece mayor atractivo porque “(...) permite desarrollar una proporción, es decir simultáneamente una armonía y una complejidad (...)” (Barthes, 1986:98) Tal es caso de la sentencia siguiente: “El ateísmo auténtico es a la razón del hombre lo que el miriángono a su imaginación” (Escolios I, 72) En ella se evidencia una proporción perfecta que alude directamente a una relación de imposibilidad racional en la cual el ateísmo auténtico es tan concebible como la capacidad de imaginar un polígono de diez mil lados. Otras sentencias que evidencian la proporción armónica son: “El auténtico revolucionario se subleva para abolir la sociedad que odia, el revolucionario actual se insurge para heredar una que envidia” (Ibid. 173) “La inteligencia aísla; la estupidez congrega” (Nuevos II, 137) “Errar es humano, mentir democrático” (Nuevos I, 23) “Ni la inferioridad es vergonzosa, ni la superioridad culpable” (Ibid. 31) Si bien estos ejemplos hacen alusión a la proporción armónica de los llamados metros “semánticos”, no puede decirse que gran parte de los escolios estén estructurados de esta

manera⁶³. Lo están en cambio de acuerdo a otra disposición en la cual se ubican tiempos fuertes, uno de los cuales se establece como un término impar que “(...) siempre tiene una función excéntrica (...)” (Barthes, 1986:98) “(...) Este término impar posee una función singular, a la vez general, distante y sin embargo fundamental, en lógica tradicional se diría que es el *sujeto* de la máxima (de lo que ella habla), mientras que los términos pares serían el predicado (...)” (Ibid. 99) Muchos escolios presentan esta configuración, los ejemplos aquí presentados clarifican el orden que Barthes propone dentro de su clasificación. “El mal humor es el padre de la crítica literaria; la admiración no es más que la madrina” (Escolios I, 92) En este caso, la crítica literaria hace las veces de sujeto, aquello de lo cual habla la máxima, y es pues el término impar excéntrico; mientras mal humor-padre y admiración-madrina presentan el papel de predicados, es decir, lo que se dice del sujeto⁶⁴. De esta manera se estructura una enunciación en la que lo abordado (el sujeto) es objeto de una economía binaria que no deja de presentarse a través de la confrontación entre dos tiempos fuertes. Los siguientes escolios presentan análoga estructura:

“**La estética**, como **la historia**, da *verdades* sin dar *recetas*” (Ibid. 131) “Todo *principio* es **imagen** del *Principio*, todo *fin* del *Fin*” (Ibid. 148) “**Lo natural** y **lo sobrenatural** no son *planos superpuestos*, sino *hilos entrelazados*” (Ibid. 149) “**Lo vulgar** no es *lo que el vulgo hace*, sino *lo que le place*”

63. Hago referencia a la configuración cuaternaria.

64. No debe entenderse por sujeto de la máxima aquel término que define literalmente en el enunciado aquello de lo cual se habla, pues en el ejemplo aludido sería *el mal humor*. El sujeto tal como lo entiende Barthes representa la unión de los términos, es el término por medio del cual la relación entre los demás se torna significativa.

(Ibid. 195) “**En las artes** hay *mediocridades deliciosas e insoportables excelencias*” (Nuevos I, 22) “**El universo** es *importante* si es *apariciencia, insignificante* si es *realidad*” (Ibid. 39)⁶⁵

Lo apreciable en esta clase de escolios es que a pesar de que aparece un término impar que pareciera quebrantar la armonía, ésta no se rompe sino que se orienta hacia la presentación de un comentario sobre el término excéntrico que hace las veces de foco, referencia u orientación temática circundado por el comentario (los términos) que conserva la proporción armónica. Esta proporción está regida por la oposición o figura antitética que nunca deja de revelarse en esta clase de escolios presididos por la estructura a la que he hecho alusión con base en las máximas de La Rouchefoucauld que Barthes comenta.

La construcción de la máxima y en este caso la sentencia de Gómez Dávila, se orienta hacia la exposición de una conformación definitiva. En palabras de Barthes, “se trata, por el estado mismo de la estructura, de una relación de esencia, no de hacer; de identidad, no de transformación; efectivamente, en la máxima el lenguaje tiene siempre una actividad definicional y no una actividad transitiva” (Ibid. 100) Hacia esta definición se debe centrar la atención cuando se leen las sentencias de Gómez Dávila por cuanto ellas proporcionan una definición que se identifica con el carácter dictatorial de que revisten.

Esta conformación de la sentencia hacia la definición se establece en tres niveles, de acuerdo al mismo Barthes (Cfr. Ibid. 101-3) correspondientes a las relaciones de

65. En los anteriores escolios he colocado en negrilla los términos impares (excéntricos); en cursiva los demás términos que configuran la estructura binaria y simétrica. En algunos casos son dos, en otros como en el segundo ejemplo se presentan cuatro términos que de todas formas conservan la estructura armónica.

equivalencia dadas a partir de la *comparación, la identidad y la identidad deceptiva*. Las tres se encuentran en las sentencias del autor colombiano. La primera de ellas, la comparación, es distinguible en escolios que utilizan términos como *más que, tanto como, menos que, como*. Así, “Lo difícil del filósofo difícil suele ser **más** su lenguaje **que** su filosofía” (Sucesivos, 103) “La imitación, en las artes, es **menos** nociva **que** las recetas” (Escolios II, 355) “Calumniado, **como** un reaccionario” (Ibid. 125) Además de estos ejemplos podría hablarse de una relación de tipo aclaratorio, como la que se vislumbra en los escolios que utilizan la conjunción *sino* en donde también se presenta una comparación. Lo expresan así: “Una filosofía seria no es cañamazo de conceptos hilados por la inteligencia, sino enjambre de metáforas orientadas por su objeto. (Escolios II, 207) “El cinismo no es indicio de agudeza sino de impotencia” (Ibid. 314) “Lo difícil en filosofía no es escribir para el experto sino para el profano” (Sucesivos, 131) La segunda relación, de identidad, se visualiza también en los escolios. “El traje de etiqueta es el primer paso hacia la civilización” (Sucesivos, 111) “Las “soluciones” son las ideologías de la estupidez” (Escolios II, 78) “Justicia del pueblo” es el eufemismo de degollina” (Ibid. 348) “A la literatura pertenece todo libro que se pueda leer dos veces” (Escolios I, 199) En estos casos se da una relación en donde se concreta una significación, un posicionamiento inmovible que efectúa una asimilación de un concepto a partir de la identificación con otro, de carácter usualmente irónico o sorpresivo, no en sí mismo sino en el contraste que logra al confrontarse con el primero. “Civilización es todo lo que la universidad no puede enseñar” (Escolios I, 209) Los términos en este caso, civilización y universidad, se contraponen de manera sorpresiva dadas las connotaciones que llevarían a creer lo contrario. Se trata de la identificación

de la civilización, de acuerdo a la reacción del autor, con todo el conjunto de propiedades culturales propias de un hombre marginado de la modernidad que no compaginan con el espíritu progresista y moderno que orienta la universidad. La tercera relación, de identidad deceptiva, la ha caracterizado Barthes con la utilización de la restricción *no es más que*. En este caso se trata de una relación de desmitificación o desengaño, muy común en los moralistas y por supuesto, en el escolio que funda un desencanto frente a muchos tópicos de la modernidad. De esta manera están constituidos escolios como los siguientes: “El militante comunista antes de su victoria merece el mayor respeto. Después no es más que un burgués atareado” (Escolios I, 23) “Sostener que “todas las ideas son respetables” no es más que una inepticia pomposa. Sin embargo, no hay opinión que el apoyo de un número suficiente de imbéciles no obligue a aguantar. No disfracemos nuestra impotencia en tolerancia” (Escolios II, 116) “Cualquier derecha en nuestro tiempo no es más que una izquierda de ayer deseosa de digerir en paz” (Ibid. 317) “Creer que una verdad patente, claramente expresada, ha de convencer, no es más que prejuicio ingenuo” (Sucesivos, 42) En estos escolios es claro el carácter de desengaño que los atraviesa, no significa que para ello deba estar presente el *no es más que*, dado que bien pueden tener este mismo perfil todos aquellos escolios que representen un tipo de constitución desmitificante y aclaratoria, basada en la puesta en escena de un descrédito hacia una creencia. Es la desilusión reaccionaria la que se muestra vivamente en esta clase de sentencias cuyo origen hay que encontrarlo en el talante escéptico de Nicolás Gómez frente al mundo moderno, el hombre, etc.

3.1. Signos gráficos del escolio:

La taxonomía del escolio gomezdaviliano muestra también aspectos formales orientados hacia la presentación de signos que se repiten con cierta frecuencia y que consolidan una disposición irónica muy propia del moralismo. Se trata de grafías que esquematizan una propiedad punzante del fragmento de Gómez y que refuerzan la contundencia de los ataques a partir del sarcasmo y la ironía. Como se verá, lo único que hacen es fundar aún más aspectos que determinan la confrontación entre dos fuerzas, una de las cuales es ridiculizada y puesta por ende, en duda. Hablo específicamente de las comillas, aliadas recurrentes de Gómez Dávila en la enunciación de sus ataques y a través de las cuales se asume, como es obvio, una mirada maliciosa sobre el término que encierran.

“Justicia del pueblo” es el eufemismo de degollina (Escolios II, 348) “Cuando termine su “ascenso”, la humanidad encontrará al tedio esperándola sentado en la más alta cima” (Sucesivos, 26) “Por “verdadera libertad” siempre se entiende alguna implacable servidumbre” (Nuevos II, 60) Si se analizan los escolios que poseen comillas, el lector se dará cuenta de que gran número de ellos se estructura de acuerdo a una posición dual en la que el término entre comillas, uno de los extremos de esa posición, alude siempre a una desmitificación; mientras el otro⁶⁶, representa la definición o identificación que deconstruye el sujeto del escolio, permitiendo por lo tanto una reconstrucción o redefinición en donde ante todo, prevalece una crítica corrosiva y mordaz. “La “cultura” del político consiste en ideas que explota y en textos que ensucia” (Nuevos II, 89) “Desde hace dos siglos llaman “libre pensador” al que

66. U otros, pues pueden ser varios términos.

cree conclusiones sus prejuicios” (Ibid. 13) Al comentar este último escolio, el llamado librepensamiento es objeto de un ataque directo cuando el autor lo excluye del prurito moderno según el cual esta actitud presenta características de extrema encomiabilidad a partir de la configuración crítica que encarna. Las comillas convierten al libre pensador en un esclavo de sus prejuicios. Tan grave es la aparición de las comillas dentro de un fragmento, ellas son depositarias de la fuerza retórica por la cual el equilibrio de la sentencia se rompe para ceder hacia una tendencia que no sólo se afirma sino que desmiente los atributos de su contraparte.

Pero la ironía gomezdaviliana no sólo se distingue en el uso de las comillas. Ciertamente, el humor del autor es característico y es signo inequívoco de la sentencia que fustiga la modernidad y los demás blancos del autor. Leerlo sin una sonrisa es no haber podido adentrarse en su universo, que como el de otros muchos filósofos, orientan su pensamiento hacia la apertura de disensos substanciales con su entorno a través en muchos casos de una sonrisa inteligente que se vislumbra en innumerables fragmentos. Según el autor de los escolios, “Después de hospedarse en una mente norteamericana las ideas quedan sabiendo a Coca-Cola” (Escolios II, 399) Quien se enfrenta a la lectura paciente de esta obra, después de hospedarse en ella, añeja sus ideas.

CAPÍTULO III
APERTURAS, DISGREGACIONES,
PLURALIDAD

APERTURAS, DISGREGACIONES, PLURALIDAD

En el anterior capítulo se propuso la lectura formal de los escolios a través de la función cerrada que se determina a partir de la estructura de la sentencia, cuyo enfoque dentro de la obra de Nicolás Gómez Dávila corresponde a la llamada red concéntrica o estética puntillista que define abiertamente el llamado pensamiento reaccionario del autor. Sin embargo, a lo largo del texto aludí a un tipo de escritura por medio del cual se define una perspectiva totalmente distinta y ajena a la estructura cerrada de la sentencia en cuyos despliegues se difumina el pensamiento reaccionario de Gómez Dávila y se abre el espacio para un tipo de diseminación especulativa que disgrega la unidireccionalidad de la lectura del autor y transfiere la exégesis de la obra hacia horizontes de mayor apertura significativa y pluralidad en los enfoques que de allí derivan. Hago referencia a los desplazamientos formales e ideológicos presentes dentro de la obra. Desde *Notas* hasta los *Sucesivos Escolios* no sólo está involucrada entonces esa postura inmovible que caracteriza la red de sentencias del pensamiento reaccionario del cual derivan, sino que se extiende también la inclinación escéptica, moralista y abierta de quien a partir de esa apertura y disgregación, ya no puede ser asimilado sólo como una voz antimoderna, sino como un inmenso foco de amplitud especulativa en la que es apreciable el raudo nivel de diseminación ideológica que permite pensar en la fuerza centrífuga que domina gran parte de su reflexión.

No pretendo así establecer dos momentos en la escritura fragmentaria, el primero de los cuales sería entonces la estructura concéntrica de la sentencia y el otro la diseminación de un pensamiento en el aforismo. Quiero enfocar la atención en el hecho de que no puede hacerse una clasificación de ese tipo sino asimilar la complejidad de la obra a partir de dos momentos que son en casi todo el desarrollo de la escritura del autor, simultáneos y que como tales, impiden la categorización unidimensional del pensamiento gomezdaviliano. Evidencian por el contrario, la complejidad y disgregación de una reflexión que en ningún caso puede reducirse a un tópico y mucho menos a una asimilación estrecha que no esté acorde a la amplitud de un pensamiento en marcha, un devenir reflexivo. Este elemento constitutivo de la escritura del bogotano ha sido en muchos casos ignorado. En él se involucran orientaciones en algunos casos sorprendentes que distan mucho del tono vindicativo utilizado en muchas sentencias y proyecta un enfoque totalmente distinto que se ubica en un ámbito estrictamente escéptico. Este dominio está definido desde *Notas*, libro en el que se puede rastrear la noción de aforismo dadas las convergencias entre esta clase de escritura y las disposiciones encontradas en el texto. De igual forma, en los *Escolios* es posible también evidenciar la ambivalencia entre las sentencias y los aforismos, a pesar de que se note cierto desequilibrio en el cual se tienda a dar mayor peso a la estructura concéntrica y por ende, al pensamiento antimoderno enunciado allí. No obstante, en esta obra se descubre una tendencia que a mi parecer constituye el texto implícito, por medio del cual se define una orientación muy distinta de la anterior.

1. Las raíces aforísticas:

En el capítulo precedente, al hacer una exposición de la tradición fragmentaria, se mencionaron aspectos que involucran los hábitos escriturales escépticos por los cuales son reconocibles los aforismos o fragmentos abiertos. El aforismo es un enunciado de tendencia hacia la apertura y la disgregación especulativa. Esto significa que el autor de aforismos no tiene propiamente una obra sino una expresión inacabada, indefinida, un proceso, no una conclusión. De esta manera, aforismo y sentencia parten desde, y arriban a, puntos totalmente divergentes. En el caso de Joseph Joubert (1754-1824) la definición de aforismo se manifiesta de manera vívida. Él mismo había dicho “Ces pensées ne constituent pas seulement les fondements de mon œuvre, mais de ma vie”⁶⁷ Por supuesto, se trata de una composición indefinida que esquematizada en las palabras de un crítico, tiene mucho en común con lo encontrado en Gómez Dávila. Al comentar la obra de Joubert, Nicolae Popescu ha expuesto:

“Il a ainsi confiné son écriture à l’exercice d’une notation diarique qui n’était pour lui qu’une étape intermédiaire devant mener à l’œuvre projetée. Comme si cette écriture esquissée, accumulée et multipliée dans le temps et la durée par les fragments qui la scandent, arriverait au bout du parcours qu’elle se supposait depuis son début, à se transmuier un jour, de brut matériau premier qu’elle était supposément, en matière même de l’oeuvre réalisée” (Popescu, 1993 :56)⁶⁸

67. “Estos pensamientos no constituyen solamente los fundamentos de mi obra, sino de mi vida” Citado por Popescu (1993:56-7)

68. “Él confinó también su escritura al ejercicio de una anotación diaria que no era para

El aforismo representa un tipo de escritura fragmentaria cuyo compromiso dista de la exposición ideológica cerrada como en el caso de la sentencia. La disposición del aforismo por lo tanto, abre el camino hacia una interpretación o mejor, disgregación del pensamiento, por cuanto el aforismo en sí mismo permite que su recepción sea amplia, y por ello, una obra constituida por aforismos, más que constituir una exposición acabada y totalizadora, esquematiza un proyecto, una virtualidad. En el caso de Joubert, a esta composición se le ha denominado *estética de la incompletud* (Cfr. Popescu, 1993:59). Basta señalar que en el caso de este moralista, la obra se difumina a partir de la disposición fluctuante que aparece en su composición. En el caso de Nicolás Gómez Dávila se aplica constantemente esta configuración, dados los indicios que se rastrean a lo largo de muchos de sus escritos es permitido evidenciar que la fuente de los mismos no deriva de una perspectiva concéntrica como acontece en sus sentencias, sino de una proyección estética donde la virtualidad de la obra, la concreción de un instante revelado en la escritura y la austeridad escéptica, crean un tipo de escritura fragmentaria expuesta a través de muchos aforismos, es decir, desplazamientos. Mientras en las sentencias obra un esquema centrípeto, en el aforismo, la nota, el borrador, es detectable una apertura centrífuga expuesta en la pluralidad de escrituras así como en la propia configuración de cada fragmento, el cual no se determina por ser una exposición definida sino por presentar un resquebrajamiento dentro del mismo, soportando por lo tanto la duda propia del escepticismo. La escritura que Gómez Dávila proyecta en *Notas, Textos I y Escolios*

él más que una etapa intermedia anterior a la obra proyectada. Como si esta escritura bosquejada, acumulada y multiplicada en el tiempo y la duración por los fragmentos que la miden, arribaría al fin del camino en que ella se suponía desde el comienzo, a transmutarse un día, de materia bruta en que estaba supuestamente, en materia misma de la obra realizada”

es la concentración de una diversidad de escrituras que conforman una polidimensionalidad escritural. Todo ello bajo la configuración fragmentaria en la cual se presentan una serie de funcionalidades textuales cuya diversidad está expuesta sobre todo en el primero de los libros del autor pero que aún así no desaparecen ni en *Textos I* ni en *Escolios*. Puede hablarse entonces de una polifonía gomezdaviliana y sus configuraciones se establecen a través de marcas textuales de diversos matices que en su conjunto, establecen la pluralidad escritural y también ideológica del autor.

2. La polifonía escritural gomezdaviliana:

Al abordar la pluralidad de la obra de Gómez Dávila ha de enfocarse la atención en marcas textuales recurrentes cuya importancia no debe desestimarse, a pesar de que en algunos casos desaparecen en las últimas etapas de la escritura del autor, en donde se evidencia una tendencia mucho más definida. Por ello, *Notas* constituye un libro ampliamente clarificador en lo que respecta a la elección, el uso, la intención de la escritura fragmentaria. En él hay pistas que permiten establecer un pensamiento y una escritura separados de posturas dogmáticas y por ende, ligados a una consideración escéptica y moralista en algunos casos. Tales indicios se desarrollan a través de la puesta en escena de diversas marcas textuales que también se evidencian en los *Escolios*.

2.1. La composición diárica:

El ejercicio escritural de Nicolás Gómez no era precisamente diario pero se define como una composición a manera de diario, si se tiene presente la actitud del autor frente a la

escritura, además de ciertos fragmentos donde tal categoría se hace más patente. En el primer caso, Gómez Dávila no fue un escritor profesional, de aquellos cuyo compromiso se aleja del propósito personal para enfrentarse a un débito editorial. Por tal razón, escribía sólo cuando quería, cuando así lo exigía su necesidad consigo mismo y no con un público que en el caso suyo era casi nulo. No se trata aquí de hacer un panegírico ingenuo frente a la significación y motivos de la escritura, no puede hablarse de un escritor con las categorías de verdadero o falso en su oficio, lo que simplemente se desea tener presente es el hecho de que para Gómez Dávila su práctica con la escritura involucra un compromiso para consigo mismo que lo aleja de la categoría moderna de escritura profesional. Así se establece una vocación que en este caso es auténtica, como lo era su escritura, por ello pudo escribir no sin cierto desengaño: “¿Se escribirá para los demás? Quizá no; si se tiene auténtica vocación. Pero si los demás no existieran, no escribiríamos” (Notas, 425) Tal vez la última frase, la que demuestra la desconfianza del autor frente a absolutismos, en este caso dispuestos a reconocer un propósito libre de máculas a la hora de escribir, constituye el rasgo moralista y escéptico sustentado por el desengaño. Pero si se hace un balance que pese la escritura de este autor se reconocerá el hecho de que su escritura no aparece ajena a una configuración personal e intransferible.

La escritura a manera de diario en cuadernos escolares, que el bogotano realizó durante tanto tiempo, posee rasgos distintivos que en algunos casos se asemejan a los *Cahiers* cioranianos en donde no aparece ninguna configuración de obra. Es en *Notas* en donde más claramente aparecen estos matices, que abordan aspectos cotidianos o propiamente intelectuales sin que sea posible definir un tema y mucho menos una línea de pensamiento. No significa por ello

que los Escolios no sean susceptibles de definirse como diarios, en efecto lo son, y como tal, permiten establecer consideraciones que engloban la más trivial de las temáticas hasta graves enfoques metafísicos⁶⁹. O ambos al mismo tiempo, como cuando afirma: “Nada vale la dulzura de un crepúsculo cuando nos despojamos aun de la vanidad de estar tristes” (Notas, 257) o “Vivir es vivir en un mundo determinado y no en un mundo cualquiera; es encontrarse, ser concreto y único, en una situación concreta y única” (Ibid. 165) “Cae bajo el número, y es matemático, todo lo que contemplamos desde el exterior” (Ibid. 125) La importancia de la cotidianidad, de lo que le llega al hombre de manera directa, sin sucedáneos, implica una visión de lo que representa la autenticidad de la existencia proyectada en la escritura, la cual implica una relación inmediata con lo que se vive. De esta forma se establece una conexión estrecha entre la vivencia y la escritura, de allí las características de escritura a la manera de un diario en el que se consignan impresiones emanadas de una experiencia originada ya sea en el ámbito cotidiano, para llegar a convertirse en reflexión, o en el cultivo de las letras a través de la lectura para llegar a ser una nota o esolio. Si se miran con detalle, se concluirá que en realidad ambas son textos y poco importa si el comentario proviene de una relación con una lectura o con una experiencia cotidiana, pues lo que importa en este caso es determinar el hecho de que el resultado, la escritura, nace a partir de una vivencia que constriñe el espíritu del autor. Un fanático de la autenticidad vital podría objetar que lo que se

69. De todas formas, no es prudente hacer una distinción de esta clase, en la cual explícitamente se está haciendo una diferenciación tajante entre lo cotidiano y lo grave, como si el primero no estuviese revestido de una importancia que para el mismo Gómez Dávila es imprescindible. Él mismo lo señala cuando afirma: “Metafísica de la vida cotidiana” (Notas, 302) La cotidianidad representa la posibilidad de configurar un elemento demasiado grave dentro de la vida del hombre, sin que por esto sea asimilable tal concepto con el de vulgaridad, lo cual representaría una distorsión absoluta del pensamiento aquí abordado.

lee no se vive, y que como tal, una escritura que nazca como comentario a una obra, como acontece en muchos casos en los fragmentos abordados, no puede considerarse como una impresión cotidiana directa. La objeción bien puede servir si ingenuamente se asimila vivencia con positivismo, pero lo que todo buen lector reconoce es que una gran obra no se lee, se vive; una impresión subjetiva no es solamente la que acontece a través de la experiencia individual. Si así fuese, en realidad la filosofía y la literatura serían en la gran mayoría de casos, inmensas imposturas. La vivencia se aprehende también a través de la comunicación brindada por el texto. Por ello, Gómez Dávila, a la hora de confrontar su texto, llámese experiencia individual o libro abordado, lo comenta definiendo una proyección textual inmediata, personal y genuina. La estructura del diario que se encuentra principalmente en *Notas* se define cuando tras una lectura se confirma la ausencia de una obra lineal y se configura por el contrario un espacio de la pluralidad y la inconsistencia, tal como acontece en la distorsión y alteración de la existencia humana. El proceso implica una elaboración que dista mucho de la programación y el ordenamiento a una rígida precisión arquetípica en lo que se refiere tanto al pensamiento como al aspecto formal. Por el contrario, deja traslucir una manifestación espontánea cuyo resultado es precisamente la dispersión y la ausencia de una constitución orgánica. Al margen de la red concéntrica, los *Escolios* presentan esa proyección hacia la incompletud, hacia la indistinción. El carácter de diario implica un compromiso con el devenir, por ello, la escritura en este caso se permite hacer un despliegue que parte de una situación concreta y arriba a la misma parte de donde nace. No trasciende en la medida de ser ante todo una derivación de lo inmanente, es decir, lo concreto. Esta estética de la inmediatez tiene una importancia capital para Gómez Dávila, sabe que la verdad

es una evidencia de lo concreto, que “La verdad es persona” (Escolios I, 57) y que como tal, la escritura refleja, en tanto verdad asumida personalmente “(...) una adhesión a una evidencia concreta” (Ibid. 58) Escribir por lo tanto una nota o un escolio supone una conexión con lo inmediato, con una referencia explícita para el autor, que quizá no lo sea para el lector por razones obvias, pero que constituye una individuación de extrema importancia para quien así procede escrituralmente.

Como diario, el cuaderno lleno de manuscritos emprende un camino hacia la consolidación de una obra que se asume como tal sólo en la expresión física del libro. En realidad no existe obra dada la dispersión y carencia de uniformidad, de hecho sólo se habla de obra cuando un crítico o comentarista sistematiza y estructura en un orden que será siempre arbitrario todas las digresiones contenidas en las páginas. *Notas y Textos I* tienen en común el hecho de que sus temáticas y el abordaje de las mismas son variables, en algunos casos (en *Notas* principalmente) se evidencia la intromisión de juicios altamente subjetivos motivados por variaciones emotivas del autor, en una muestra clara de escritura instantánea y espontánea. Si bien en los *Escolios* esta escritura ya no se ve de manera vívida, no desaparece en realidad, a pesar de que se note un nivel en donde se muestra a un autor mucho más reflexivo en cuanto a la distancia que toma del texto. Esto no significa que *Notas* carezca de importancia y que sea un texto incipiente que no representa cabalmente a Nicolás Gómez Dávila. En realidad, *Notas* es un libro supremamente importante dentro del pensamiento del autor, porque en él están contenidos a manera de indicios escriturales, las pautas y muestras de lo que representa ampliamente a la escritura fragmentaria. *Notas* es el muestrario de las idiosincrasias gomezdavilianas, en él se encuentran dispersos los gustos, las preferencias,

las animadversiones, las pasiones del autor. De nuevo, se esquematiza la escritura a manera de diario, y en ella se revela ampliamente un ejercicio constante donde el escritor como artesano desarrolla técnicas, prueba esquemas, esboza intentos de consolidar un texto que no llega nunca a presentarse en su totalidad. De esta manera la obra se establece como proyección, imagen inacabada que se construye a lo largo de toda una vida. Es un juego reflexivo (filosófico) en el que nunca se deja de construir. Aun en los *Escolios* esta perspectiva se revela cuando la escritura, a pesar de presentar una estilística mucho más depurada en su contundencia y concreción, prueba su necesidad de apertura en gran cantidad de escolios que escapan a la red concéntrica para situarse en una zona contradictoria, paradójica y disgregada.

Dentro del ejercicio que se ha detallado se pueden distinguir algunos juegos textuales recurrentes que configuran todos ellos la polifonía inscrita en esta escritura.

2.1.1. El aforismo:

Una de las características principales del aforismo radica en la generación de una apertura por medio de la cual el fragmento se abre hacia un desplazamiento interpretativo. Por eso, casi siempre el aforismo está atravesado por un juego contradictorio y paradójico. Identificado con el pensamiento escéptico en la medida de no dar cabida al cierre de la reflexión filosófica, el aforismo, y en el caso de Gómez Dávila, se determina como todo fragmento que posee una disposición incoherente con los presupuestos reaccionarios, o simplemente ajeno a la clasificación habitual que se hace de los *Escolios*. “El que encuentra es el que olvida buscar” (Notas, 290) Este aforismo cumple con todos

los requerimientos para determinarlo como tal: brevedad, paradoja, inconsistencia con la sistematicidad. Además de ello, establece un nivel de inmersión constante dentro del pensamiento, impregna de sentido el distanciamiento escritural a través del cual se produce una prórroga en la constitución de la obra. Existe por lo tanto un diferimiento que conduce a la imposibilidad de arribar definitivamente a un fin.

“No sabemos a fondo sino lo que no nos sentimos capaces de enseñar” (Sucesivos, 121) “La religión no explica nada, sino complica todo” (Escolios I, 229) Estos dos aforismos confirman la perplejidad de que son depositarios en vista de las contradicciones que evidencian, ya sea por la paradoja que crean, en el caso del primero, o de la incongruencia con el pensamiento habitual a que comúnmente se ha orientado la crítica sobre el autor en el segundo aforismo. Ante todo, el aforismo establece una propensión a la indeterminabilidad del pensamiento, es decir, a la exclusión de respuestas y conclusiones definitivas. “El acto filosófico genuino está en descubrir un problema en cada solución” (Ibid. 121) El aforismo revela la inconmensurabilidad del problema filosófico en tanto descubre su inagotabilidad a través del carácter centrífugo que lo caracteriza. Contrario a la naturaleza de la sentencia, de carácter centrípeto, el aforismo tiende a dinamizar el pensamiento debido a la ruptura que revela en su exposición. El fragmento aforístico concentra un resquebrajamiento por medio del cual difumina la escritura hacia diseminaciones interpretativas que aluden siempre a un devenir constante del pensar. Como ya se señaló, implica siempre una ambivalencia o contradicción ante lo convencional. Si “La rutina es el escenario predilecto de las epifanías” (Sucesivos, 66) entonces la cotidianidad se ve envuelta en un contexto ajeno a su condición al verse inmersa en un acontecimiento

que parecería por sus características, contradecirla. Sin embargo, esta es precisamente la condición a la que alude el aforismo, irrumpe y disuelve lo previamente acordado, resquebraja la condición supuestamente normal en que se asume un objeto para redefinirlo aunque no de manera total. Toda “definición” paradójica disemina el sentido del fragmento, no en vano se habla de composición centrífuga, en vista de que la dirección del aforismo no apunta hacia un centro como acontece en la sentencia sino hacia lo indefinido. De allí que el aforismo cause en el lector una atracción mayor en vista de la bruma que lo recubre y por la cual se crea una penumbra en la exégesis. No me refiero a un velo hermético sino a una direccionalidad múltiple que impide el acceso total dentro del sentido del fragmento. Muchos aforismos nacen de una actitud precipitada, es decir, contrarios a la construcción calculada y fría de la sentencia, tienen un origen intempestivo y espontáneo. El fruto de esta espontaneidad es la dispersión y la proyección siempre abierta del fragmento. En él se inscribe una disposición filosófica y ética, la primera por la corriente escéptica que lo funda, la segunda, por la vecindad con el silencio, es decir, con la prudencia y sabiduría también escépticas que saben bien que ninguna idea llega a una estancia definitiva e inalterable como para querer imponerla, por ello, al inicio de *Notas* se lee con prudencia escéptica: “(...) aquí no intento ofrecer sino esbozos de ideas, leves gestos hacia ellas” (Notas, 43)

2.1.2. Pensamientos, máximas y reflexiones:

Lejos de estructurar aquí una clasificación absoluta sobre la escritura fragmentaria, y sin disposición alguna de presentar una definición de lo que pensamiento o máxima signifiquen, estimo simplemente prudente enfatizar en la similitud

existente entre ciertos fragmentos gomezdavilianos que bien pueden detallarse como descripciones del hombre y que como tales, entrarían en la tradición moralista donde se instaura una tipología de la llamada condición humana. En estas descripciones se ponen al descubierto otra vez las disposiciones que con regularidad asumen una visión plural, anómala e incongruente del escenario donde el hombre actúa y cumple un rol amorfo. Así mismo, se ponen al descubierto algunos fragmentos que hacen las veces de reflexiones en torno a temas de muy distintas orientaciones, cuya presencia enriquece las rutas especulativas del autor y principalmente permiten determinar una fuerza reflexiva concreta e instantánea.

Esta clase de fragmentos se originan como contestación a una impresión originada a partir de las relaciones dadas entre los hombres o como reflexión sobre un tópico cualquiera, motivado por el contacto con un libro o sencillamente tras una conversación. De esta manera surgen principalmente las máximas, es decir, descripciones de la condición humana centradas en la carencia de confianza en el hombre. En algunos casos hacen referencia a aspectos de las llamadas pasiones, determinando así una máxima centrada en la descripción de las mismas como cuando afirma: “La hipocresía no es herramienta del hipócrita, sino su prisión” (Escolios I, 215) “La imparcialidad es hija de la pereza y del miedo” (Ibid. 323) “El que inventa una idea le atribuye menos importancia que el que la compra” (Ibid. 340) “Los credos del incrédulo me dejan atónito” (Sucesivos, 54) Estos ejemplos se encuentran orientados hacia la esquematización de ciertos comportamientos humanos por los cuales se le atribuye al hombre una desconfianza total. Se trata de la identificación de los vicios y lacras, no con un sentido a través del cual se intente “formar” o “educar” al hombre, sino para desestimar sus pretensiones y evidenciar sus

máscaras. La máxima cumple un papel determinante dentro de la configuración estilística y filosófica de Gómez Dávila como moralista. La máxima sin embargo, no evidencia sólo una matriz crítica de las pasiones sino también una disposición hacia la reflexión o el pensamiento. Es el caso de algunos escolios en los que se suele hacer una presentación de un tópico abstracto, “Lo más común nos deslumbra de pronto con esplendor de epifanía” (Nuevos I, 120)⁷⁰ “La brevedad de la vida no angustia cuando en lugar de fijarnos metas nos fijamos rumbos” (Ibid. 104) En ellos es común encontrar aspectos de una idea abstracta que obviamente llama la atención de todo lector porque hasta él llega su alcance. En vista de la abstracción de que reviste, engloba una comunidad abierta y muy amplia. “La libertad auténtica consiste en poder adoptar un amo auténtico” (Nuevos II, 124) Además del carácter aforístico que posee el anterior escolio, en él se descubre también un aire atemporal y multiespacial, es decir, por su carácter abstracto se define como uno de esos pensamientos o reflexiones que sin necesidad de que sean aceptadas, se proyectan hacia cualquier época o lugar porque hacen parte (en su recepción) de cualquier cultura. Esa es quizá una de las características más específicas de las llamadas reflexiones, máximas o pensamientos, nacen tal vez como comentario de un episodio concreto pero su espectro se despliega a un punto tal que ya no se define como simple acotación de un instante sino que empieza a ser parte de un saber universal. Si analizamos por ejemplo, “El poder corrompe más seguramente al que lo codicia que al que lo ejerce” (Nuevos I, 100) no es necesario estar de acuerdo con la afirmación para definir su universalidad y atemporalidad,

70. Este ejemplo también puede asumirse como aforismo, ya mencioné cómo esta no es una clasificación definitiva. Implica ante todo una presentación de ciertas señales textuales que no siendo absolutas, no permiten la distinción radical entre las diversas denominaciones de la escritura fragmentaria. Un aforismo puede muy bien ser simultáneamente máxima, pensamiento etc.

lo que hay que tener presente en esta clase de pensamientos no es su recepción positiva sino la posibilidad que tiene de asimilarse, como tema atemporal, en cualquier cultura. Los pensamientos de esta clase son propiamente los agentes del universalismo con que es recibido el autor, dado que aún escribiendo a partir de un proceso personal, el enfoque del mismo asume comprensiones globales.

2.1.3. Los elementos poéticos:

Además de los escolios en donde son reconocibles y abundantes las marcas clásicas de las sentencias, aforismos o máximas, la escritura del pensador bogotano está impregnada también de una fuerte y depurada presencia poética que en algunos casos instaura una muy bella muestra de tal género. Ésta presencia por supuesto, hace parte de las bifurcaciones de su escritura, demuestra la construcción diaria cuyos rasgos permiten establecer que su práctica dejaba espacio para una forma de escritura basada en la caracterización del instante, es decir, una concreción fenoménica a través de la cual el pensamiento huye hacia la satisfacción del momento capturado. Así el instante cobra una valoración de tipo metafísico, como acontece en la poesía donde se eleva por encima de todo lo estrictamente fenoménico, y el valor del momento por trivial que sea crece y se hace así epifanía, por ello puede decir: “Sólo una cosa no es vana: la perfección sensual del instante” (Escolios I, 44) “Sólo hay instantes” (Ibid. 345) Si se tienen presentes estos escolios, se entenderá por qué para Nicolás Gómez Dávila es tan importante la caracterización del instante, principalmente a través de la poesía, único medio de capturar en toda su amplitud, la presencia fugaz de lo instantáneo, aprehendido en la trascendencia del poema que lo hace eterno. Pero sólo la poesía gomezdáviliana puede dar cuenta de esto.

En *Notas* hay algunos poemas de calidad incuestionable que evidencian lo expuesto.

“No anhelo cosechar recuerdos para consolar monótonos atardeceres. Si los días han de traer en sus canastas gruesos racimos de vendimia, debemos comernos las uvas y enjugarnos los dedos, sin pensar que un fruto delicioso merezca más que la agradecida avidez de nuestra boca. Aspiremos, sólo, a que la pulpa del presente se hinche de su pura savia; que cada instante abra sus pétalos pesados” (Ibid. 314)

En este poema son reconocibles elementos cotidianos que cobran relevancia al presentarse dentro de una estructura poética llena de metáforas alusivas a la profundidad del instante. Es en él y en su manifestación concreta y no en el recuerdo del mismo en donde se define su valor, su estima, su posesión auténtica. Esta perspectiva de Gómez Dávila para con el instante tiene en gran parte de su obra una presencia ineludible cuya trascendencia dentro del propio pensamiento filosófico no es insignificante. Se trata de exaltar la especificidad de cada fenómeno en su caprichosa inmanencia, en la experiencia hermética que lo reviste y por medio de la cual se hace único, singular y estrictamente personal. Esta perspectiva posee para el autor una importancia capital dentro de su pensamiento. Ella se extiende en muchos fragmentos y permite fundar una posición abiertamente comprometida con una fenomenología de la existencia, es decir, un pensamiento enfocado en la personalización del instante, y cuyos desenlaces se enfocan por supuesto en determinaciones de la autenticidad como experiencia de vida otorgada por la aprehensión fugaz pero absoluta de lo pasajero, de lo momentáneo. Estos aspectos se advierten

cuando le basta al autor decir que “La momentánea belleza del instante es lo único que concuerda en el universo con el afán de nuestras almas” (Escolios I, 34) para determinar la necesidad de afrontar el carácter personal y auténtico del instante vivido en toda su amplitud. Otros poemas (escolios) confirman esta necesidad:

“Al través de mil nobles cosas perseguimos a veces solamente el eco de alguna trivial emoción perdida. ¿Morará mi corazón eternamente bajo la sombra de la viña, cerca de la tosca mesa, frente al esplendor del mar?” (Ibid. 76) “Quisiéramos no acariciar el cuerpo que amamos, sino ser la caricia” (Ibid. 110) “Basta que la hermosura roce nuestro tedio, para que nuestro corazón se rasgue como seda entre las manos de la vida” (Ibid. 120)

En el primer poema es notoria la pertenencia espiritual a un instante ya perdido que conserva su vivacidad a través de la fuerza, no de su recuerdo, sino de su experiencia. En el segundo, se revela el profundo y radical impulso hacia un erotismo vivido en su más profunda intensidad, convergiendo hacia una exaltación en la que se descubre una motivación individual suprema cuyo entusiasmo se desborda en la aprehensión de tal experiencia. El tercer poema es de características análogas al anterior y se enfoca en una determinada motivación instantánea que trasciende el sensualismo y se convierte propiamente en experiencia erótica, es decir, en poética de la expresión sensual hecha transcendencia. Convergen los tres en ser partícipes de una necesidad de establecer poéticamente la vivencia del instante, para así conformar una vida cuya pulpa esté revestida de la experiencia humana auténtica, y sea abarcada concretamente en cada instante. De hecho, no solamente

en la escritura poética sino también en todo el proceso de conformación de la obra gomezdaviliana se involucra este aspecto por medio del cual la motivación personal y vívida del instante hecho palabra se posiciona como disposición de una existencia auténtica⁷¹.

En un contexto distinto del anterior, en el cual se resalta la concreción fenoménica del instante, aparece otro universo poético. Se trata de las descripciones antropológicas y ontológicas contenidas en *Textos I*, en el cual no sólo se enriquece la escritura gomezdaviliana a través de una expresión ensayística donde abundan contenidos poéticos, sino que además establece un giro en lo que respecta al uso poético, puesto que en él se presenta una mirada ya no del instante sino de descripción del horizonte existencial del ser humano, y como tal, enfoca la presentación poética hacia una perspectiva que invita a la generalidad. Las descripciones que sobre el hombre aparecen en el último ensayo de *Textos I* fluyen poéticamente y amplifican el umbral interpretativo haciendo no sólo de la descripción un ejercicio especulativo sino altamente estético de pulcra elaboración. Retratando al hombre escribe:

“Árbol que ostenta al sol de la mañana los cristales de la nocturna lluvia; quieto fulgor del mar entre troncos retorcidos; silencio en que se dora nuestro fervor desnudo. Ancho horizonte de colinas bajo el opaco verde de los robles; valle que oculta entre sus sombras un desgranar de fuentes repentinas. Primavera de la más clara primavera; verano que prodiga las pompas del verano; otoño de las mieles del otoño; invierno de la inmóvil primavera. Zumo de abejas embriagadas; pan cotidiano del amor.

71. Postura que se esquematizará en el apartado 4 de este capítulo.

(...) Es en el fracaso mismo; es en la oscura senda de su frustración y de su engaño; es en la materia deleznable, en la tierra friable, en la arena lábil; es en lo voluble, en la mudanza, en la blanda carne amenazada, donde el hombre halla el firme suelo de sus sueños” (Textos I, 154)

Poéticas como esta, exaltadas y finas, precisas y aun enigmáticas, confirman la polidimensionalidad escritural de este pensador, en quien reposa una de las más bellas exposiciones estéticas que conforma no sólo una expresión lírica e individual sino una elucubración filosófica cuyos márgenes se extienden hasta las descripciones ontológicas que pretenden hacer una caracterización del hombre dentro de su permanencia mundana.

2.1.4. Ensayística:

Gómez Dávila cultivó el género ensayístico en *Textos I, El Reaccionario Auténtico y De Iure*, escritos en donde no dejan de reflejarse algunos tópicos consignados en los *Escolios* y que en algunos casos, se desarrollan argumentativamente. Algunos han creído ver en *Textos I* las exposiciones sistemáticas de los temas expuestos en los *Escolios*. Esta afirmación es problemática por cuanto el sentido y proceso involucrados en este ejemplo de la ensayística del autor revelan una orientación que difiere abiertamente de un objetivo que propendiera por la sistematización de su pensamiento. De hecho, puede asegurarse que este libro hace parte de la escritura fragmentaria por los rasgos que evidencia. En efecto, *Textos I* no es en realidad un libro de ensayos en el sentido convencional del término, se trata mejor de una serie de expresiones poéticas y ensayos especulativos que no tienen una configuración argumentativa

lineal. Por el contrario, muestran una construcción ajena a la linealidad y en algunos casos, desestiman por completo la lógica a la cual debería circunscribirse un discurso cuya meta sea la demostración o afianzamiento de un tópico. Quien se enfrenta a la lectura de este libro se adentra en una selva donde los caminos son siempre trancos, ninguna vía conduce a una salida, invita mejor a la exploración, detalla a veces afirmaciones tajantes pero en ningún momento convida al lector a la permanencia dentro de una de ellas. Los párrafos presentan en ocasiones desligaciones entre sí, a veces lo mismo ocurre con las oraciones, generando por lo tanto una experiencia fragmentaria con visos de linealidad. Distinto es el caso generado en *El Reaccionario Auténtico*⁷², en donde evidentemente hay una centralización del discurso cuyo hilo se consolida en torno al antagonismo dado entre el pensamiento reaccionario y el progresista. Igual ocurre en *De Iure*, ensayo escrito hacia 1970⁷³ y en el cual se orienta el discurso hacia la naturaleza del derecho, sin que haya una distorsión de la dirección que toma la exposición, permitiendo en efecto consolidar un ensayo en el sentido convencional del término.

2.1.5. El heterolingüismo de los escolios:

Dentro de la expresión lacónica de los escolios frecuentemente se hallan muestras de heterolingüismo, es decir, diversas lenguas que eran del dominio del autor y que conforman otra evidencia más de la escritura polifónica determinante dentro de la dispersión y disgregaciones atribuibles a los fragmentos del bogotano. En todos sus libros aparecen citas griegas, latinas, inglesas, alemanas, francesas que en

72. También en el ensayo sobre la democracia contenido en *Textos I*.

73. Publicado por primera vez en 1988 en la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Hasta el momento ha sido la única edición de dicho ensayo.

algunos casos han llegado a parecer presuntuosas muestras de vanagloria intelectual⁷⁴. Sin embargo, esta característica revela por supuesto otras motivaciones que van más allá de una evidente vanidad. Determinan ante todo el universo de quien vive inmerso en un contexto ajeno al propio. Tal como quedó expresado en el primer capítulo, el desenvolvimiento intelectual del autor se desarrolla en ambientes ya extintos, dialogando con voces perdidas que sólo discuten con quien puede ser en el sentido amplio del término, un interlocutor válido y auténtico. En el caso de Gómez Dávila, estas características son reconocibles a través de las lecturas realizadas por él y por su escritura, que en gran medida responde a dichos abordajes. La carencia de traducciones en su biblioteca no es solamente una elección estética sino una exigencia rigurosa en cuanto a lo que las lenguas exigen desde su propio contexto. Me refiero a que no debe enfocarse el abordaje de autores en su lengua original sólo como una preferencia exclusivista y aristócrata, como en efecto lo es, sino también teniendo presente una actitud exegética bastante fiel a preceptos ya clásicos de la recepción de los textos. El canon en este caso indica que sólo la escritura original y no su traducción permite un afianzamiento seguro y fiel del autor y la obra. Las implicaciones convergen en el sentido de lo que se quiera entender por hermenéutica y en los problemas que ella exige tener en cuenta. Obviamente, en el caso de Gómez Dávila, la hermenéutica textual que efectúa en sus lecturas se circunscribe a la asimilación directa del pasaje a partir del texto en el idioma original. Un esolio sugiere esta postura: “Frecuentemente tropezamos con gente convencida de haber leído un libro porque leyó su traducción” (Nuevos I, 29). Si se examina este esolio, en él se establece una tendencia hermenéutica que da prioridad

74. Cfr. Rafael Gutiérrez Girardot (1989)

únicamente a la recepción del original, pues la traducción sería un desvío, una interpretación como tantas, por ende, la lectura de los textos originales se debe situar principalmente entre las exigencias interpretativas de Nicolás Gómez, no entre las vanidades intelectuales o elecciones estéticas⁷⁵.

Teniendo presente entonces esta necesidad interpretativa que se da como exigencia irrevocable en las lecturas gomezdavilianas, es evidente que tal cualidad se revelara también en su escritura con la presentación de citas en la lengua original. Esta conformación heterolingüística es uniforme por cuanto desde *Notas* hasta *Sucesivos* existen numerosas citas en lengua original que conforman un elemento decisivo de intertextualidad explícita por cuanto siempre se remiten a un diálogo en el que el escoliasta confirma, replica, acepta o excluye una idea cualquiera. Las notas o escolios que abarcan elementos textuales en otras lenguas permiten concretar de manera manifiesta los diálogos que el comentarista sostiene a través de sus acotaciones. Esta clase de fragmentos son las muestras palpables de la labor escoliasta que Gómez Dávila realizó a lo largo de su vida. Las motivaciones son múltiples, juntas conforman el proceso interpretativo por medio del cual unas veces puede tratarse de una *contestación* como cuando escribe (*Vox populi... vox, et praeterea nihil*)⁷⁶ (Notas, 198) hecha a la

75. Estas dos últimas de todas formas no son descartables, pues no puede establecerse hasta qué punto la inteligencia no logre determinar una vanidad que difícilmente puede evitarse. Como elección estética, la lectura de originales también se debe tener en cuenta, pues el goce puramente estético de una lectura en griego o en latín, es selecto e inequívoco. Con respecto a la postura de Gómez Dávila de asimilar sólo como válido el acercamiento al texto en la lengua original, hay que reiterar en que ésta es una tendencia exegética clásica que choca abiertamente con posturas contemporáneas como en el caso de la deconstrucción, en la cual realmente no hay texto original ni por ello, abordaje directo. Radicalizando esta postura se diría que el "texto original" así como la traducción de la traducción del mismo tendrían el mismo valor debido a la continua marcha deconstructiva que se da en el juego de las interpretaciones.

76. "La voz del pueblo... voz, y además de eso nada" Al respecto, las citas en latín y en griego son comunes en el autor, principalmente en *Notas*, puesto que en los *Escolios*, sólo

célebre frase de origen democrático y que se ha tornado casi un principio dentro de las exigencias modernas. En este caso, responde también en latín, para desacreditar el peso que ha tenido y lacónicamente desestimar tal pretensión. Puede también presentarse una extrapolación, un juego ideológico donde una idea sirve para comentar o sustentar otra “A mesure qu’on a plus d’esprit on trouve qu’il y a plus d’hommes originaux” escribe Pascal. Patente real del historicismo”⁷⁷ (Escolios II, 400) En este caso el comentario del texto de Pascal sirve de excusa para extrapolar una idea como la del historicismo, considerado por el autor como el antídoto del veneno historicista (Cfr. *Sucesivos*, 144).

En algunas oportunidades no aparecen explícitos los autores de las citas, concretando aún más la idea de intertextualidad y de notación escoliasta. El ejemplo más palpable lo ha ubicado Phillipe Billé cuando comenta un fragmento bastante atrayente,

“El escolio más sorprendente a ese propósito es el que, en la página 163 de *Sucesivos* escolios⁷⁸, está

aparece una cita en griego en el exergo del primer tomo. Sin embargo, las lecturas de los clásicos griegos y latinos en su lengua original fue un ejercicio constante de Gómez Dávila quien al respecto de las dos lenguas afirmaba: “Sin latín ni griego es posible educar los gestos de la inteligencia, pero no la inteligencia misma” (Escolios II, 259) Puede apreciarse en estas palabras una opción radical por el clasicismo literario y filosófico que unida a la percepción hermenéutica que se señaló, y por la cual es necesario abordar un original para su comprensión cabal, conforma una estilística enmarcada tanto en la lectura como la escritura cuyos alcances determinan no sólo la ambientación estética sino la pretensión ideológica que en el autor se inscribe como negación rotunda a la modernidad. Hay que tener en cuenta cómo en el caso de Montaigne, las citas griegas y latinas son frecuentes en sus *Ensayos*, y teniendo presente las lecturas que Gómez Dávila hiciera del francés no es difícil aventurarse a establecer una conexión que explique parcialmente las citas del colombiano.

77 “A medida que hay más espíritu, se encuentra que hay más hombres originales”

78. Billé hace aquí referencia a la primera edición de los *Sucesivos*, en la edición de Villegas la cita aparece en la página 138.

enteramente redactado en una lengua extranjera, el francés: «Je veux qu'il donnent une nazarde à Plutarque sur mon nez et qu'ils s'échaudent à injurier Sénèque en moi». La frase desconcierta tanto más por cuanto no se presenta enmarcada entre comillas a la manera de una citación, como si fuera la expresión directa del autor” (Billé, 2004)

Al respecto, creo que vale la pena considerar el comentario que el propio Billé hace en torno al origen de la cita⁷⁹. Igual acontece con el referente oculto de Rimbaud cuando Gómez Dávila afirma: “Etre absolument moderne” —es el anhelo específico del pequeño burgués” (Nuevos I, 72) extraído del poema *Adieu de Una Temporada en el Infierno*. Este pequeño referente sirve a Gómez Dávila para desacreditar la confianza en un futuro prometedor, teniendo presente el hecho de que excluye el carácter visionario del poeta francés asimilándolo como una propuesta que en ningún caso determina fielmente las palabras del poeta. Pero como también debe considerarse el hecho de que un intertexto

79. “En realidad, los lectores de Montaigne habrán reconocido en ella una frase de los Ensayos. Evidentemente no se trata de un plagio puro y simple, sino más bien de un simulacro de plagio, pues, incluso si no hay comillas, el francés a lo largo del texto sugiere bastante que no ha sido redactado por el colombiano. Podremos preguntarnos por qué razón Gómez Dávila escogió a Montaigne para realizar esta broma de la que los escolios no presentan otro ejemplo. A este propósito se notará en primer lugar que Gómez Dávila no esconde su apego particular al filósofo de Burdeos (...) Pero se comprenderá mejor la intención del autor si se tiene en cuenta el contexto original de la frase. Ésta proviene del segundo libro de los Ensayos, más precisamente del capítulo X, intitulado “De los libros”. Aquí Montaigne confiesa humildemente que cuando otros ya han expresado lo que él mismo no puede “decir tan bien”, él recurre gustoso a la citación, como lo pueden constatar los lectores. Pero además precisa que él ha “a veces, omitido conscientemente señalar el autor”, con el fin de despistar a sus detractores, que creyendo atacarlo estarían agrediendo inconsideradamente a autoridades clásicas. Se comprende así que Gómez Dávila se haya divertido procediendo con Montaigne como él lo había hecho con otros, y que haya escogido precisamente la frase en la que el proceder se encuentra indicado. Por lo demás, se puede suponer que al tomar esta frase Gómez Dávila da una indicación útil para la comprensión de sus propias obras”. (Billé, 2004)

puede servir de excusa para dialogar con él y recrearlo haciendo alusión a una postura que efectivamente el texto original no representa, la extrapolación de la cita hacia un contexto distinto creado por Gómez Dávila es la ganancia interpretativa que logra el juego intertextual tal como se abordará a continuación.

2.1.6. Notas, escolios e intertextualidad:

El título enigmático de *Escolios a un Texto Implícito* proporciona una clave en lo que respecta a la escritura de anotaciones a lecturas hechas por el autor. De eso no cabe duda, lo problemático es establecer cuáles son en cada caso las lecturas, que por supuesto no es una empresa sencilla y en muchos casos resulta innecesaria puesto que el escolio por sí mismo logra adquirir una independencia tal que se consolida como objeto textual ya no subalterno, sino auténtico generador de interpretaciones.

Escolio proviene del término griego *σχόλιον* (*scholion*) nota o comentario que el escoliasta colocaba al margen del texto principal, haciendo un comentario gramático, estilístico o exegético. En el escoliasta colombiano la noción de escolio no pierde su sentido original y por ello es posible determinar parcialmente su obra como un conjunto de fragmentos que comentan una tradición. El propio autor lo declaraba de esta forma cuando escribió: “Lo que aquí digo parecerá trivial a quien ignore todo a lo que aludo” (Escolios II, 335) Así se posiciona la visión del escolio como comentario a otro texto al cual se alude implícitamente.

De esta manera aparece la segunda interpretación del texto implícito, entendido como comentario a la cultura occidental que el escoliasta había abordado en su biblioteca. Tal es la posición de Pizano de Brigard, quien concibe los escolios como “(...) un comentario continuo a esa rica y

compleja vida que se desenvuelve a lo largo de la historia de occidente” (Pizano, 1988:11) o de Oscar Duque, para quien los escolios representan un comentario brevísimo de la tradición (Cfr. Duque, 1995) entre otros comentaristas que tienen una visión análoga a las anteriores. En efecto, muchos de los escolios gomezdavilianos hacen alusión a la tradición, pero habría que enfatizar en que los escolios no son simplemente un comentario sino ante todo una recreación. Si fuesen simplemente lo primero entonces su valor sería casi nulo al presentarse como una anotación a una lectura, pero lo que revelan los escolios es la originalidad de los mismos frente a lo que se supone ellos comentan. La anotación en Gómez Dávila establece una configuración hermenéutica por medio de la cual el texto aludido cobra una nueva faceta, a tal punto que desaparece para dar paso a la expresión del escoliasta, es decir, a una recreación cuyos atributos permiten definir ya no un mero comentario sino un texto completamente autónomo. Si esto se compara con la historia del pensamiento filosófico se podrá establecer cómo ésta no es más que el diálogo intertextual entre una serie de pensadores que comentan y por supuesto, recrean, una tradición. Lo interesante del escolio como intertextualidad que genera otro texto radica en la consideración hermenéutica que se desprende de allí, según la cual la creación intelectual se produce en medio de unas resonancias, de una tradición necesaria, esto es, de unos prejuicios sin los cuales sería imposible concebir una idea. Pueden darse aclaraciones al respecto aludiendo a los dos siguientes escolios: “La tradición no es texto sino manera de leerlo” (Nuevos Escolios I, 116) “Llamamos tradición la posibilidad de leer un texto sin ignorar sus clandestinas resonancias” (Ibid. 197) El primero de ellos permite determinar que lo que se asume como interpretación de un texto no es aprehensión o recepción objetiva del mismo, sino

una transformación de la recepción que de él se hace. De hecho, la idea de escolio como comentario hace énfasis en la imposibilidad de asumir una tradición sin su correspondiente innovación. Por esa razón, la dialéctica intertextual que recorre el abordaje de una tradición enfoca la posibilidad abierta siempre de reescribir lo aprehendido, y desestima por ende, una aprehensión inequívoca y unidireccional de lo abordado. El segundo escolio se mueve dentro de estos mismos niveles; la llamada tradición no se determina como un texto monolítico al cual se pueda ingresar para tomarlo como una esencia, como un *en sí* textual. Por el contrario, se hace recepción (lectura) del mismo sabiendo de antemano las posibilidades que implica y por lo tanto, concretando la idea de exégesis no como interpretación certera o verdadera, sino como diálogo hermenéutico a través del cual las resonancias que derivan del texto se hacen clandestinas, es decir, no necesariamente legítimas desde el punto de vista del texto original⁸⁰, mas sí desde quien interpreta. Cuando Gómez Dávila afirma también que: “Los que carecemos de talento traducimos meramente textos anónimos y públicos en el idioma de nuestras preocupaciones personales” (Escolios I, 67) confirma la recreación textual que opera dentro del fenómeno del comentario o acotación. *El idioma de las preocupaciones personales* hace estrictamente referencia a la posibilidad de introducir una traducción, léase interpretación, de los textos que una vez comentados ya no serán los mismos porque conformarán, una vez se haga su acotación, otro texto distinto, y en el caso de este autor: clandestino, personal, legítimo. La nota o escolio es pues, intertextualidad, pero además de eso, neotextualidad, es decir, irrupción de otra obra que al definirse como

80. Punto de vista que de todas formas no existe, pues la voz original del texto, el sentido auténtico del mismo no puede ser desvelado. Precisamente esto es lo que permite que haya acotaciones o escolios.

recreación pierde el sentido de simple comentario para convertirse en auténtica y autónoma a pesar de la modestia que el último escolio parece detallar.

Los escolios no son pues en el caso del autor, una acotación subalterna hecha a otra obra. Si bien algunos nacen como reflejo o nota a un texto leído, la significación que adquieren cobra dimensiones tan amplias que difícilmente el escolio puede ser asociado a la simple expresión subordinada de quien glosa. La acotación del escoliasta determina principalmente un proceso hermenéutico donde se expresa una idea de la escritura cuyo enfoque se ve plasmado en la originalidad de las ideas, así éstas se definan por el propio autor como simples escolios. Es más, la singularidad de este escritor, plasmada en el primer capítulo, corrobora el hecho de que los escolios representan una obra única, ubicada en un espacio propio creado por el autor y no un margen sometido por la tradición que supuestamente estaría comentando⁸¹.

3. Aperturas y disgregaciones del aforismo:

Había señalado más arriba el carácter de apertura que se descubre en las ambivalencias y paradojas de los aforismos. Contrarios a las sentencias, cuyo cierre discursivo es evidente en la medida de ofrecer una óptica contundente

81. A pesar de su singularidad, Gómez Dávila continúa siendo un pensador periférico porque precisamente se ubica en un espacio marginal donde no se remite a exponer la tradición filosófica europea de manera mendicante como casi siempre se suele hacer, sino que abre un camino propio. Por eso su obra es distinta, auténtica, y precisamente marginal, alejada de los contextos académicos de hacer filosofía en donde la mayoría de las veces, el ejercicio filosófico se reduce al comentario de textos. Contra esta motivación inauténtica según la perspectiva del autor, se desarrolla en los *Escolios* una muy fuerte crítica contra el intelectual, quien "(...) no es inventor de ideas, sino mero usuario (...)" (Escolios II, 101) De ahí la importancia que Gómez Dávila da a la originalidad en contraposición a la usurpación de ideas prestadas. Es por ello que "El intelectual cocina ideas de segunda mano y las sirve frías" (Ibid. 107)

sobre cualquier t3pico, los aforismos se reconocen por su desplazamiento hacia la disgregaci3n de los l3mites del lenguaje por cuanto siempre desbordan las significaciones y fundan ante todo una condici3n parad3jica.

Una de las constantes afor3sticas gomezdavilianas es el llamado hacia la dispersi3n del pensamiento y las certezas. De hecho, ciertas perspectivas esbozadas en algunos fragmentos describen una apelaci3n contraria a todo elemento dogm3tico y por el contrario, se inscribe en un escepticismo donde las soluciones permanentes son completamente apartadas del pensar, en este caso, efectivamente fragmentado. “El hombre vive de sus problemas y muere de sus soluciones” (Escolios I, 98) Este aforismo posee las caracter3sticas plenas de un pensamiento tendiente a la disoluci3n del cierre del discurso. En efecto, en 3l se conforma no solamente una equivocidad interpretativa que deriva de la oposici3n de los t3rminos *vive* y *muere* por dos circunstancias que envuelven la existencia del hombre: los *problemas* y las *soluciones*. La equivocidad se da no s3lo en el orden de oponer dos pares de ant3nimos sino ante todo en el hecho de que el sentido del aforismo es difuso, por cuanto la condici3n humana se ve distorsionada por un antagonismo que no se resuelve. La vida del hombre se desplaza en una irresoluci3n continua signada por la paradoja. Todo moralista, y en este caso G3mez D3vila, reconoce los signos ambivalentes que configuran la experiencia humana. El aforismo anterior no se resuelve afirmando simplemente que el hombre soluciona los problemas de su vida precisamente teni3ndolos, puesto que impl3citamente eso es lo que se3ala; y tampoco, el hecho de asumir que muere cuando ya no tiene ninguno. Obviamente G3mez D3vila hace referencia a la vaguedad existencial que corroe el esp3ritu humano, por la cual la vida se define como una constante agoni3 frente a las experiencias que en ella se dan. Sin embargo, esto no significa que el aforismo

concluya interpretativamente, por el contrario continúa desplegando su condición paradójica que representa la experiencia vital humana que sólo el moralista ha reconocido y plasmado a través de un fragmento igualmente ambiguo. El aforismo conserva un equilibrio, no se resuelve a afirmar o posicionar una postura, el aforismo es la expresión cabal del escepticismo y la duda; el enunciado preciso de quien no ve al hombre como una criatura satisfecha⁸² sino atravesada por el equívoco.

La ambigüedad es un signo característico del aforismo, principalmente del aforismo que deriva de la vena moralista. Las raíces del moralismo francés son reconocibles en algunos fragmentos de Gómez Dávila que dan cuenta de la descripción humana a partir de encuentros ambiguos. “La sabiduría se reduce a no olvidar jamás, ni la nada que es el hombre, ni la belleza que nace a veces en sus manos” (Escolios II, 100) Este aforismo se mueve en el mismo nivel interpretativo del anterior en lo que respecta a la ambigüedad de sus reflejos. En él se asume una postura dual en la que el hombre es visto como un generador de esquemas contradictorios cuyo carácter soluble no se evidencia. De ahí que el escepticismo del autor declare una visión de total incongruencia cuyos despliegues aforísticos conforman la paradoja escritural a que este texto hace alusión, por cuanto determinan las contradicciones evidentes con la reducción interpretativa de las sentencias. Los aforismos nacen del espíritu dubitativo de Gómez Dávila, de la desconfianza que encuentra en sus meditaciones sobre un entorno enigmático. “El mundo felizmente es inexplicable (¡Qué sería un mundo explicable por el hombre!)” (Escolios II, 133) La contundencia afirmativa de la sentencia confronta la duda aforística, la simultánea confrontación entre dos

82. *Totalmente hecha* de acuerdo a su etimología *satis*, bastante, suficiente y *facio*, hacer.

escrituras que aparentemente son una enriquece aún más los planos del universo gomezdaviliano. Las convicciones evidenciadas en el pensamiento concéntrico confrontan la incertidumbre que se construye en las contradicciones asumidas por el autor. “Cada idea que examino aumenta mi ignorancia y extiende mi incertidumbre” (Notas, 205) Con la presentación de aforismos que difuminan las certezas se edifica una perspectiva plural y ante todo diseminativa del pensamiento; floración del escepticismo a través de una concentración de oportunidades interpretativas que surgen a través de un breve fragmento. Si en algún momento pudo pensar Gómez Dávila que “El fragmento incluye más que el sistema” (Escolios II, 297) no lo hizo equivocadamente sino teniendo presente el hecho de que un fragmento contradictorio y paradójico es mucho más rico que el cierre del discurso a través de la consolidación sistemática. Las contradicciones en efecto, conforman una red, ya no concéntrica sino centrífuga, por la cual el pensamiento cobra un valor a partir de su descentramiento, de su propagación indefinida, de sus divagaciones a bordo de la duda y la lucidez de un matiz escéptico. “La contradicción lúcidamente asumida es indicio de pensamiento vigoroso” (Escolios I, 85) “Para acertar es necesario contradecirnos. Porque el universo es contradictorio” (Ibid. 284) Los desplazamientos y desconciertos gomezdavilianos son reconocibles en numerosos aforismos donde desaparece la certidumbre y se abre la asimilación de la complejidad que rodea cualquier enfoque. Por ello, las rutas que abren los fragmentos cargados de contradicciones determinan concretamente las ambigüedades del pensamiento gomezdaviliano y excluyen las determinaciones unidimensionales que puedan hacerse sobre la obra del colombiano.

Las características diseminativas del aforismo son determinaciones escriturales importantes dentro de la

paradoja encontrada en la obra de Gómez Dávila, y por la cual sus fragmentos alcanzan a dimensionar otra posibilidad simultánea al carácter cerrado de las sentencias. Los aforismos posibilitan el desvanecimiento de lo que comúnmente puede llamarse obra. La imposibilidad de la misma se advierte en el carácter escéptico y moralista en que se enmarca el autor, pues ciertamente no puede hablarse de obra moralista tal como es concebido dicho apelativo, a través del cual se configura una disposición hacia el inacabamiento escritural concretado en los aforismos. Éstos permiten contemplar las características fragmentarias y discontinuas del pensamiento gomezdaviliano que se contraponen a la fuerza concéntrica de las sentencias. El aforismo tiene similitudes considerables con la sentencia en lo que respecta a su aparición espacial de tipo fragmentario, sin embargo, las distinciones surgen cuando del primero fluyen los desplazamientos y oscilaciones interpretativas que en el caso de la sentencia no aparecen. Con el aforismo se desconfigura la seguridad esquemática de la sentencia y es por ello que con él brota siempre un comienzo, una búsqueda nunca finita. Mientras la sentencia se puede contemplar como una conclusión, el aforismo presenta no una afirmación ni negación sino una vaguedad paradójica que se encamina hacia la disolución de las certezas y el surgimiento de una actitud escéptica. En este sentido, los aforismos sí establecen una relación coherente con lo que exponen, pues se unen la estilística fragmentaria con un pensamiento resquebrajado, fragmentado, inundado por las vacilaciones de quien no asume un mundo propiamente configurado sino expuesto a la indeterminación de quien asegura no poseer certezas. Por ello puede expresar que “Madurar es comprender que no comprendimos lo que habíamos creído comprender” (Sucesivos, 140) o que “En filosofía debemos buscar con seriedad, pero no confiar

sino con ironía en lo que encontramos” (Ibid. 71) Estas perspectivas son determinantes para la comprensión de un Gómez Dávila estrictamente escéptico y en cuyas señales se reconoce una complejidad interpretativa en cuanto a la asimilación del entorno, distinta al carácter axiomático de las sentencias. Si en éstas las ambigüedades y las paradojas no se presentan, en los aforismos se disuelven los elementos sólidos para dar paso a un desvanecimiento de la conformación esquemática, en el cual se asume un principio centrífugo por medio del cual la escritura se torna actividad de desplazamientos. Estos muestran las categorías vivenciales que soportan dicha actividad en el sentido de desplazarse vitalmente en una búsqueda proyectada en la escritura.

Lo que podría parecer extraño es qué se busca a través de múltiples fragmentos. En muchos casos a esta pregunta se le ha dado respuesta apelando a las determinaciones antimodernas del autor y es por ello que se suele establecer al pensamiento reaccionario como el origen y finalidad del recorrido escritural de Gómez Dávila. Origen y finalidad desde la asimilación de un pensamiento enteramente consagrado a una actividad de denuncia ideológica y crítica de una cultura como la moderna, aspectos que ya he señalado como relevantes pero que no pueden ser asimilados como los determinantes a la hora de confrontarlos con otros orígenes, cuyos esbozos se reconocen en la actitud del escritor y en los desplazamientos ideológicos sugeridos en los aforismos, por los cuales ya no es tan sencillo asimilarlo como un pensador determinable solamente por el pensamiento reaccionario.

Nicolás Gómez Dávila se define como un gran pensador no únicamente por el rechazo contundente de la modernidad y sus mitos, denunciados quizá con la más fina estilística fragmentaria de los últimos siglos. Su relevancia se desplaza más allá, hacia la constitución de una filosofía estrictamente

vivida, asumida en toda su complejidad, liberada de los límites a que comúnmente suele llevarla la profesionalización de la misma. Es difícil ahora considerar que la búsqueda del autor se remite a la denuncia reaccionaria, y discurrir mejor sobre aspectos mucho más finos por los cuales no es tan sencillo esquematizarlo en una postura ideológica, para personificar en él a un pensador en el sentido amplio del término, distinto, amorfo, auténtico, tentado por la eternidad y al mismo tiempo erotizado por el instante.

La concreción del instante en el aforismo presenta una amplitud fenomenológica propia de la dispersión a que se ve desplegada la vaguedad ideológica de quien se expresa marginado o desligado de un objetivo. Es por esa razón que “La máxima es mueca histriónica, si no es involuntario espasmo” (Nuevos I, 16) El fragmento es una aprehensión del instante, una captura fugaz, capaz de posibilitar una irradiación de indecisión ideológica representada en las paradojas que muestra. Es una erupción amplísima derivada de unas pocas palabras que no están sujetas a una ligadura que opere como fundamento o destino, como es el caso de la idea expuesta en medio de un desarrollo argumentativo y lineal. Por esto, “La idea desarrollada en sistema se suicida” (Escolios, 89) porque ella nace de una concreción fenoménica, es un producto del instante que una vez desenvuelta a través de exposiciones argumentativas sistemáticas pierde su experiencia original sólo captada en el aforismo. Esta experiencia del instante es clave para comprender el sentido amplio de los escolios, su experiencia filosófica y vital como expresión de una estética de la existencia.

4. El texto implícito como proyección de una estética de la existencia:

Para determinar el proyecto escritural gomezdaviliano he ubicado dos espacios textuales: la sentencia y el aforismo, los cuales representan modalmente las determinaciones de una filosofía puntillista en el autor de carácter concéntrico y centrípeto, y en el segundo caso una dispersión interpretativa que esboza los caminos abiertos a que conduce la obra del colombiano. En ambos casos se establece una dimensión ética, esto es, se despliega la configuración de un ἦθος (*ethos*) preferido por el autor, que según Volpi se asimila a una elección que revela humildad y modestia (Cfr. Volpi, 2003:13) No obstante, creo que la escritura del colombiano revela no solamente un *ethos* de la humildad sino que puede describirse como una búsqueda permanente, y es allí donde se reconoce el proyecto escritural como un proceso de vida, una experiencia estética de la existencia.

Pretendo establecer que las principales motivaciones de la escritura gomezdaviliana no hay que encontrarlas en un proyecto ideológico como podría derivarse de sus posturas antimodernas sino de una contemplación filosófica análoga a lo que en la antigüedad se entendió como proceso filosófico⁸³. Al inicio de *Notas* se encuentra un fragmento sumamente dilucidador en lo que respecta al sentido de la escritura y la elección de vida efectuada por el escritor.

“Henos aquí, de pronto, constreñidos a ser lo que somos, entregados a la conciencia feroz y fría de nuestra mediocridad (...) cuando contemplamos nuestra esqueletada desnudez, cuando descubrimos al hombre

83. Que en ningún caso se define como profesión sino como revelación de inquietud formulada a través de toda una vida. La filosofía no es pues una actividad intelectual sino una elección de vida, *una manera de vivir*.

miserable que somos (...) ¿Qué hacer, luego, si todo lo que me seduce me huye o me rechaza, si todo lo que me cabría emprender me aburre y me repugna? (...) ¿cómo vivir entregado a la sola tarea de vivir?” (Notas, 48).

Estas preguntas conllevan a establecer principalmente una idea central de las motivaciones escriturales del pensador, ellas revelan una postura estrictamente escéptica. El derrotero de la escritura fragmentaria en este autor está fundamentado en una actitud de total desconfianza frente a las empresas a que podría destinar su vida y ante la inconsistencia radical de ubicarse en un espacio en donde se conforme con una existencia ajena al propósito que lo seduce, el compromiso con el pensamiento. Ante la desconfianza por cualquier motivación, el escepticismo funda entonces una elección de vida desplegada a partir de la escritura de fragmentos. En efecto, ante la radical imprecisión a que lo somete su desconfianza y recelo vital, Gómez Dávila elige plasmar su fracaso y su desengaño:

“Anhelo que estas notas, pruebas tangibles de mi desistimiento, de mi dimisión, salven de mi naufragio mi última razón de vivir. Imposible me es vivir sin lucidez, imposible renunciar a la plena conciencia de mi vida. Actor desastrado, busco una silla de espectador. No pudiendo contribuir noblemente al drama del mundo, prefiero que se me jubile como inepto a que se me admita como comparsa o figurante. Ciertamente no creo que para pensar, meditar o soñar, sea siempre necesario escribir. Hay quien puede pasearse por la vida los ojos bien abiertos, calladamente. Hay espíritus suficientemente solitarios para comunicarse a sí mismos, en su silencio interior, el fruto de sus

experiencias. Mas yo no pertenezco a ese orden de inteligencias tan abruptas; requiero el discurso que acompaña el ruido tenue del lápiz, resbalando sobre la hoja intacta. Última razón de vivir: el deseo de comprender. Secreto anhelo perdurable. (...) No se me oculta la mediocridad de los resultados que cabe lograr, pero me basta la sola actividad del espíritu que piensa. No veo, luego, en estos cuadernos el repositorio de raras revelaciones; me contento con arrancar a mi estéril inteligencia unas pocas centellas fugitivas” (Ibid. 49)

Lo escrito por Gómez Dávila en estas piezas revela significativamente una comprensión antropológica signada por el fracaso, depurado únicamente a través de la escritura. No se trata de un fracaso psicológico como el que podría derivarse de un desequilibrio emocional en el autor, precisa ante todo una percepción antropológica en la cual el hombre no tiene un sustento ontológico que dé legitimidad a su permanencia en el mundo. Por lo tanto, deriva de una concepción filosófica cuyos matices se ven revelados en la práctica escritural mediante la cual no se precisa principalmente un pensamiento sino una manera de vivir, un género de vida donde la necesidad de una percepción lúcida de lo vivido tienen una presencia decisiva como motivos suficientes para llevar los pensamientos derivados de allí al papel. Estos motivos no revelan una necesidad de índole científica, es decir, no compete examinarlos a partir de un análisis intelectual o profesional, caracteres puramente esquemáticos⁸⁴, sino que deben presentarse

84. Tal como acontece a partir del desarrollo esquemático de quien examina el mundo, antes que vivirlo. Hago referencia específicamente de aquellos que toman ideas prestadas, intelectuales en el lenguaje gomezdaviliano, quienes piensan, viven y procesan una información adquirida de segunda mano. En el intelectual todo está mediado.

como procesos de una vivencia directa, como acontece en Gómez Dávila quien somete su relación con la escritura a la compenetración inmediata de lo vivido y lo escrito. De esta manera se configura una elección de vida matizada por una experiencia estética donde es posible reconocer principalmente una filosofía de índole moral, esto es, un proyecto de vida destinado al pensamiento donde vida y obra se funden enteramente. De ahí que la filosofía gomezdaviliana haya que entenderla más como estética de la existencia que como ideología referenciada en un tópico cualquiera como acontece con el fenómeno del pensamiento reaccionario. Hay que ubicar la obra del autor en un contexto definitivamente antiguo, es decir, las determinaciones y fundamentos del proceso de lectura, reflexión y escritura acontecen en el colombiano de igual manera a como se llegó a entender la filosofía en el pensamiento antiguo (rasgo que es posible encontrar también en Montaigne) en donde la filosofía es estrictamente un género de vida y no una actividad meramente intelectual y mucho menos profesional. Los rasgos más sobresalientes y extraordinarios de la vida del pensador colombiano no se remiten sino a constatar el hecho de que su existencia está profundamente arraigada en un compromiso discreto y sencillo con la reflexión. La filosofía en este caso está comprometida con una reflexión moral, es decir, la filosofía es un ethos.

“Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones, es una singular aberración. La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir (...)” (Notas, 164)

Quien así entiende la filosofía ha comprometido su existencia no con un juego intelectual sino con una elección vital dirigida “(...) y ordenada hacia los objetos propios del espíritu” (Ibid.) Hecha la elección no puede dar marcha atrás, quien la vive se reconoce sujeto a un compromiso del cual difícilmente puede desembarazarse. Es por ello que Nicolás Gómez Dávila ejecuta una obra que refleja tal decisión, una obra que despliega un género de vida bello de análoga factura al ideal del *kaloskagathos*, no en el sentido platónico del filósofo *caballero* poseedor de un ideal supremo de cultura, sino en el de otras acepciones del término, procedentes también de la cultura griega que lo asimilan a un género de vida donde la nobleza juega un papel determinante. En el caso de Gómez Dávila puede afirmarse que su vida refleja una resignificación del ideal citado desde la perspectiva de haber vivido una existencia centrada en un ideal de autenticidad intelectual estrictamente definido, concretado y desarrollado a través de la labor escoliasta que lo caracterizó y por la cual se descubre una actitud original, que además de los rasgos ideológicos, concreta una vida bella, o en términos contemporáneos, auténtica.

Tal es la razón por la cual puede definirse el pensamiento de Gómez Dávila como una filosofía moral, definiendo dicha esquematización a partir de la puesta en marcha de un talante o actitud que ve en la escritura un estímulo para continuar una actividad, necesaria en el caso del colombiano, como lo es la de *un espíritu que piensa*. No hay que olvidar de todas formas que esta elección no se puede desligar del carácter escéptico mencionado atrás y por el cual se relaciona tal actividad con una consideración desencantada sobre el fenómeno de ser humano. Quien aborde los escolios y en general todos los fragmentos se dará cuenta de que la actitud frente a los mismos es la de quien se reconoce ajeno a una posesión absoluta de un ideal. Por ello no sólo desde

Notas sino aun en los *Escolios* se concreta una vertiginosa manifestación de inacabamiento, de búsqueda, de filosofar. La escritura de notas o escolios establece esta búsqueda inacabada. La escritura fragmentaria en Gómez Dávila da cuenta de una aceptación de la ruina en que está sumido, esto es, la indecisión de quien se sabe poseedor de incertidumbres, de quien se sabe alejado de las conclusiones últimas. Yo creo que el epígrafe que el autor coloca al inicio de *Notas* da cuenta de esta condición, y puede considerarse un preámbulo de su obra y definitivamente de su vida.

*ERIT AUTEM ID LONGE OPTIMUM UT QUI IN LECTITANDO
PERCONTANDO SCRIBENDO COMMENTANDO NUMQUAM
VOLUPTATES NUMQUAM LABORES CEPERUNT... ABEANT
PROCUL ATQUE ALLA SIBI OBLECTAMENTA QUAERANT*⁸⁵.

Epígrafe clave para la comprensión del ideal de vida proyectado en la totalidad de la obra, este fragmento del escritor latino Aulo Gelio confirma una elección de vida bella, noble, aristócrata en el sentido del ideal del caballero *kaloskagathos* referido a una búsqueda intelectual nunca finalizada. Este *ethos* se desarrolla a partir de un sentido de la escritura derivado del reconocimiento existencial que el autor hace de sí mismo y de la ubicación difuminada de un espíritu escéptico que debe indagar, buscar, inquirir, a través de la lectura, la reflexión y la escritura.

Al desarrollar este punto es necesario seguir los indicios textuales que el autor dispone en su obra con respecto a

85. Este texto de Aulo Gelio, gramático y crítico latino del siglo II D.C. autor de las *Noches Aticas*, conforma un ideal de vida que Gómez Dávila desarrolla a lo largo de su existencia. Al traducirlo encontramos: “Por otra parte, él estará alejado de lo óptimo tal como quien leyendo, indagando, escribiendo, comentando, nunca satisfecho, jamás ha tomado trabajo, se deleita inquiriendo” Cabe aclarar que la *Noches Aticas* son una serie de comentarios a otros libros que en buena medida comparten cierta analogía con la actividad escoliasta de Gómez Dávila.

su escritura. En primer lugar puede establecerse que este ejercicio consiste en una terapia, en un modo necesario de configurar un ideal de vida alejado de la mundanidad y comprometido decididamente con su proyecto existencial. Por eso en el último de sus escolios dice: “Escribir es la única manera de distanciarse del siglo en el que le cupo a uno nacer” (Sucesivos, 156) De todas formas esta expresión no debe tenerse como la única razón, ni tampoco como la más propicia para determinar el horizonte escritural del pensador. Mucho más precisa creo, es la idea de escribir fragmentos en el sentido de que ellos figuran como promesas, gérmenes, puntos transitorios que se contraponen a quienes han llegado ya a conclusiones definitivas.

“La ambición de sistematizar mis ideas me seduce intermitentemente. Pero la evidente arbitrariedad de toda voluntad sistemática me impide sucumbir a una tentación en que no hallo sino la violación de la frágil verdad que he percibido” (Notas, 107).

Al analizar estas palabras se descubre de nuevo la raíz escéptica que motiva ampliamente esta escritura, por la cual se asume la actividad escoliasta como un proceso indefinido ajeno al establecimiento de una consolidación sistemática. Se trata de una actividad intelectual nómada que procura indagar sin jamás llegar a un término o al sedentarismo ideológico.

“Yo carezco de opiniones, sólo tengo breves ideas, transitorias y fugaces, más parecidas a las posadas destartaladas donde descansamos una noche que a las mansiones espléndidas, donde no sabemos bien si moramos, o si somos prisioneros de su misma magnificencia” (Ibid. 173)

La transitoriedad es un aspecto sumamente importante dentro del proceso de una asimilación de la estética de la existencia, puesto que denota la apropiación de una actividad inacabada en la cual está configurada su necesidad vital y no propiamente intelectual o profesional. El autor de los *Escolios* vive su incertidumbre, despliega su irresolución, combate con la consolidación de una estructura definitiva que cierre el horizonte de su vida, que es el pensamiento mismo, la necesidad de dispersar su aprehensión de un mundo contradictorio, infinito, diseminado.

“En el momento en que sentimos la urgencia de meditar o de escribir (escribir no es sino una forma más estricta, más rigurosa o rígida de meditar) nuestras ideas no presentan ningún orden necesario. Quizá podemos más bien decir que presentan un desorden necesario, ya que el deseo de meditar con severidad probablemente proviene de la intensidad con que percibimos un desorden demasiado evidente” (Ibid. 227)

En otras palabras, la escritura refleja una percepción inacabada de un mundo lo suficientemente amplio como para no determinarlo, clasificarlo o aherrojarlo en un sistema ordenado. De esta manera se establece un pensamiento y una vida paralelos enfocados en la desestimación de una consolidación de un punto fijo o base sólida e incommovible. Una vida atravesada por el oficio de pensar, por las tensiones que conforman una expresión vital reflejada en los escritos: “Estas notas no aspiran a enseñar nada a nadie, sino a mantener mi vida en cierto estado de tensión” (Ibid. 439) Aquí certeramente se define la actividad escritural como una forma de vida, una actitud, un talante que consolida

la indistinción vida escritura y la proyección estética de la existencia de Nicolás Gómez Dávila.

La labor que se determina en la escritura de este escéptico establece un espacio textual fragmentario simultáneo al drama existencial a través del cual el escritor basa su vivencia intelectual. De nuevo quiero hacer énfasis en la indistinción entre vida y obra. La existencia para Gómez Dávila se proyecta en la escritura, la obra es el espacio virtual de una experiencia vital como lo es la reflexión. Creo que esto puede entenderse a partir de una reflexión del propio autor: “Una biografía filosófica es la que busca, no la explicación, sino la significación de los fenómenos de una vida” (Notas, 226) Si se llegase a proyectar hipotéticamente la biografía de Nicolás Gómez, ésta tendría que describir principalmente los fenómenos de su vida, de los cuales el más importante es su proyecto consignado en la obra que no hace sino representar los niveles de significación que tiene la concreción instantánea de sus reflexiones. Me remito a exponer la alta relevancia que poseen los fragmentos en tanto materialización de una fenomenología de las experiencias reflexivas que en la mayoría de casos son reflejo de una vivencia instantánea y transitoria. Por ello, se expone aquí la raíz fragmentaria como alejamiento de un pensamiento sistemático, así como la idea de que esta presencia fragmentaria acontece en un espacio vivencial, diario, ligado al instante que evidencia concretamente lo que se expone. De esta manera surge la idea de ver la obra del autor como una estética de la existencia en el sentido de esquematizar su labor como un proyecto de vida determinado por un ideal de autenticidad.

Esto obliga de nuevo a traer la pregunta acerca del texto implícito. Dentro de esta exposición he señalado dos ideas acerca de la significación del mismo, Volpi ofrece una tercera, según la cual éste no es más que una obra virtual

que nunca se concreta, el “texto implícito” al que aluden los *Escolios* es la obra ideal, perfecta, tan sólo imaginada, en la que se prolongan y se cumplen las proposiciones de don Nicolás” (Volpi, 2005:33) Quisiera detenerme en el examen del texto implícito y proponer una opción al mismo, no precisamente como determinación según la cual pretenda desestimar las interpretaciones que se han hecho sobre él, de hecho, cada una de ellas posee coherencia y creo que la discusión sobre cuál es el texto al que aluden los escolios no se resolverá. Pretendo en cambio ofrecer una opción interpretativa del texto implícito a través de la cual se conciba como un ideal de vida auténtica, una imagen virtual concretizada en la escritura que ofrece una obra-vida definible a partir del desplazamiento que la motiva.

El texto implícito es pues, la obra vivida por el autor, configurada por un desvanecimiento constante originado en la necesidad de una continua reflexión marginada de los posicionamientos últimos. ¿De qué manera puede argumentarse tal idea? ¿Cuáles son las características que permiten evidenciar dicha configuración?

A lo largo de los fragmentos de *Notas* y de *Escolios*, Nicolás Gómez Dávila muestra un compromiso irreductible con la presencia ineludible del instante, de la evidencia concreta que permite establecer lúcidamente un encuentro a través del cual puede en ciertos casos estimarse una metafísica de la sensualidad, un erotismo definido por la idea. Así, “La idea inteligente produce placer sensual” (Escolios I, 36) ¿Por qué? Porque la idea se desprende siempre de un encuentro concreto⁸⁶, la filosofía no es auténtica cuando piensa con ideas prestadas, cuando asume abstracciones que no deriven de una significación evidente. De hecho, la idea de verdad como evidencia en Gómez Dávila es

86. De hecho el término idea proviene del griego *idéa* que significa precisamente imagen, aspecto, y en el sentido más antiguo está referida a una apariencia concreta.

bastante recurrente. Hay una enorme relación entre la idea y el convencimiento individual que la degusta: “Las ideas son frases que tienen color, olor, sonoridad peso, lo que la memoria llama idea es meramente un bagazo” (Ibid. 19) La idea es siempre en Gómez Dávila un elemento brindado por la experiencia individual y concreta de cada quien. Por ello, la comprensión de verdad en el autor tiene un matiz altamente significativo que creo vale la pena explorar para enfocar aún más la imagen del texto implícito como experiencia de una vida auténtica. En primer lugar, marginado de un ideario comprometido con aplicaciones abstractas, Gómez Dávila procede a determinar el hecho de que la verdad es personal (Ibid. 57) es decir, lo evidente y concreto fija su validez de acuerdo a su individualidad y estimación singular totalmente irreductible. La aprehensión individual del instante no tiene un referente sino en la medida en que la presencia del fenómeno asimilado sea obtenida en su inmediatez. Esto quiere decir que no hay propiamente una verdad que pueda ser otorgada a otro, puesto que toda verdad es personal, y si se quiere, inmanente en su comunicabilidad⁸⁷. Este otro escolio expone una idea similar: “La verdad no es juicio, sino adhesión a una evidencia concreta” (Ibid. 58) ¿Cómo puede conectarse esta idea de verdad como experiencia evidente y concreta con la disposición de una estética de la existencia? Ante todo debe tenerse presente el hecho de que las verdades de esta índole se viven a través de desplazamientos, de instantes revelados a lo largo de la existencia. Si se considera esta característica del desplazamiento se tiene presente también el hecho

87. Sin embargo, Gómez Dávila parece creer en la posibilidad de comunicar una verdad, aunque obviamente, reconozca en ello una experiencia no auténtica. “Aun cuando toda verdad sea estrictamente indemostrable no es imposible contaminar con ella a algún incauto” (Escolios I, 47) Hay que poner en relieve el término *contaminar* para tener presente el hecho de que a pesar de que se pueda comunicar una verdad, ésta no deja de ser, una vez transmitida, una mera experiencia indirecta, y por lo tanto, inauténtica.

de que cada punto de esa continuidad de experiencias desplegadas se asume en su concreción, es decir, se vive de manera irreductible y por ende, posiblemente auténtica. Las reflexiones no se asimilan como espacios trascendentes que escapen al instante que las vio nacer, sólo estimulan un género de vida destinado a la transitoriedad de las ideas y por ende, al desplazamiento constante que debe ser vivido por medio de los instantes en toda su especificidad. “Las verdades se levantan en parajes fragosos que el hombre recorre siguiendo los meandros de una senda sinuosa que las revela, las oculta, finalmente las ostenta o las esconde” (Escolios I, 20) La verdad no se revela pues a través de una unidireccionalidad sino concretando instantes dispares, quebrados, opuestos. La verdad así asumida rescata un sentido del desplazamiento interpretativo del hombre, una búsqueda, un sendero que no tiene propiamente término puesto que todo punto es en sí mismo una meta. Las reflexiones se dan entonces en contextos distintos y dispersos, y por ello, los escolios comentan un proceso indefinido de encuentro con el llamado texto implícito que en este caso es el propio desplazamiento vital, la dispersión contextual que debe ser vivida auténticamente en cada caso particular.

La relación entre el instante vivido y el texto breve confirma la fugacidad revelada en la aprehensión del intérprete, en este caso el autor. Éste se ubica en un espacio de intimidad plena donde reproduce su imagen en el esbozo fragmentario. “Un texto breve no es un pronunciamiento presuntuoso, sino un gesto que se disipa apenas esbozado” (Escolios I, 15) Un gesto, es decir, una señal que en el caso de Gómez Dávila parece difuminarse, desvanecerse en su exposición dadas las características ofrecidas por la singularidad del momento que lo inspira. De ahí que la relación entre la escritura y

la vida tenga una significación profunda en la existencia de Gómez Dávila. De hecho, es allí donde se encuentra descrito el alcance del ejercicio escritural cuando ofrece una correspondencia adecuada a las necesidades vitales del escritor, que en su caso se resumen en la obligación de vivir su vida en la medida de hacer de ella una reflexión constante. Tal es el fundamento que da pie para asumir esa tarea en forma auténtica, concreta, evidente, y configurar así una vida como obra de arte. El siguiente escolio aclara esta idea: “Sólo vive su vida el que la observa, la piensa y la dice; a los demás su vida los vive” (Ibid. 42) En realidad no es otra cosa lo que hace Gómez Dávila con su vida, observarla, pensarla y decirla. Se trata de asumir el compromiso existencial viviendo un *ethos* que defina una identidad permanente entre los actos y su reflexión. Determinar el tono de las evidencias y desplegarlo en la escritura en una actividad que nunca termina. Por ello puede decirse que Gómez Dávila vivió su vida, esto es, precisó sus instantes de manera auténtica y libre, no como quien se siente más allá de toda incertidumbre, poseedor de una lectura irrevocable sobre el mundo, sino todo lo contrario, como quien especifica su búsqueda en ámbitos concretos, motivado por un afán de vivificar su existencia nutriéndose de *la perfección sensual del instante*. Gómez Dávila sabe que esa perfección es la única cosa no vana en el mundo (Cfr. Ibid. 44), que su vivencia ofrece una cierta redención debido a que si se acoge enteramente, ella permite ubicar un espacio y tiempo destinado a la revelación, a una epifanía que justifica la existencia. Los fragmentos consolidan el descubrimiento de un instante asumido como epifanía, como revelación concreta esbozada en pocas palabras. Un texto lineal y prolijo no puede dar cuenta de una manifestación como la que se ha propuesto, debido a la concreción que la determina. La verdad auténtica en su descubrimiento se

asimila al tipo de verdad como *ἀλήθεια*, como desvelamiento, y en ese caso debe ser auténtica. Una verdad que se revela como evidencia instantánea y concreta y que se manifiesta en el escolio como expresión vital necesaria en quien ha determinado que su reflexión es su propia vida proyectada en la obra.

La vida es vivida así enteramente, el tono aristócrata que se imparte en la expresión *a los demás su vida los vive*, es precisamente un punto de referencia importante para la comprensión del ideal estético que se despliega a partir de allí. Con aristócrata hago referencia al ideal del *kaloskagathos* que se había mencionada atrás. La vida auténtica se determina a través de una expresión aristocrática como la de quien asume sus medios como fines, es decir, quien sabe que cada instante es distinto y lo acoge en concreción a su persona. En el caso contrario, se pretende entonces vivir siendo ajeno a lo evidente, de ahí la crítica constante que el autor despliega contra el intelectual y el profesor que trabaja con ideas prestadas, de ahí el posicionamiento ante la inautenticidad pues, “La vulgaridad consiste en pretender ser lo que no somos” (Escolios I, 36) Esto significa que la escritura en Gómez Dávila está referida a una concreción personal donde se desarrollan ideas surgidas de una necesidad espiritual cuyo alcance se reduce a una inmanencia casi total, es decir, al nacer de un instante circunscrito a la experiencia personal se precisa una vivencia que es en cada caso auténtica y por ello, intransferible. Cuando el autor afirma que “La coherencia auténtica de nuestras ideas no proviene del raciocinio que las liga, sino del impulso espiritual que las engendra” (Ibid. 38) está declarando precisamente el carácter de encuentro personal que liga la experiencia con la idea, la vivencia con la escritura. De nuevo, las ideas nacen de aspectos concretos, sólo las ideas prestadas, robadas, impersonales

e inauténticas tienen otro destino y es cuando “Toda idea acaba de prostituta” (Ibid. 299)

La necesidad de vivir el instante que se desarrolla en la cotidianidad es una convicción frecuente en los fragmentos gomezdavilianos. Contrario a lo que podría pensarse al hablar de aristocracia del pensamiento y vida como formas extraordinarias, cabe precisar que es exactamente lo contrario lo que se muestra en las fórmulas del colombiano. En efecto, la cotidianidad es específicamente lo que vive este pensador, por eso es auténtico, porque no pretende construir esquemas especulativos a partir de conceptos ajenos sino que por el contrario, las ideas que expone en sus fragmentos han nacido al amparo de lo vivido, de lo vivenciado por él mismo, es por ello que se concreta en este caso una presencia fenomenológica dentro de su escritura, *un volver a las cosas mismas*. Si se analiza esta consigna propuesta por Husserl y que da inicio a su filosofía, se detallará en ella un aspecto crucial dentro de la escritura gomezdaviliana. Para ello traeré de nuevo al mismo autor cuando afirma: “La realidad no es la suma de imprecisiones que nos asedian sino lo coherente con ciertas evidencias que nos deslumbran” (Ibid. 43) o lo que es más preciso, la realidad es un volver a las cosas mismas, la realidad es aquello que proporciona un sentido, que en el caso del autor es plasmado en sus fragmentos.

Este ideal de autenticidad es el que he querido poner en evidencia como el texto implícito, puesto que lo que hace Gómez Dávila es escoliar una vida, una realidad que el asume en su aspecto evidente y concreto, es decir, auténtico. La vida de este pensador es precisada a partir de su sencillez, “Vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres” (Ibid. 206) este rasgo determina la unión entre vida y obra. La filosofía es para Nietzsche, “(...) la vida libremente elegida en el

hielo y en las altas montañas” (1994:13), ésta, más que una definición, es una experiencia de vida, que en el caso de Gómez Dávila se concreta explícitamente. Su vida es su obra, libremente elegida a través de reflexiones solitarias y una marginalidad aceptada y deseada por el propio autor. Es por ello que el ocio juega un papel determinante dentro del idea de vida y desarrollo escritural. El oficio que determina la actividad escoliasta se presenta como actividad ociosa en la medida de comentar una cotidianidad permanentemente. Gómez Dávila es un **σχολιογράφος** (*escholiógrafo*) es decir, quien escribe escolios, pero escolio proviene de **σχολή** (*scholé*) ocio, de donde escoliar es ante todo, vivir ociosamente. Los comentarios hechos por el autor se han escrito a partir de la reflexión ociosa de la vida cotidiana, es por ello que afirma: “Algunos intentamos escribir tan sólo para prolongar la vida cotidiana en vida inteligente” (Escolios I, 156) La escritura nace de la cotidianidad, de una actividad ociosa cuyo fruto es el comentario a un texto implícito, la vida misma expuesta auténticamente, como evidencia instantánea. El ocio y la actividad rutinaria que conlleva tienen para este autor una importancia extrema, en ella está contenida un reflejo de sabiduría moral que está disgregado a través de toda la obra gomezdaviliana por la cual se estructura la experiencia estética de la existencia. Al hacer referencia al aspecto cotidiano de la actividad escoliasta se sugiere al mismo tiempo una comprensión de una sabiduría moral en el sentido de asimilar esta tarea como un proyecto de vida que bien puede ser entendido como una estética de la existencia. Se trata de relacionar una práctica escritural adecuada a un género de vida, el filosófico, describiendo tal rutina como una experiencia ligada a una ética y al mismo tiempo a una estética. El ideal de un hombre que se sabe poseedor de una disposición de vida que se configura bellamente, un arte de vivir, una sabiduría

de la existencia. Por eso la realidad cotidiana en Nicolás Gómez Dávila se asume no como trivialidad sino como encuentro auténtico en una confrontación constante con el instante. La conformación de una estilística existencial no tiene nada que ver con una actividad extraordinaria, es decir, marginada de lo cotidiano, en realidad, el ejercicio escoliasta se consumó en una rutina habitual, segura, libre, y propiamente bella. De acuerdo a esto, el propio filósofo escribió: “Que rutinario sea hoy insulto comprueba nuestra ignorancia en el arte de vivir” (Escolios I, 71)

CONCLUSIÓN

Dentro de la aprehensión de un autor como el abordado hay secretas condiciones por las cuales de antemano se ha sentido la necesidad de ahondar en él, de tal suerte que la iniciación investigativa en su obra no obedece sólo a una exigencia académica o profesional sino ante todo, a una búsqueda estrictamente personal cuyos objetivos han sido logrados en la medida de haber podido concretar una etapa inicial dentro de la asimilación de los horizontes filosóficos del pensador de lo implícito. El grado de acercamiento no se debe medir en términos de dependencia intelectual con respecto al autor abordado, es decir, no implica una identificación absoluta con lo expuesto sino que revela discrepancias que de todas formas en nada interfieren a la hora de establecer los decisivos diálogos a los cuales se enfrenta el lector y crítico. Las notas y escolios presentan el espacio para un nutrido repertorio de reflejos intertextuales e intersubjetivos, a través de ellos se manifiesta una materia fértil que da qué pensar, y es por ello que el ambiente generado en la obra se asimila a una continua reflexión que no permite la distinción radical entre los tópicos. Esta descripción emana del ámbito aforístico y centrífugo de la obra, cuyas diseminaciones se amparan en la concreción existencial a que están sujetas las apreciaciones fragmentarias que permiten enfocar el desplazamiento constante.

Desde hace unos cuantos años la obra de Nicolás Gómez Dávila ha comenzado a ser objeto de un creciente interés

que bajo ningún motivo debe considerarse sobrevalorado. De hecho, la crítica filosófica todavía se encuentra en mora de acercarse a su complejidad y detallar la amplitud de la misma, teniendo presente claro está el hecho de que cada día son más los lectores interesados en la novedad que representan las nuevas y muy necesarias ediciones de los Escolios y demás libros. A través de la lectura de los mismos se adentra el lector en un universo distinto, ajeno a las motivaciones especulativas del mundo contemporáneo, y es por ello que logran ubicarse en un contexto rotundamente ajeno a cualquiera de su género en los momentos en que fueron escritos.

La ubicación formal de la obra ha orientado subsecuentemente una riqueza mayor a la que hasta el momento se había determinado, puesto que la obra fragmentaria no tiene ahora solamente una clasificación formal e ideológica que pueda ser simplificada en el sentido de dar por descontado las diferencias que existen en ella desde el punto de vista formal e ideológico.

La estructura concéntrica encontrada en los escolios converge hacia la consolidación de una matriz ideológica virtual que apunta hacia la llamada fuerza centrípeta que opera dentro de los múltiples fragmentos. Es por ello que forma y contenido en este caso, han presentado una fractura permanente generando un problema sumamente atrayente para las investigaciones contemporáneas que se remiten a ubicar la inquebrantable unidad entre forma y contenido, específicamente, en la correspondencia evidente dada en las marcas textuales fragmentarias como en el caso de los aforistas contemporáneos principalmente, en los cuales es palpable la integración de sus exposiciones fragmentarias con un pensamiento plural, quebrado, disperso. Esta condición no aparece en la red concéntrica que demarca la estética puntillista de Gómez Dávila, y es por eso que cobra

mayor interés, en este caso demarcado por la contradicción generada entre sus pensamientos jerárquicos, ordenados y congruentes, y el despliegue textual fragmentado.

Con respecto a la consideración hecha en el tercer capítulo de este estudio, la diseminación especulativa se determina a partir del uso paradójico del aforismo. En este caso, se presentan unas características interpretativas ajenas al anterior “modelo” escritural. Es por ello que logran determinarse unas configuraciones escriturales que tienden hacia la dispersión polifónica de la palabra y por supuesto, del pensamiento. Es así como se consolida una fuerza centrífuga que abre caminos especulativos y sobre todo, a través de su transitoriedad, disemina y desplaza las certidumbres para establecer un rumbo y no precisamente una meta. Es en este aspecto como se logra ubicar el plano estético de la existencia que caracteriza implícitamente el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila. De esta manera, se consolidan dos vertientes importantes dentro del pensamiento gomezdaviliano, búsqueda concéntrica y exaltación diseminativa. Ambas convergen simultáneamente mientras por las mismas fluye la motivación estética del colombiano y exterioriza una práctica de vida singular, una sabiduría de la existencia determinada por la reflexión y la escritura *escoliógráfica*, producto de quien hace de su vida una obra de arte.

A partir de esta consideración Gómez Dávila puede ser posicionado en un espacio donde su configuración filosófica se enmarca en un entorno totalmente distinto al que comúnmente le ha sido asociado. Ello porque como lo fue sugerido en el primer capítulo, el prurito interpretativo sobre el pensador que lo asocia frecuentemente con el pensamiento reaccionario debe redefinirse, y a partir de lo expuesto en los otros capítulos, hacia una óptica que establezca tal fenómeno como una construcción personal

mucho más ligada a un talante, a una disposición, a un sentido íntimo ajeno al despliegue ideológico.

Ubicado ahora en una exclusión virtual de la obra, determino todavía más problemática la red concéntrica que se ramifica en los Escolios. Irradia ahora una imagen que evoca las vorágines propias del pensamiento filosófico, invita no a la aprehensión de una estructura definida sino a la proyección de una imposibilidad. En efecto, el llamado pensamiento reaccionario es ante todo una imposibilidad, algo que concretamente Gómez Dávila sabía. El ejercicio concéntrico se interpreta pues aquí como una tentativa formal que repercute sólo como prueba vivencial en el espíritu filosófico del reaccionario auténtico, es decir, de quien se sabe poseedor de una lucidez silente y no de un ideario práctico-político. He ahí quizá el mayor logro del autor, asumir su vida sintiéndose proclive a construir un escenario que sólo él visita en la medida de representar allí la obra de su vida. Si “El reaccionario no es el soñador nostálgico de pasados abolidos, sino el cazador de sombras sagradas sobre colinas eternas” se constituye así una elección de vida que compete sólo a él mismo. Emerge entonces el autor entre sombras sagradas que sólo él divisa, porque se siente ligado a un no lugar, no a una utopía (no hay que olvidar que se habla de un escéptico y no de un progresista). Un no lugar para el mundo moderno, un espacio construido artísticamente, una exclusión personal identificada con el hábito del silencio, la duda, la lucidez.

Ser partícipe del universo gomezdaviliano sólo es posible para quien sepa que la vida no tiene sucedáneos, soluciones, aclaraciones; para quien ubique su propia tesis espiritual apoyándose en las paradojas que la vida ofrece; para quien se desenvuelva grávidamente en sus calígines. Habitar su obra ha sido hasta ahora un breve pero inacabable destino hacia ello.

APÉNDICE

LA FILOSOFÍA COMO EPIFANÍA

Cuando hace algunos años descubrí a Nicolás Gómez Dávila en una de las selecciones que de sus escolios se han publicado, recuerdo haber permanecido estupefacto ante la perplejidad que acontece una vez se aborda su obra. A pesar de las desavenencias que surgen ante su lectura, el mérito de una escritura y un pensamiento tan depurados dinamiza la entrega con que se abordan y acrecienta el interés sobre los mismos. El carácter implícito que se expresa en el título de su obra más importante o conocida *Escolios a un Texto Implícito* ha sido siempre tema de controversia dados los no muy claros referentes que pueden concretarlo. Siempre he tratado de huir de las alusiones que lo asocian al pensamiento reaccionario, no porque sean equivocadas, sino porque son evidentes y explícitas mientras que los enigmas que se recrean en la lectura de los *Escolios* enfocan las problemáticas gomezdavilianas hacia otro tipo de horizontes que en buena medida ofrecen un panorama más aventajado de su pensamiento filosófico. Esta última expresión (la de concebir un pensamiento filosófico en el autor) parecerá extraña a quienes se ocupan de representar la filosofía con una extrema tendencia hacia la especulación indirecta⁸⁸, hacia la categorización rígida de la misma como un saber que se aprehende, digna sólo de consideraciones obtusas y torpes frente a lo que en un contexto más amplio

88. Hago referencia a la tendencia academicista de representar la filosofía como simple comentario a la tradición, y no como configuración de una existencia, tal como se concibe en Gómez Dávila. “Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones, es una singular aberración. La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir (...)” (Notas, 164)

puede definirse como filosofía, es decir, generar dudas, incertidumbre, problemas. Hacia esta perspectiva me permito ofrecer un esbozo de lo que en Gómez Dávila acontece como especulación nacida de la experiencia directa, una filosofía ajena a esquematismos como los que tanto aprecian los profesores de filosofía quienes más que pensar son simples *embalsamadores de ideas*. A lo largo de los *Escolios* es posible identificar críticas a la filosofía en lo que respecta a sus pretensiones de acatar un pensamiento no vivido, asimilado a través de la importación y no del surgimiento propio acaecido de manera directa como vivencia o epifanía. El descubrimiento de una verdad acontece de manera instantánea, como una lúcida recepción de un acontecer en donde el ser es devenir, para dar cuenta de una radical instantaneidad de la experiencia humana.

Da gusto leer a Gómez Dávila por la manera como se desliga de los cánones académicos en que la filosofía ha caído hace ya algunos siglos. Precisamente este punto indica una confrontación con un pensar en el que la experiencia o vivencia no fundamenta la reflexión, mientras que la escritura y el pensamiento en Gómez Dávila se inscriben paralelamente en una simbiosis en donde la fragmentariedad de la primera deriva de la inmediatez y del carácter directo que tiene el segundo. A pesar de que dentro del conjunto de su obra puede ser considerada la vasta y rígida inclinación hacia ciertas posturas (eclesiales, políticas etc.) el matiz fragmentario de su pensamiento ha sido desestimado, precisamente por quienes afanados en ocuparse de las lecturas explícitas del autor, han olvidado el talante implícito que atraviesa toda la gran cantidad de fragmentos, y que en este esbozo, quisiera detallar como quizá la principal motivación para esclarecer las relaciones que Gómez Dávila sostuvo con algo que por ahora, sin mayores consideraciones establecemos como filosofía. Quiero

pues indicar que para comprender el enfoque filosófico de este pensador se debe sin lugar a dudas considerar hacia qué apunta y qué motiva su escritura fragmentaria. Con respecto a lo que puedan pensar muchos críticos de la obra del colombiano, disiento de las mismas cuando establecen ciertos fundamentos motivadores del pensamiento gomezdavidiano, los cuales en la mayoría de casos están emparentados con un tipo de posicionamiento regular del pensador, en torno a temas corrientes y explícitos en su escritura. La contundencia de sus afirmaciones en torno a la modernidad y el respaldo reaccionario que las motiva, son esquemas a los cuales se ha querido reducir perniciosamente la obra del colombiano. Muy por el contrario, considero que el valor de la obra del colombiano no se reduce a su postura reaccionaria, la cual entre otras obliga a considerar aspectos sospechosos a través de los cuales filosóficamente el bogotano no saldría bien librado, si a ellos aludiéramos en lo que respecta por ejemplo a la confrontación de su obra con la escuela de la sospecha, para detallar que en buena parte de sus reflexiones se ocultan intenciones que como en todo pensamiento, no dejan bien posicionado a su creador en tanto descubren diversos intereses que ya Nietzsche, Marx y Freud han evidenciado⁸⁹. Sabemos que la “empresa reaccionaria” de nuestro autor está anclada en supuestos que los pensadores de la sospecha nos obligarían a rechazar por motivos explícitos en los *Escolios*⁹⁰. Creo que cualquier

89. Paradójicamente el mismo Gómez Dávila tiene en común con autores como los citados, el hecho de mostrarse como un crítico de un tipo de racionalidad, de moral, de interés; lo cual es suficiente para ubicarlo dentro de aquellos pensadores que han reconocido (sospechado) motivos ocultos en la cultura. Como escéptico es pródigo en ejemplos de ello, pero de todas formas, eso no lo exime de haber caído él mismo en consideraciones análogas a las criticadas.

90. A pesar de que el autor puede ser criticado por los prejuicios que sostiene, no hay que olvidar que él mismo podría ser contado entre quienes se ubican entre los pensadores de la sospecha debido a su comprensión desengañada y escéptica. De hecho, “El modelo contemporáneo de bobo se caracteriza por el apasionamiento con que se proclama libre

intento de respaldar y escudar los prejuicios del bogotano sólo puede ser emprendido por quienes en realidad más que comprenderlo quieren usarlo. Tal es el caso de las críticas enfocadas en una actitud discipular, propia de las derechas y de los claustros. Creo también por supuesto, que quienes se han ensañado contra el colombiano padecen un estrabismo diametralmente opuesto a la miopía de sus aduladores⁹¹.

El enfoque fragmentario expuesto en los escolios y las paradojas a que nos obliga la lectura de los mismos, corresponden a un pensador mucho más problemático de lo que las reducciones reaccionarias nos suelen enseñar.

En numerosas ocasiones los *Escolios* introducen al lector en una red que el propio autor ha denominado estética puntillista. Esa red procura conformar una obra que si bien no es sistemática tiende en todo caso a considerar ciertas temáticas desde unas perspectivas que sí están definidas en el pensamiento del bogotano y por las cuales se puede hacer una clasificación detallada y regular del mismo. Existe sin embargo, otra red que en buena medida es laberíntica, la cual para los propósitos de este texto es en la que más quisiera concentrar la atención. Se considera aquí entonces el fragmento en todas sus problemáticas, en la ubicación no sólo escritural sino intelectual que hace que un autor como este no se deje encasillar fácilmente. Me interesa pues resaltar el hecho de que la elección de un tipo de escritura como el escolio, el aforismo y la nota, no se debe solamente a una consideración estilística sino que implica una constitución ideológica abierta y hasta laberíntica.

de prejuicios"; o también la contundente afirmación: "Desde hace dos siglos llaman "librepensador" al que cree conclusiones sus prejuicios" (Nuevos II, 13).

91. Se han visto aún casos en que la misma izquierda se sirve de la crítica que el colombiano hizo de la modernidad y principalmente de la configuración burguesa del mundo, la cual entre otras cosas es una de las miradas más originales que se han hecho sobre la estructuración del mundo moderno.

El fragmento y el instante

Que el hombre viva entre fragmentos es una consideración propia de don Nicolás, de hecho la hace suya al reivindicar el papel jugado por la concreción del instante dentro de la vida y por supuesto dentro del pensamiento. Vale la pena tener en cuenta la importancia que el autor concede al instante dentro de la comprensión de lo que podría considerarse una aprehensión fragmentaria y por ende, capaz de asumir la contingencia que la envuelve. Este aspecto es significativo y poco visto dentro de los horizontes de implicación del pensamiento gomezdaviliano. Incorpora dentro de sí una ambivalencia, una ambigüedad, una paradoja tal, que es capaz de constituir un terreno impropio para una crítica incapaz de asumir el equívoco dentro de una filosofía. “Sólo una cosa no es vana: la perfección sensual del instante” (Escolios I, 44) El fruto de la exaltación por lo concreto indica una clara oposición a un modelo esquemático del mundo y de la realidad, o de lo que por ella se entienda. El hombre tal como lo ha entendido Nicolás Gómez Dávila no puede ser resuelto, ni en sus orígenes, ni en sus pretensiones, ni en sus querencias, y por lo tanto, el crítico tampoco podrá ejercer la violencia interpretativa que suele darse sobre el autor cuando lo reduce solamente al esquematismo propio de las ideologías a las que pertenece nuestro autor. De hecho, “Al inventarle un sentido global al mundo despojamos de sentido hasta los fragmentos que lo tienen” (Nuevos II, 93) El fragmento en Gómez Dávila, el instante arrancado como desgarramiento al devenir de la existencia no tiene un valor insignificante. En esa ambivalencia característica del pensamiento que asume la contradicción en toda su complejidad, el bogotano concede una considerable relevancia a la constitución de la imagen

instantánea del fragmento vivido. Por ello pudo escribir con convencimiento y a la vez con sensibilidad:

Las experiencias espiritualmente más hondas no provienen de meditaciones intelectuales profundas, sino de la visión privilegiada de algo concreto.

En el larario del alma no veneramos grandes dioses, sino fragmentos de frases, gajos de sueños. (Nuevos I, 44)

Tal inclinación por la manifestación de lo efímero, de lo casual, de la experiencia fragmentaria, no es un aspecto fortuito. Se debe a la propia concepción gomezdaviliana frente a la totalidad del universo. La idea de absorber una realidad a través de un sistema cerrado y preciso no es propia de quien pudo expresar que “El universo no es sistema, es decir: coherencia lógica. Sino estructura jerárquica de paradojas” (Ecolios II, 129) De hecho, gran parte de los escolios están fundamentados en pensamientos paradójicos nacidos por supuesto de la visión fragmentaria de quien se ha ubicado en los instantes, los cuales tienen su propio valor y por lo tanto, su axiología se remite a una inmanencia del fenómeno cuyas resonancias sólo son comprensibles en tanto se ubique su contexto intransferible y único. Gran parte de la relevancia dada por el autor al fragmento y el instante tiene su origen en la asimilación del valor de lo concreto hasta el punto de poder ver en ello rasgos de un sensualismo y erotismo que distan mucho de la imagen convencional del bogotano. Los enfoques a partir de los cuales se determina esta metafísica de la sensualidad, en la cual la carne es un aspecto vital, no son constantes dentro de la obra; sin embargo, permiten describir una imagen distinta que dista de las visiones reduccionistas del autor. Así, “Quisiéramos

no acariciar el cuerpo que amamos, sino ser la caricia” (Escolios I, 110) o “Mejor no ser nunca nadie, mejor no ser nunca nada que matar en nosotros el deseo, que extinguir nuestra sed” (Notas, 58) Esta apasionada descripción de la concreción e importancia del instante nace del inequívoco sentido que el autor le confiere a lo fragmentario nacido precisamente de la experiencia concreta⁹². A ella se debe el abordaje que se adopta en los *Escolios* de la verdad.

La verdad en lo concreto

Si para Gómez Dávila “Sólo una cosa no es vana: la perfección sensual del instante” (Escolios I, 44) es en vista de su inclinación a lo concreto e inmanente como fuente de verdad. En efecto, la evidencia proporcionada por la experiencia de lo concreto se plasma en una identificación directa e intransferible que mucho tiene que ver con la idea de verdad como *alétheia* de estirpe griega. Se trata de la tipificación de la verdad como identidad propia generada dentro del vínculo personal con el instante vivido. Al margen pues de las concepciones de verdad como adecuación, coherencia, etc., Gómez Dávila se siente ligado a un tipo de verdad ofrecida por la evidencia de lo inmediato. “La verdad no es juicio, sino adhesión a una evidencia concreta” (Escolios I, 58) Tal inclinación hacia la manifestación directa de lo encontrado en la cotidianidad ha sido poco tenida en cuenta en los estudios gomezdavilianos. Este rasgo es sumamente importante si se tienen en cuenta las implicaciones que derivan de allí contrarias a las concepciones dogmáticas que

92. Esta experiencia esta demarcada por un halo trágico. En efecto, Gómez Dávila se da cuenta de que la inmediatez de la experiencia no es sólo evidencia directa sino también abocada a la finitud. En torno a esto pudo escribir: “La verdadera sensualidad es avidez de la eternidad de su objeto” (Escolios I, 150) En dicha avidez se manifiesta la experiencia trágica del instante ligado a la finitud y asumido en la posibilidad siempre trunca de desplegarse en la eternidad.

se han querido mostrar en el autor y por medio de las cuales se estaría suponiendo una inclinación hacia la verdad como adecuación que en manera alguna aparece en los *Escolios*. Más que una verdad asimilada como concordancia o como coherencia hacia una creencia previa, la verdad en el autor aparece como “la imprevista y misteriosa eflorescencia de una trivialidad” (Ibid. 130) En gran medida esta postura no se aleja de una hermenéutica amparada en la posibilidad de establecer la autenticidad de nuestra experiencia y por ello su verdad, sólo de acuerdo al contexto que la envuelve. El desenvolvimiento de una verdad sólo acontece en la medida de describir una experiencia única e intransferible derivada de un contexto particular cuya evidencia se asume como desvelamiento. Por ello, “La más simple verdad es tan compleja que ninguna fórmula la expresa, y requiere para expresarse el contexto global de una persona y de una vida” (Ibid. 208)⁹³ La concreción de una verdad es su sentido más elevado, dado que su grado de estimación depende de la adhesión personal y por ello, es el contexto en el sentido fenomenológico lo que hace que la identificación de la misma sea auténtica. En muchos escolios el autor ha rescatado el valor de la literatura en este sentido. En efecto, es la inteligencia literaria la capacidad de pensar lo concreto (Cfr. Escolios II, 152) de acuerdo al desvelamiento fenomenológico acontecido en la experiencia poética y literaria que en gran medida ha desechado la filosofía de carácter sistemático. Este desvelamiento tiene un carácter cuyos despliegues se topan generalmente con el sentido de la filosofía como epifanía.

93. En este mismo sentido se despliega este escolio: “la verdad es la melodía de ciertas almas más que el producto de determinados métodos” (Escolios I, 295)

La filosofía como epifanía

A partir de la experiencia del instante como acontecimiento único e irrepetible, se establece en el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila una concepción de la filosofía que en buena medida choca contra la ortodoxia de la misma. La búsqueda gomezdaviliana por la manifestación de una metafísica de lo concreto explícita a través de la verdad como epifanía desestima las posiciones que han querido ver en el autor a un pensador que puede ser fácilmente inscrito dentro de una ortodoxia definida. Nada más inexacto a la hora de confrontar el buen número de escolios que se acercan a una identificación de la verdad con el instante vivido, esto es, irrepetible, que se manifiesta en la cotidianidad y en la confrontación personal a que está abocado irremediablemente. Que la *verdad* sea *persona* es algo que el autor ha establecido en la medida de identificar el carácter intransferible de la manifestación inmediata de lo descubierto en el devenir de cada existencia. La ubicación del contexto no es dimensión esporádica de la verdad sino auténtica legitimación de la misma. La hermenéutica derivada de allí establece una determinación del hombre a partir de la cual se asume como situación siempre concreta, cualquier legitimación de una identidad en el mismo que le haga ver como individuo ya totalmente fundado no es más que una construcción falsa que niega la propia posición del autor al respecto. La verdad del hombre es siempre verdad en situación, verdad en contexto, verdad como epifanía, verdad concreta. Por tal motivo en sus *Textos* Gómez Dávila afirma:

Es menester repetir con ahínco que el hombre es su situación, su situación total, y su situación nada más.
(...) El presente es el insustituible lugar de lo real;

lo que existe sólo existe en él. Existir es estar en el presente; es ser presente. La existencia existe en un presente eterno. El presente es la jugosa pulpa de las cosas, la morada inmóvil del ser, el espacio luminoso donde residen las esencias. Es la existencia plena y densa; la sustancia sin menguas; el acto puro del ser absorto en la colmada exaltación de su júbilo. Pero la validez intemporal, la repetición incesante, la caza de instantes abolidos, sólo son simulacros estériles e inanes del presente en la fluidez del tiempo. En efecto, aun cuando sea su realidad y su existencia, el presente es, sin embargo, lo que el tiempo mata, lo que tiene función de matar. (Textos I, 23-25)

Estas líneas no sólo revelan una postura que la filosofía contemporánea de Nietzsche a Heidegger ha interpretado a partir del carácter trágico del primero y del devenir existencial del ser en el tiempo del segundo. Instauran una fenomenología y una hermenéutica en donde se logra apreciar un posicionamiento claro del autor en lo que respecta a la exégesis del hombre y por ende de su verdad⁹⁴. Puesto que el análisis debe concentrarse en dichas líneas y no solamente en las posibles conexiones con otras filosofías, su estudio permitirá detallar un enfoque fundamental del pensamiento del autor en torno al fenómeno de la verdad en la persona y su manifestación como epifanía.

El énfasis en el presente implica una aceptación de la específica transitoriedad de la existencia humana y por tanto, una identificación del sentido con la ubicación

94. Es también evidente en ellas el que estén concebidas en un lenguaje no muy académico y por tanto hayan sido desestimadas. Sin embargo los rasgos fundamentales de las mismas detallan unas consonancias ineludibles con la fenomenología y la hermenéutica, específicamente de la línea heideggeriana. Esto no significa que el autor de *Ser y Tiempo* haya influenciado a Gómez Dávila, tan sólo es la exposición de unas posiciones similares que corresponden a posturas y contextos totalmente independientes.

contextual de la cual surge. ¿Qué relación se establece entonces entre el tiempo y la verdad? ¿No es esta relación una identificación grave de la tragedia⁹⁵ propia del hombre y por la cual se reconoce su transitoriedad, esto es, su devenir irremediamente ligado a la caducidad? De estas consideraciones sólo puede surgir una visión de la verdad como visión concreta y por lo tanto, sólo esta podrá ser auténtica, eminentemente habitada por una identificación de lo evidente, de lo manifestado en el desvelamiento del ser inmerso en el tiempo. No es otra la razón por la que con significativas repercusiones fue posible a nuestro autor haber concebido que “La literatura es la más sutil, y quizá la única exacta, de las filosofías” (Escolios II, 134), lo que en otros términos significa que la filosofía es realmente una epifanía. Al suscribirse a una descripción sobre lo singular o lo particular, la literatura se ocupa de exponer una manifestación de una verdad, esto es, de una emergencia de lo evidente. Si “toda verdad va de la carne a la carne” (Escolios I, 171) esto se resume en la inequívocidad de toda experiencia directa e intransferible que nace de la concreción temporal en donde habita el hombre.

Por supuesto, esta displicencia que Gómez Dávila tiene para con la filosofía entendida como sistema totalizador de conceptos no será bien recibida por los ambientes tradicionalistas de la misma. Los rasgos de una filosofía como epifanía se detallan en el mismo estilo del escritor. ¿No son acaso los escolios una confirmación de lo que se revela en la inmediatez? ¿Una confirmación del desvelamiento del ser atrapado en la concreción de la nota, la sentencia o el escolio? La escritura de este tipo explicita una manifestación inmediata que se ampara sólo en la

95. En el lenguaje del propio Gómez Dávila más que de tragedia debe hablarse de fracaso. Cfr. *Textos I* pág. 22-36.

concreción del instante del cual se origina. No nace pues bajo los auspicios de una obra acabada o proyectada hacia un acercamiento a un objetivo cualquiera. En la escritura fragmentaria el fragmento ya es un todo, y en este caso, es un todo que hace evidente una expresión única, es decir, una verdad acaecida como desvelamiento.

Esta visión de la verdad como epifanía respalda la noción que Gómez Dávila deja advertir con respecto a la filosofía en la medida de no ver en ella una disciplina o una profesión sino ante todo un compromiso vital que se construye día a día y por el cual “(...) La obra propia de la filosofía es una vida y no un conjunto de recetas” (Notas, 443). Que la filosofía sea una manera de vivir, una estética de la existencia, es algo que queda suficientemente legitimado por la no vinculación del autor en un derrotero específico de búsqueda de áncoras definitivas como las que proporcionaría un pensamiento sistemático. Pero el reconocimiento de la marginalidad del instante, el aspecto trágico que de allí deriva, la posibilidad de ver en ello una metafísica nacida en el seno de la transitoriedad, hacen que sea posible comprender por qué para el autor *la vida escribe sus mejores textos en apéndices y márgenes*.

BIBLIOGRAFÍA

GÓMEZ DÁVILA, Nicolás

- Escolios a un Texto Implícito Tomo I, Villegas Editores Bogotá, 2005
- Escolios a un Texto Implícito Tomo II, Villegas Editores Bogotá, 2005
- Nuevos Escolios a un Texto Implícito Tomo I, Villegas Editores Bogotá, 2005
- Nuevos Escolios a un Texto Implícito Tomo II, Villegas Editores Bogotá, 2005
- Sucesivos Escolios a un Texto Implícito, Villegas Editores Bogotá, 2005
- Notas, Villegas Editores Bogotá, 2004
- Textos I, Villegas Editores Bogotá, 2004
- De Iure (1988) en Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario No. 542 (abril-junio) pp. 67-85.
- El Reaccionario Auténtico (1995) en Revista de la Universidad de Antioquia, Medellín, No. 240, pp. 16-33.

Bibliografía sobre el autor

AA.VV., “Homenaje a Nicolás Gómez Dávila”. Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, LXXXI, No. 542 Bogotá, abril-junio 1988. Comprende escritos de Alberto Zalamea: Homenaje a Nicolás Gómez Dávila, p.7; Francisco Pizano de Brigard, Semblanza de un colombiano universal—Las claves de Gómez Dávila, pp. 9-20; Hernando Téllez, La Obra de Nicolás Gómez Dávila, una dura punta de diamante, pp. 20-21. Alvaro Mutis, Donde se Vaticina el Destino de un Libro Inmenso, pp. 23-25; Gerd-Klaus Kaltenbrunner, Un pagano que cree en Cristo. El antimodernista colombiano Nicolás Gómez Dávila en alemán, pp. 31-33; Adolfo Castañón, Retratos de un pastor de libélulas: Nicolás Gómez Dávila, pp. 34-37; Nicolás Gómez Dávila, Antología: Notas pp. 38-44; Textos, pp. 45b-55; “Escolios inéditos”, pp.56-58; “De iure”, pp. 59-85.

ACERO MONTEJO, Mauricio, Nicolás Gómez Dávila, escepticismo renacentista. El Tiempo, Lecturas Dominicales, Bogotá, enero 2, 1995, p. 12.

BILLÉ, Phillipe (2004) Apuntes a los escolios de Nicolás Gómez Dávila en http://www.accessmylibrary.com/coms2/summary_0286-3905394_ITM

DUQUE TORRES, Oscar

- (1994) Nicolás Gómez Dávila: el último humanista. Cromos, No. 3983, Bogotá, mayo 25, pp.66-71

- (1995) Nicolás Gómez Dávila: la pasión del anacronismo. Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango, XXXII. No. 40 Bogotá. Fotografías de Ernesto Monsalve.

GALINDO HURTADO, Mauricio

- (1999) A reactionary in the Andes: an intellectual biography of Nicolás Gómez Dávila. University of Sussex, tesis.

- (2000) Un pensador aristocrático en los Andes: una Mirada al pensamiento de Nicolás Gómez Dávila. Historia Crítica, Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Los Andes, No. 19, Bogotá, enero-junio 2000, pp. 13-26.

GIRALDO ZULUAGA, Conrado (2007) Nicolás Gómez Dávila entre la tradición y la innovación en Revista Παράδοξα No. 14 p. 41-58.

GOENAGA OLIVARES, Francia Elena

(1997) La pensée Réactionnaire chez Gómez Dávila. Université Paris 8 tesis.

(2007) La Tumba Habitada. Una reflexión sobre “La Modernidad” en la obra de Nicolás Gómez Dávila en Revista Παράδοξα No. 14 p. 17-27

KINZEL, Till

- (2004) Ein kolumbianischer Guerrillero del Literatur: Nicolás Gómez Dávila. Ästhetik des Widerstands, en Germanisch-Romanisch Monatsschrift, Neue Folge, LIV, 2004, pp. 87-107.

(2007) Nicolás Gómez Dávila, Henry David Thoreau, el romanticismo y el arte de la lectura Traducción de Alfredo Abad T. en Revista Παράδοξα No. 14 p. 29-39.

LASERNA PINZÓN, Mario (2003) Nicolás Gómez Dávila, el hombre. Prólogo a Selección de Escolios Villegas Editores Bogotá.

MAURER, Reinhart

(1989) Nicolás Gómez Dávila: Einsamkeiten Glossen und Text in einem. Philosophische Rundschau, XXXVI, J.C.B. Mohr (Paul Sebeck), Tübingen, pp. 150-155.

- (1991) Reaktionare Postmoderne – Zu Nicolás Gómez Dávila, Aufklärung und postmoderne. 200 Jahre nach französischer Revolution das Ende aller aufklärung. Frei Akademie, Berlín, 1991, pp. 139-150.

-Postmodernidad reaccionaria. El Tiempo, Lecturas Dominicales. Traducción de Carlos Gutiérrez, Bogotá, junio 26, 1994, p. 4.

MOLANO GUZMÁN, Rafael, (1997) La pasión por los libros. Revista Diners, No. 325, Bogotá, abril 1997, pp. 58-59.

OVIEDO, José Miguel, (1991) Un ilustre desconocido en Breve historia del ensayo latinoamericano, Alianza Editorial, Madrid, pp. 150-151

PIZANO DE BRIGARD, Francisco

- (1988) Semblanza de un colombiano universal. Las claves de ‘Colacho’ Gómez. El Tiempo, Lecturas Dominicales, Bogotá, marzo 6, 1988, p.4.

- (1994) Una obra que se abre paso. El Tiempo, Lecturas Dominicales, Bogotá, junio 26, 1994, p. 4.

QUEVEDO, Amalia, (1999) ¿Metafísica aquí? Reflexiones preliminares sobre Nicolás Gómez Dávila. Ideas y Valores, No. 111, Universidad Nacional, Bogotá, diciembre 1999, pp. 79-88.

REALE, Giovanni, (2001) Nicolás Gómez Dávila: un aforista a corpus unico. Il Sole 24 Ore, Milán, agosto 19, pp. 21

SEVERINO, Emanuele, (2001) Gómez Dávila, l’universo visto in sogno. Corriere della Sera, Milán, mayo 6, pp. 31.

VOLKENING, Ernesto, (1978) Anotado al margen de 'El reaccionario' Nicolás Gómez Dávila. Eco. Revista de la cultura de Occidente No. 205, Bogotá junio, pp. 95-99

VOLPI, Franco

- (1999a) Nicolás Gómez Dávila, en, Grosses Werklexicon der Philosophie, 2 vol. (curador F. Volpi) Kroner, Stuttgart, vol. I pp. 580-581

- (1999b) Nicolás Gómez Dávila: il perfetto reazionario, Surplus, I, abril, pp. 55-61.

- (2000) Nicolás Gómez Dávila, en Dizionario delle opere filosofiche, Bruno Mondadori, Milano. pp. 439-441.

- (2005) Nicolás Gómez Dávila El Solitario de Dios Villegas Editores, Bogotá.

- (2007) Entre pocas palabras en Revista Παράδοξα No. 14 p. 7-16.

ZALAMEA, Alberto, (1988) Homenaje a Nicolás Gómez Dávila. Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, LXXXI, No.542, Bogotá, abril-junio 1988, p. 7.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

AA.VV. Aforismos en la Historia, en Revista Quimera Número 267 Barcelona, 2006

BARTHES, Roland, (1986) La Rouchefoucauld Reflexiones o Sentencias y Máximas en El Grado Cero de la Escritura Siglo XXI Editores, México.

BEAULIEU, Etienne, (2004) La fatigue Romanesque de Joseph Joubert Tesis Doctoral, Université McGill Montreal.

BLANCHOT, Maurice. (1969) Nietzsche y la Escritura Fragmentaria. En Revista Eco Tomo XIX 5-6-7 Sept. - Nov. 1969 Ed. Librería Buchholz, Bogotá.

GUTIERREZ GIRARDOT, Rafael (1989) Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas, Temis, Bogotá.

HAVELOCK, Eric The liberal tempre in greek politics

HUSSERL, Edmund (1995) Investigaciones Lógicas II Editorial Altaya, Barcelona.

JARAMILLO URIBE, Jaime (2001) El Pensamiento Colombiano en el siglo XIX Alfaomega, Bogotá.

KIRK G.S. RAVEN, J.E. The Presocratic philosophers

KRAMER, Samuel (1985) La Historia empieza en Sumer Ediciones Orbis, Barcelona.

LAO TSE, (1983) Tao Te Ching, Ediciones Orbis, Barcelona.

MONTAIGNE, Michel (1985) Ensayos Ediciones Orbis, Barcelona.

MORSON, Gary Saul (2003) The Aphorism: Fragments from the breakdown of reason en New Literary History No. 34

NIETZSCHE, Federico

Ecce Homo (1994) Editores Mexicanos, Mexico.

El Nacimiento de la Tragedia (1997) Alianza Editorial, Barcelona.

ORTEGA Y GASSET, José (1981) ¿Qué es Filosofía? Alianza Editorial, Madrid.

POISSON, Jean-Marc (1999) Chamfort Continueur de La Rochefoucauld et de La Bruyere Tesis Doctoral University of Wisconsin - Madison

SLOTERDIJK, Peter (2003) Crítica de la Razón Cínica, Ediciones Ciruela, Madrid.

VAN DELFT, Louis (2004) Moraliste <http://www.ditl.info/arttes/art15320.php>

Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2008
bajo el cuidado de su autor en los talleres
litográficos de Postergraph S.A.